

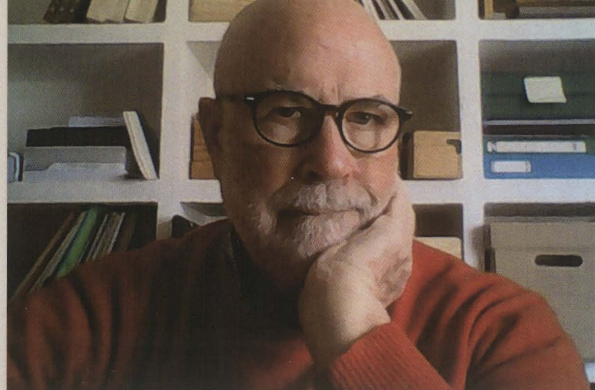
RAMÓN DE CAMPOAMOR

ENTRE
ORIHUELA Y PILAR DE LA HORADADA



Literatura y patrimonio

Miguel Ruiz Martínez



MIGUEL RUIZ MARTÍNEZ (Orihuela, 1945) es autor de *El utillaje agrícola tradicional de la Vega Baja del Segura* (1988), *El tiempo sfumato* (2006), *El Calvario de Santa Pola* (2006), *La escuela y la esfinge* (Parte I de la Trilogía de Olivera) (2008), *El bucle del tiempo maduro* (2010), *El Palmeral de Orihuela* (2014), *La Canal de la Escorrata* (2014), *La huerta es inspiración* (2016), *Orihuela. Literatura y patrimonio* (2017), *Local Provisional y otros cuentos del Laboral* (Parte II de la Trilogía de Olivera) (2018) y *Miguel Hernández y el paisaje de Orihuela* (2018).

Próximas publicaciones: *Resplandores literarios del Misteri*, *Los ejercicios del 58 y otras estampas del Laboral* (II volumen de la Parte II de la Trilogía de Olivera) y *Las verdes llanuras de las mesas escolares*.

RAMÓN DE CAMPOAMOR

ENTRE

ORIHUELA Y PILAR DE LA HORADADA

—Literatura y patrimonio—

—Literatura y patrimonio—



Miguel Ruiz Martínez

EDITORIAL AGUACLARA

RAMÓN DE CAMPOAMOR
ENTRE
ORIHUELA Y PILAR DE LA HORADADA

—*Literatura y patrimonio*—



Miguel Ruiz Martínez

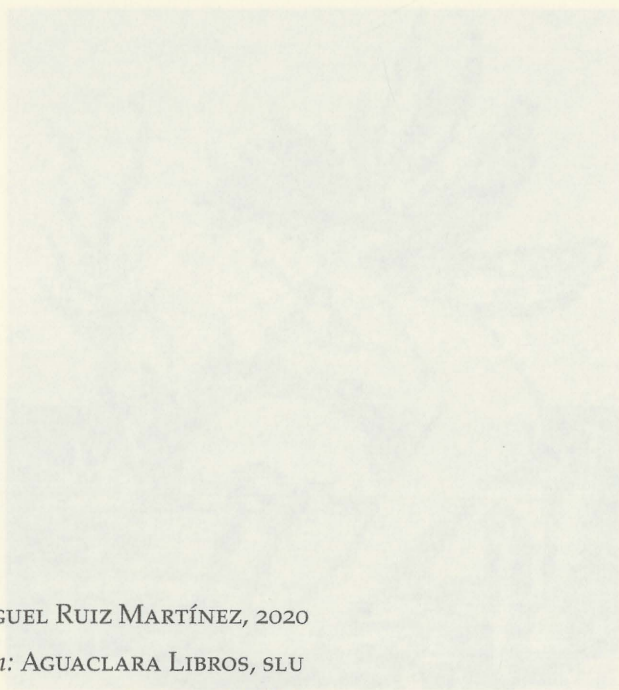
EDITORIAL AGUACLARA

RAMÓN DE CAMPOAMOR

ENTRE

ORIHUELA Y PILAR DE LA HORADADA

—Literatura y patrimonio—



© del texto: MIGUEL RUIZ MARTÍNEZ, 2020

© de esta edición: AGUACLARA LIBROS, SLU

Roselló, 55. 03010 Alicante

Tel.: 34 | 965 240 064

www.editorialaguaclara.es

Diseño, correcciones y maquetación: AGUACLARA

Impresión: ULZAMA DIGITAL (Navarra)

ISBN: 978-84-8018-453-3

Depósito Legal: A 23-2020

Impreso en España

INDICE A MARÍA DOLORES

8 ENTRADA

1. INTRODUCCIÓN

- 1.1. UNA ANÉCDOTA 15
- 1.2. UNA VISITA AL EDGAR DE CAMPOAMOR 16
- 1.3. UNAS PREGUNTAS 17

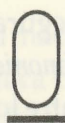
2. RAMÓN DE CAMPOAMOR, UN FAMOSO ESCRITOR, POETA SOBRE TODAS LAS COSAS Y POLÍTICO DEL SIGLO XIX

- 2.1. GALERÍA DE RETRATOS 19
 - 2.1.1. RETRATOS INTERNOS 19
 - 2.1.2. RETRATOS EXTERNOS 23
 - 2.1.3. UN GRABADO Y UNA AUTOGRAFÍA 27
 - 2.1.4. MONUMENTOS ESCRITÓRIOS 29
- 2.2. BIOGRAFÍA 33
- 2.3. EL POLÍTICO 36
- 2.4. EL ESCRITOR LÍRICO 37
 - 2.4.1. LAS NIÑERÍAS 38
 - 2.4.2. LAS DOLORES 40
 - 2.4.3. LOS PEQUEÑOS POEMAS 41
 - 2.4.4. LOS CANTARES 44
- 2.5. EL ESCRITOR Y LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA LENGUA 45
- 2.6. RANCOS DE LA OESA LÍRICA DE CAMPOAMOR 48

ÍNDICE

0. ENTRADA	11
1. INTRODUCCIÓN	15
1.1. UNA ANÉCDOTA	15
1.2. UNA VISITA AL LUGAR DE CAMPOAMOR	16
1.3. UNAS PREGUNTAS	17
2. RAMÓN DE CAMPOAMOR. UN FAMOSO ESCRITOR, POETA SOBRE TODAS LAS COSAS Y POLÍTICO DEL SIGLO XIX	19
2.1. GALERÍA DE RETRATOS	19
2.1.1. RETRATOS LITERARIOS	19
2.1.2. RETRATOS PICTÓRICOS	23
2.1.3. UN GRABADO Y UNA FOTOGRAFÍA	27
2.1.4. MONUMENTOS ESCULTÓRICOS	29
2.2. BIOGRAFÍA	33
2.3. EL POLÍTICO	36
2.4. EL ESCRITOR LÍRICO	37
2.4.1. LAS HUMORADAS	38
2.4.2. LAS DOLORAS	40
2.4.3. LOS PEQUEÑOS POEMAS	44
2.4.4. LOS CANTARES	44
2.5. EL ESCRITOR Y LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA LENGUA	46
2.6. RASGOS DE LA OBRA LÍRICA DE CAMPOAMOR	48

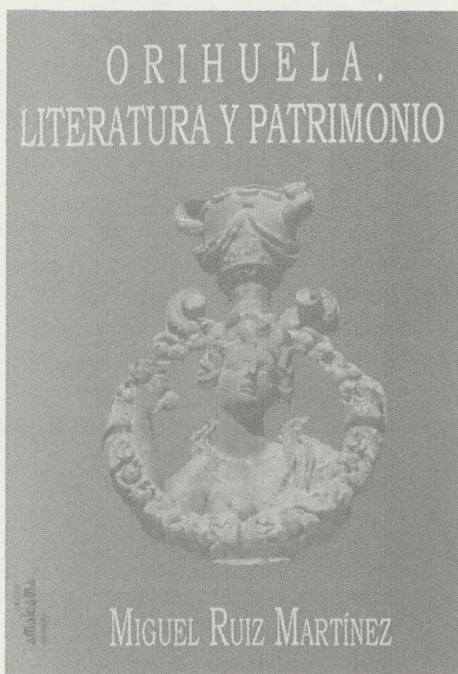
3. RAMÓN DE CAMPOAMOR. EPÓNIMO DE UN LUGAR DEL MUNICIPIO DE ORIHUELA	55
3.1. DEHESA DE SAN GINÉS, DEHESA DE MATAMOROS, DEHESA DE CAMPOAMOR	56
3.2. UNA CARTA DE EMILIO CASTELAR. 1876	57
3.3. LA PRIMERA VISITA DE GRATINIANO BACHES ROMERO A LA DEHESA DE MATAMOROS. 1883	58
3.4. FRANCISCO PALACIOS: DEL PILAR A MATAMOROS	61
3.5. LA VISITA DE JULIO DE VARGAS MACHUCA A LA DEHESA DE MATAMOROS. 1894	63
3.6. MARCIANO ZURITA EN LA DEHESA DE CAMPOAMOR. 1921	66
3.7. UNA CRÓNICA DE JOSÉ MARÍA BALLESTEROS EN BUSCA DE CAMPOAMOR Y UNA HIGUERA DEL PILAR. 1932	69
3.8. IMPRESIONES DE UNA VISITA A LA DEHESA DE CAMPOAMOR Y A PILAR DE LA HORADADA. MAYO DE 2019	72
4. CAMPOAMOR Y EL PATRIMONIO LITERARIO ORIOLANO Y PILAREÑO	105
4.1. DOLORAS	105
4.1.1. BAUTISMOS QUE NO BAUTIZAN	106
4.1.2. SAN MIGUEL Y EL DIABLO	108
4.1.3. ¡QUIÉN SUPIERA ESCRIBIR!	109
4.1.4. LA FE DE LAS MUJERES	113
4.2. PEQUEÑOS POEMAS	117
4.2.1. LOS GRANDES PROBLEMAS	117
4.2.2. DON JUAN	124
4.2.3. LOS BUENOS Y LOS SABIOS	142
4.3. RELACIÓN LITERARIA ENTRE CAMPOAMOR Y EL I MARQUÉS DE MOLINS	152
4.3.1. UNA LETRILLA DE MARIANO Y UNA DOLORA DE RAMÓN	152
4.3.2. LA MÚSICA Y EL RUISEÑOR DE MATAMOROS	159
5. SALIDA	169
BIBLIOGRAFÍA	171



ENTRADA

EL OBJETIVO DE esta publicación es ofrecer un trabajo que invite a conocer la obra de Campoamor y también su vida. Y que incite a visitar el lugar privilegiado, situado alrededor de la casa palacete que el prócer mandó construir entre la cañada Hermosa y Matamoros, de Orihuela Costa, que lleva su nombre desde hace más de un siglo, así como Pilar de la Horadada, Torrevieja y San Miguel de Salinas, que concitaron también la atención del poeta.

La idea de escribir este libro comenzó durante la realización de un Máster de Gestión del Patrimonio en Orihuela durante los cursos 2012-2013 y 2013-2014. En una de las sesiones se produjo un debate sobre la importancia del patrimonio literario para la puesta en valor del patrimonio cultural en general. Ello me llevó a redactar una serie de artículos sobre aspectos de la literatura relacionados

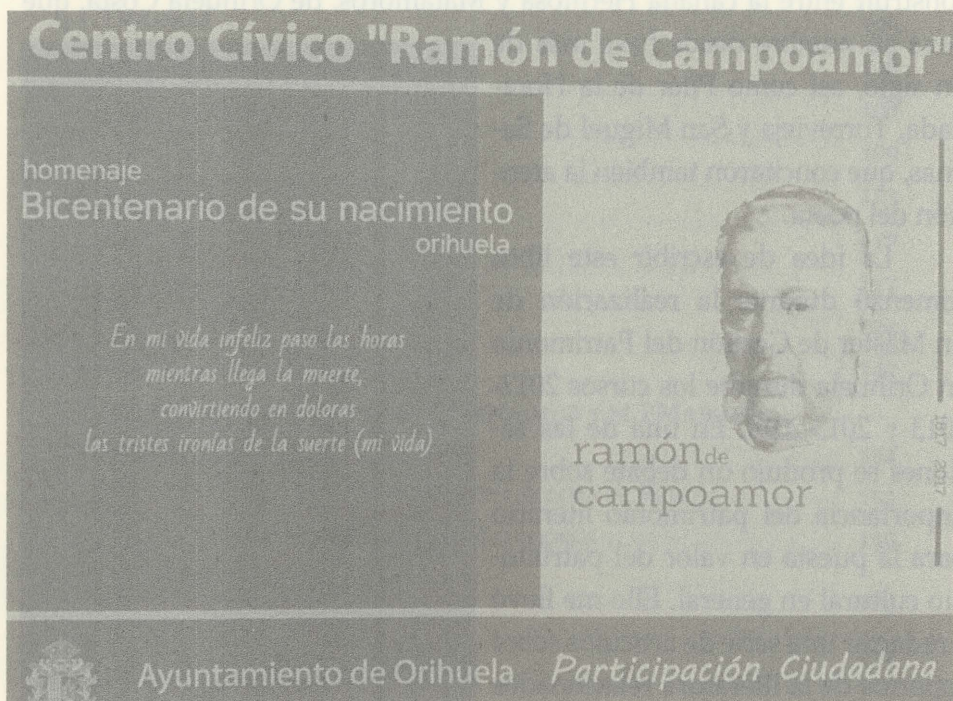


con Orihuela y la comarca del Bajo Segura: cuarenta y ocho entregas bajo el epígrafe de *Orihuela, literatura y patrimonio*, que se fueron publicando en los diarios *La Verdad* y *Las Provincias*, entre los años 2014 y 2017.

Con la recopilación de esos artículos se compuso el libro, *Orihuela. Literatura y patrimonio* (2017, Editorial Aguaclara), prologado generosamente por la periodista pilareña Pilar Maciá y que contó con el patrocinio de la Caja Rural Central y la Fundación Cultural Miguel Hernández.

Tres artículos de aquella serie estaban dedicados a Campoamor, poeta que llenó parte de la literatura española e hispanoamericana de la segunda mitad del siglo XIX, personalidad epónima de una zona de la costa del término municipal oriolano. Los artículos eran: «Campoamor y la Vega Baja. La cueva del don Juan de Lord Byron», «Campoamor y la Vega Baja. Tres curas del secano litoral» y «Campoamor y la Vega Baja. Las mujeres en el cielo».

El siguiente paso en la gestación de *Ramón de Campoamor entre Orihuela y el Pilar* fue el texto de la disertación del 22 de noviembre de 2017, titulada «Una efemérides en Orihuela Costa: el II Centenario del nacimiento de Ramón de Campoamor», a instancias del Ayuntamiento y a



propósito del CC aniversario del nacimiento del asturiano, durante el acto del descubrimiento de una placa con la imagen de Campoamor en el Centro Cívico «Ramón de Campoamor» de Participación Ciudadana de Orihuela Costa.

El esquema previo para la estructura de los capítulos del libro ha sido la conferencia impartida en la librería Códex de Orihuela el 10 de mayo de 2018, bajo el impulso tanto de la Fundación de la Comunidad Valenciana Patronato Histórico-Artístico Ciudad de Orihuela, como de la Librería Códex, acto que se anunciaba mediante la siguiente invitación:



Quizá sea conveniente dar alguna pista sobre el título definitivo de este trabajo: *Ramón de Campoamor entre Orihuela y Pilar de la Horadada*.

En un primer momento el título fue *Ramón de Campoamor y Orihuela*. Pero el cambio surgió con la profundización en el trabajo, al comprobar *in situ* que la producción del autor de *El Personalismo*, dedicada a nuestro ámbito geográfico, se refiere fundamentalmente a la Dehesa de Campoamor y al Pilar, como se trata de exponer en los capítulos que hablan de las obras de Campoamor sobre el paisaje y el paisanaje de la comarca.

I

INTRODUCCIÓN

ENTRAREMOS EN MATERIA a través de una anécdota contenida en un artículo de Campoamor —que también frecuentó la tinta impresa de la prensa— y de la descripción de la visita que otro periodista hizo a la Dehesa, allá por la década de los años sesenta del siglo pasado, buscando las huellas de don Ramón.

La anécdota muestra uno de los primeros contactos literarios del escritor con Orihuela. Con gran desparpajo caracteriza a las chicas de la capital de la Vega Baja y embroma a un político oriolano, mostrando así dos constantes de su producción literaria: su continuada atención a la mujer y el humor. La crónica, de A. M. Campoy, pone de manifiesto el interés que seguía suscitando, hace cincuenta años, la figura y la obra de Campoamor por un lado, y el trance turístico a que estaba sometido en esos momentos el «edén de Matamoros».

1.1. UNA ANÉCDOTA

Un chispazo periodístico nos muestra cómo funcionaban el humor y la ironía en la mente de nuestro autor. En mayo de 1858, Isabel II, rodeada de su real y abundante séquito en el que figuraba Campoamor, inauguraba en Alicante la línea ferroviaria Madrid-Alicante. Nuestro poeta y político, cronista del acontecimiento, escribe un artículo para el periódico *El Estado* —del que era director— en que muestra el paso, ante la reina, de las

comisiones de los distintos pueblos de la provincia, con los prohombres y las muchachas vestidas con los trajes típicos de las distintas localidades. ¡El tren había llegado a Alicante! Un Alicante proclamado «*la millor terreta del mon*» pocos años antes por Mariano Roca de Togores en su conocido poema dedicado a Bretón de los Herreros.

Campoamor caracteriza en uno de los párrafos de su artículo a los grupos de jovencitas que ofrecían cestas de flores y frutas de la primavera a Isabel de Borbón, acompañada por el niño Alfonsito. El escritor, que iba sobrado por la capital de una provincia de la que había sido jefe político —gobernador civil—, pasa, pluma en mano, atenta revista a las muchachas que representan las diversas comarcas alicantinas y anota, metiéndose con el político oriolano Rebagliato:

Las de La Marina se distinguen por su temperamento fibro-nervioso pronunciado; las de la Huerta de Orihuela son algo nerviosas, pero, aunque pese a Rebagliato, enormemente linfáticas; y solo las jijonencas y las de la Hoya de Castalla nos ha parecido que disfrutaban de un perfecto equilibrio de humores, de formas y de todo. Las medias de las de Jijona llamaron la atención por lo bonitas. Ninguna las llevaba y por eso gustaron tanto. ¡Qué blancura en la tela! ¡Qué suavidad en el tejido!

Ramón de Campoamor era así de llano. Qué piernas las de las chicas de Jijona. Qué blancas y suaves. La carne de la juventud. En franco contraste las extremidades inferiores de las turroneiras con las de las ninfas del Segura, nerviosillas ellas y linfáticas, que se acordaba el hombre de sus tiempos de estudiante de medicina. Realista. Prosaico. Humorista. Decidor. Campechano. Un periodista de la naturalidad.

1.2. UNA VISITA AL LUGAR DE CAMPOAMOR

Buscando las huellas imborrables de la presencia de Ramón de Campoamor en el lugar de la costa de Orihuela del que es epónimo el autor de las *Doloras*, el periodista A. M. Campoy publicaba un artículo en ABC el día 18 de febrero de 1968 titulado «Campoamor», en el que comienza contrastando lo que se ve en la séptima década del siglo XX —cambios urbanos y turísticos— con lo que vio Emilio Castelar en 1876: «dunas de color rosado,

playas agrias, escollos sonoros como un arpa eólica», como dejó escrito el eldense en una carta, fechada el 26 de septiembre de 1876, a su amigo Campoamor, en la que le agradece los días pasados en su compañía en la Dehesa, misiva que describe con extraordinaria y poética prosa, de resabios clásicos, el paisaje circundante:

Los pinos se espesan; las tierras de labor se agrandan; las ruinas, que tanto exaltan los paisajes, se levantan entre los cactus gigantescos de los áloes y los nopales, como en la seca Palestina. El agua corre entre los juncos y las espadañas, acariciando a Dafne, que huye de los besos de Apolo, y una cinta de fresca vegetación de maizales, de naranjos, de palmeras, de granados, de melocotoneros y albaricqueros dan a esta parte de la dehesa el aspecto de una vega murciana o valenciana cobijada por una montaña del Norte.

El periodista describe la casa de Campoamor con notable precisión:

...rojiza y almagra, amplia, fresca y luminosa, con una torrecilla palomar [...]. Esta casa, mandada edificar por don Ramón cuando entró en posesión de la dehesa, tiene amplios salones, balcones que se abren a los jardines y al mar, que queda allá abajo, festoneando de vivísimo azul el panorama envuelto en el sol.

1.3. UNAS PREGUNTAS

Tras lo anterior, cabe hacerse algunas preguntas nada retóricas. ¿Qué sentido tiene hablar de Ramón de Campoamor cuando ya estamos agotando la segunda década del siglo XXI? ¿Qué tiene que ver el personaje y su obra con los municipios de Orihuela, el Pilar de la Horadada y otros de su entorno? ¿Qué valores se pueden encontrar a más de un siglo de distancia en las obras del escritor? ¿Siguen estas teniendo alguna vigencia aparte de sus valores históricos y conmemorativos? ¿En qué medida contribuyó el escritor al patrimonio cultural de la comarca del Bajo Segura? ¿Qué papel deben tener los poderes públicos en el cuidado del patrimonio literario y el patrimonio general? ¿Y los ciudadanos particulares?

Trataremos de responder a esas cuestiones en varios apartados. El primero, referido al escritor, poeta sobre todo y político del siglo XIX; el segundo, atendiendo a su faceta de personaje que da nombre a una parte

del término municipal de Orihuela; por último, destacando los elementos del patrimonio literario creado por el escritor en relación con la Dehesa y su entorno.

2

RAMÓN DE CAMPOAMOR, UN FAMOSO ESCRITOR, POETA SOBRE TODAS LAS COSAS Y POLÍTICO DEL SIGLO XXI

PARA ENTRAR EN la personalidad de Campoamor observaremos una galería de retratos de diversa índole, nos asomaremos a una ligera biografía, trazaremos algunos rasgos de su trayectoria política, señalaremos su paso por la Real Academia Española de la Lengua e insistiremos sobre todo en su papel como poeta lírico. Todo ello a modo de introducción general y necesaria para entender el personaje y su obra, especialmente en lo que se refiere a nuestro ámbito geográfico.

2.1. GALERÍA DE RETRATOS

La semblanza viene dada a través de una serie de testimonios literarios, pictóricos, fotográficos y escultóricos que nos aproximarán a una figura que fue muy conocida durante la segunda mitad siglo XIX.

2.1.1. RETRATOS LITERARIOS

Una escritora gallega amiga de don Ramón, que supo mucho de literatura y de hombres, Emilia Pardo Bazán, en su *Campoamor. Estudio biográfico*, escribió:

Campoamor es de mediana estatura, y más que medianamente grueso [...]. Su cabeza, grande sin desproporción, respira fuerza y robustez. El cabello, blanco y limpio como madeja de seda y poblado aún

hasta cubrir todo el cráneo [...] realza la agradable entonación, algo pletórica, de la tez. Se ve que la testa está llena de sangre y que el amplio cerebro se nutre activamente de tan rico jugo. Las facciones, ni irregulares ni muy perfiladas, toman expresión de la maliciosa luz que irradia de sus ojos, y las acentúan las patillas pulcras, senatoriales que, ostentando la misma hermosa blancura que el pelo, guarnecen las mejillas. Los negros ojos ríen, pero en la caída de la boca hay una vaga melancolía [...]. No es la materia jovial y complacida la que asoma de ese rostro tan inteligente, a veces tan infantil, es la fantasía que ha sabido [...] idealizar lo sensual; es el alma, que después de «posarse en los charcos más infectos del camino», sale de ellos [...] con sus alas de libélula más tornasoladas y vibrantes que nunca al reflejo del sol de la belleza.

El mismo Campoamor, en su *Poética*, mirándose al espejo, con cierta sorna consustancial a su estilo, se autorretrata, desde el punto de vista cualitativo:

El mejor retrato mío sería el siguiente. Leyó por entretenerse, escribió por divertirse, vivió haciendo al prójimo todo el bien que pudo y se moriría con gusto por olvidar el mal que muchos prójimos le hicieron. Mi biografía es muy sencilla; la de alguno de mis detractores será un poco más complicada.

El nicaragüense Rubén Darío, poeta 50 años menor que nuestro escritor, impulsor del modernismo literario latinoamericano y admirador de la obra del asturiano, lo retrataba hacia 1896 con este breve y acertado poema:

Este del cabello cano
como la piel del armiño,
juntó su candor de niño
con su experiencia de anciano;
cuando se tiene en la mano
un libro de tal varón,
abeja es cada expresión
que volando del papel
deja en los labios la miel
y pica en el corazón.

En un *Blanco y Negro* de enero de 1893, a los 76 años, Campoamor respondía a una serie de preguntas componiendo una especie de autorretrato mediante el que manifestaba sus gustos y su humor:

- Principal rasgo de su carácter: la indisciplina.
- Cualidad que prefiero en el hombre: el candor.
- Cualidad que prefiero en la mujer: la inconstancia.
- Principal defecto: no saber decir que no.
- Ocupación que prefiero: leer.
- Mi sueño dorado: dormir sin soñar.
- Lo que constituiría mi desgracia: haber nacido rey.
- Lo que quisiera ser: criado de mí mismo.
- Color que prefiero: todos los colores atenuados.
- Flor que prefiero: la rosa.
- Animal que prefiero: ninguno.
- País en el que le gustaría vivir: en el que me encuentro.
- Poeta favorito: Horacio.
- Prosistas favoritos: las mujeres que me envían cartas.
- Pintor preferido: Velázquez.
- Mi político favorito: el alcalde de Alcoy que dejaba que cada uno se arreglase como pudiera.
- Hecho histórico que más admiro: la retirada de Carlos V al monasterio de Yuste.
- Manjares que más le gustan: los huevos, las patatas, el vino agüado.
- Reforma que cree más necesaria: la de la Nación.
- Cómo quisiera morir: de ninguna manera.
- Estado actual de mi espíritu: el de dejar hacer, dejar pasar.
- Faltas que le inspiran más indulgencia: las del corazón.

Manuel Lombardero, en el último capítulo de *Campoamor y su mundo*, trae a colación una descripción del poeta a los sesenta y pocos años [hacia 1877], realizada por el escritor y crítico Manuel de la Revilla, que se compadece con el modelo expuesto hasta ahora:

...quizá se imaginen que el autor de las *Doloras* es un personaje fúnebre y desesperado, de luenga barba, romántica melena y mirada fatal, devorado por los pesares, amargado por la duda y sumido en

negra melancolía, fruto de agitada y tormentosa existencia. Nada menos exacto. Ese escéptico implacable tiene todo el plácido aspecto de un creyente. Es un hombre de edad madura, más bajo que alto, grueso y bien conservado, de mirada franca y leal, de frente espaciosa y serena, cuya boca no está plegada por el amargo rictus del dolor, sino por la más bonachona de las sonrisas; cuya cabeza corona blanca cabellera que nada tiene de romántica, y cuyo rostro, agraciado y simpático en su conjunto, rodean blancas patillas de bolsista, que antes le dan expresión de acaudalado y satisfecho banquero que de melenudo y tétrico poeta. En ese cuerpo, que parece el de un epicúreo, se alberga un alma bondadosa y dulce, un carácter franco y jovial, un corazón sencillo, cándido, casi infantil, y una poderosa inteligencia. Afable en su trato, muy amigo de sus amigos, indolente para todo lo que no sea hacer versos, Campoamor es una persona por extremo simpática y de todos querida.

Para redondear esta semblanza anotemos dos conocidas cláusulas de su testamento: la renuncia, tras su muerte, a la propiedad de sus obras literarias, y el encargo a sus herederos de hacer sufragios por su alma, la de sus padres y la de su mujer, mientras quede memoria de su paso por la tierra. No sabemos si se sigue cumpliendo, en la actualidad, esta última voluntad.

Veamos ahora lo que dijeron algunos críticos literarios de su época:

—Alejandro Pidal: «En Campoamor todo parece inocentísimo, pero no os fiéis: por entre los nacarados y olorosos pétalos de la flor... asoma el dardo venenoso el áspid. Alguien ha comparado las poesías de Campoamor con un pomo del Renacimiento cincelado por Benvenuto [Cellini], que, en vez de bálsamo salutífero, encierra una ponzoña mortal».

—El Padre Blanco García: «No es que haya querido hacer Campoamor sermoncillos cortos o en verso, sino que ese fondo de escepticismo supone o confirma las más amargas verdades de la justicia cristiana. Las consecuencias de las *Doloras* revisten, es cierto, formas demasiado absolutas; su moralidad tiene mucho sabor epicúreo, pero siempre más inocente que el de la poesía erótica».

—Juan Valera: «Su melancolía (de la de sus versos hablo, pues en su conversación es alegre como unas sonajas) tiene más de languidez dulcísima que sucede al placer de un naturaleza sana y pagana, que de verdadera y legítima melancolía. [...]. Su moral es tan blanda, que cuando se pone serio y nos reconviene no asusta ni a los niños de la escuela; y de todas sus sátiras no se puede sacar [...] ni siquiera un adarme de hiel, sino alguna sal y pimienta [...]».

—Emilio Castelar dijo sobre la obra lírica del su amigo asturiano: «Campoamor es la individualidad poética más sugestiva [...] que hay en nuestro siglo. El mundo y el hombre, la naturaleza universal y la universal humanidad, Dios y lo infinito se reflejan, como los árboles de la orilla en la linfa transparente del lago, en su alma y toman de esta alma los colores reproducidos luego en versos inmortales... Campoamor es inmortal, único, divino, capaz de subir desde lo agradable a lo sublime de un vuelo en su poesía propia: en la poesía lírica».

—Y Leopoldo Alas, *Clarín*, el autor de *La Regenta*, agudo crítico literario, un paisano suyo muy poco dado a la hagiografía en sus trabajos de crítica literaria, concluye: «Campoamor es un gran poeta, nuestro mejor poeta; es el que emprende en la lírica el género que parece a muchos idealistas por naturaleza el camino de la nueva vida literaria».

Para terminar, daremos la voz y la palabra a don Ramón. En su *Poética*, libro esencial para conocer su pensamiento sobre la poesía, dice:

Dejad volar el alma. El pensamiento es la única atmósfera respirable del ser humano. Es menester vivir, pensar y escribir conforme a la naturaleza».

Y en el penúltimo párrafo del libro apunta:

Dejad que me embriague tranquilamente con el opio de las letras, porque, si no, creo que para soportar el largo camino de la vida tendría que apelar al verdadero jugo de la adormidera».

2.1.2. *RETRATOS PICTÓRICOS*

Los retratos —cuatro en total— que se enumeran y describen a continuación pueden encontrarse digitalizados en los espacios virtuales de

internet. Al no reproducirlos en este libro se logra, al menos, un objetivo medioambiental: se evita la tala de algún que otro árbol o, por lo menos, el gasto de una arroba de pasta de madera. Son retratos archiconocidos que están en la memoria colectiva. A través de las imágenes, ordenadas cronológicamente, podemos ver la evolución del aspecto físico y psicológico de Campoamor entre 1846 y 1891.

ANTONIO MARÍA ESQUIVEL Y SUÁREZ DE URBINA.

Los poetas contemporáneos. Una lectura de Zorrilla en el estudio del pintor. 1846. Museo del Prado.

En este cuadro colectivo el pintor incluye a su amigo Campoamor que contaba a la sazón 29 años. Es el lienzo más famoso del pintor y la pieza más destacada del Romanticismo español. En él reúne a más de cuarenta escritores y artistas sobresalientes de la época, vivos en esa época, e incluso, a través de sendos retratos, a dos artistas ya fallecidos, Larra y Espronceda. En el centro, José Zorrilla, nacido el mismo año que el asturiano, leyendo, y Esquivel con el pincel en la mano, posando ante sí mismo y ante el autor del Tenorio. A nuestra derecha, un joven más bien bajo, con barba prieta y pelo castaño, Campoamor, mira hacia un cuadro, de espaldas al lector Zorrilla y sin prestar atención a este. A nuestra izquierda, muy atento a la lectura del poeta vallisoletano y subrayado por el color rojo de su uniforme, el oriolano Mariano Roca de Togores, primer marqués de Molins.

Esta pintura es un testimonio extraordinario del ambiente intelectual en la época central del reinado de Isabel II. El cuadro, imaginándolas, reúne las personalidades de la cultura más relevantes contemporáneas del pintor. En su composición, el óleo, de grandes dimensiones, aúna la complejidad del retrato colectivo con el detallismo y minuciosidad de la pintura de gabinete del barroco flamenco.

Mariano Roca de Togores, autor del manojó de octavas reales que componen el inconcluso *El cerco de Orihuela*, destaca dentro del colectivo por la nota roja de su vestido, apareciendo entre Joaquín Francisco Pacheco (a su derecha), y Juan González de la Pezuela (a su izquierda), al que sigue el duque de Rivas. Sentados delante, Francisco Javier de Burgos y Francis-

co Martínez de la Rosa. La amistad entre el aristócrata Roca de Togores y el escritor Campoamor fue notable. Amistad que se expresa a través, entre otros documentos, de los versos de varias composiciones. También se relacionaron a través de la política de aquellos años, acérrimos representantes ambos del partido moderado, al servicio de la monarquía de Isabel II y de los intereses del sistema de la Restauración.

Si observamos el fragmento de este cuadro correspondiente a la derecha del espectador, veremos, de izquierda a derecha, a Antonio María Esquivel, Julián Romea, Manuel José Quintana, José María Díaz, Ramón de Campoamor, Manuel Cañete, Pedro de Madrazo, Mesonero Romanos. En este sector de cuadro Campoamor aparece con una expresión que recuerda a alguno de los personajes castellanos, de mirada inspirada y mística, pintados por El Greco.

El año en que se terminó de pintar el óleo fue el de la entrada de Campoamor en política al servicio de Isabel II y del liberalismo moderado, estela política que nunca abandonará a lo largo de su vida. Se le nombra, desde el Gobierno, Auxiliar del Consejo Real. El año anterior, 1845, a sus 28 años, había publicado la *Historia crítica de las Cortes Reformadoras*, que se dio a conocer en la prensa con notable éxito, obra en la que su autor traza los perfiles biográficos de los importantes políticos que intervinieron en las sesiones de dichas Cortes constituyentes. Y ese mismo año fue elegido diputado suplente por Asturias.

Publica la primera edición de las *Doloras y Filosofía de las Leyes*, al tiempo que cesa como redactor del periódico *El Español*. Al año siguiente será nombrado gobernador civil de Castellón. La experiencia adquirida en la provincia de la Plana le servirá para asumir las posteriores jefaturas de Alicante y Valencia durante unos años en los que se estaba consolidando la estructura administrativa centralizada del sistema liberal en España.

FEDERICO MADRAZO Y KUNTZ.

Retrato de Ramón de Campoamor y Campoosorio. 1847.

(Museo de la Biblioteca Nacional de España. Cartón. 21 x 18 cm.)

Madrazo es uno de los pintores más destacados del siglo XIX, pintor de cámara de Isabel II, hijo de pintor, yerno de pintor, suegro del pintor

catalán Mariano Fortuny —que fue amigo y mentor de nuestro Joaquín Agrasot durante la etapa romana de este—.

El futuro señor de la Dehesa está representado en este cuadro a la edad de 30 años. Retrato de media figura sobre fondo neutro. Madrazo lo pinta con largas patillas, mosca distinguida, fino y puntiagudo bigote, gesto un tanto estirado. El cuadro fue regalado por Campoamor a la Biblioteca Nacional en 1867.

En 1847 publica el libro *Obras poéticas de Campoamor*, que reúne sus cuatro libros de poesía editados hasta entonces.

JOAQUÍN ESPALTER Y RULL.

Retrato de Campoamor, a los 57 años de edad. 1874.

Ateneo de Madrid.

Espalter cultivó los géneros decorativo, histórico, religioso y el retrato. Utiliza un dibujo académico y correcto, que predomina sobre el empaste. Sus retratos de caracterizan por su realismo.

El retrato a que nos referimos es uno de los más conocidos del poeta. Está compuesto hacia el final del Sexenio Revolucionario. En 1874 comenzaba el sistema político de la Restauración, una etapa política en la que la figura del político y escritor volvió a tener un papel activo desde sus presupuestos políticos moderados. Al año siguiente es nombrado Director General de Beneficencia y Sanidad. En su empeño de ser autor teatral, estrena *El honor*, y aparece una nueva edición de *Los pequeños poemas*.

EMILIO SALA FRANCÉS.

Retrato sedente. 1891

Este retrato podría describirse de la manera que sigue, como parte de una posible «Galería de Retratos Campoamorianos»:

Este que ves sentado sobre un sofá en diagonal, vestido con un terno negro, la chaqueta en parte desabrochada, que te mira directamente a los ojos, es don Ramón María de las Mercedes Campoamor y Campoosorio, nacido en Navia (Asturias) en 1817. Fue retratado en 1891, a los 74 años de edad. Retrato sedente, íntimo y algo desenfadado, las mangas blancas de la camisa le asoman por debajo de las bocamangas de la chaqueta subrayando las manos. Si Guillermina

hubiese vivido a lo mejor le habría compuesto un poco más lo de las mangas y el cuello. Apoya el retratado la mano derecha en el pomo de un bastón, mientras el puño izquierdo, en ademán resuelto, posa sobre la cadera. Presenta el rostro nimbado de blanco por la cabellera y la poblada barba que muestra todavía señales del vigor de tiempos pasados, porta unos bigotes encanecidos con resabios de la madurez que envejece. Luce el hombre la punta de un pañolín, quizá perfumado, en el bolsillo de la chaqueta instalado sobre el corazón. Atención a la expresión del retratado, entre seria, irónica —los ojos— y escéptica —los labios—. Las cuencas de los ojos se hallan surcadas por las oscuras y bien trabajadas ojeras de la edad proveyta.

Emilio Sala, un pintor alicantino, alcoyano por más señas, destacó, entre otros géneros, por sus retratos. Fue contemporáneo de Joaquín Agrasot: ambos vivieron en Valencia, estuvieron becados en Roma y tuvieron amigos comunes. Los dos fueron excelentes retratistas y anduvieron en la conformación del luminismo. He estado mirando si Agrasot, de cuya muerte se cumple este año el primer centenario amplia y cumplidamente celebrado en Orihuela, llegó a pintar el retrato de don Ramón. Pero no he conseguido encontrar, todavía y si es que existe, ese retrato.

2.1.3. *UN GRABADO Y UNA FOTOGRAFÍA*

GRABADO DE CAMPOAMOR HACIA 1852.

La Ilustración Española y Americana.

En el grabado se puede ver a Campoamor posar de la siguiente manera:

La frente, amplia. Los rasgos de la cara, proporcionados, al gusto clásico. Abundantes y largas las patillas. Afeitada la sotabarba. Engominado y puntiagudo el bigote. Una mosca redonda, quizá a lo Porthos más que a lo Aramis. La mirada satisfecha, rezumando plenitud. El cuello de la camisa blanco, redondo, anudado con un gran lazo oscuro, nudo quizá de la mano de doña Guillermina. El peinado se intuye con raya a la izquierda.

Por esas fechas se produce su toma de contacto definitiva con Matorros. El matrimonio Campoamor reside casi todo el año en la Dehesa, y

en esta don Ramón va escribiendo el poema *Colón*, comenzado en Alicante, donde había ejercido el cargo de jefe político desde su nombramiento por Mariano Roca de Togores en 1848. Hay que tener en cuenta que 1852 es un paréntesis en su carrera política. Había cesado como gobernador de la provincia de Alicante al caer el ministerio Narváez en el año anterior. En 1853 será nombrado gobernador de Valencia y elegido diputado por Alicante.

RETRATO FOTOGRÁFICO DE CAMPOAMOR.

Incluido en Obras poéticas completas. 1900.

Es esta una imagen tomada casi medio siglo después del grabado anterior. Una instantánea de pocos meses antes de que el escritor pusiera el pie en el estribo y se subiera al carro de la muerte. No sabemos si, después de hacerse esta foto, volvió a su querida Dehesa a despedirse de ella. Ramón de Campoamor murió el 12 de febrero de 1901, recién estrenado el siglo XX. Desde 1899 había dejado de escribir. Su mano apenas podía conducir la pluma. El escritor posa para la instantánea con las erosiones de la vejez en su continente y asomando a sus ojos el escepticismo y el hastío de los que fue portador toda su vida.

La idea de coronar de laurel al poeta al final de su vida partió del actor Emilio Mario y la secundaron los innumerables amigos del poeta: Romero Robledo, Silvela, Cánovas del Castillo, Castelar, Núñez de Arce, Valera y una larga nómina de políticos, escritores y artistas. La prensa secundó la iniciativa y el Gobierno, presidido por Moret, ofreció el apoyo oficial.

Pero todo fue inútil. Campoamor se opuso frontalmente al homenaje. No hubo manera de convencerlo para que aceptase el laurel.

Dice Marciano Zurita en uno de los últimos capítulos su *Campoamor, estudio biográfico*:

Emilio Mario, con tesón laudable, no desmayó en sus propósitos y organizó una velada teatral en honor del excelso octogenario.

Este homenaje dramático al poeta que no logró ser dramaturgo se celebró en el teatro de la Comedia y consistió sencillamente en la *reprise* de *Cuerdos y locos*, que entonces obtuvo un éxito formidable sobre el cual, Campoamor, por todo comentario, dijo a unos amigos que en la

velada se entusiasmaron: «No sé cómo les ha gustado a ustedes: después de haber leído a Ibsen, todo parece anticuado e insignificante».

2.1.4. MONUMENTOS ESCULTÓRICOS

Entre los monumentos que conmemoran la vida y la obra del escritor Campoamor se reseñan tres de los primeros que se erigieron.

AURELIO RODRÍGUEZ CARRETERO.

Retrato sedente. Navia. 1913.

Monumento en bronce levantado sobre un gran pedestal troncopiramidal de mármol, en cuyos laterales se representan en relieves bronceos alegorías relativas a algunas de sus doloras, humoradas y pequeños poemas. En la parte frontal un medallón contiene la leyenda: «Asturias a Campoamor». Y un texto labrado en bronce reza: «La patria nunca olvida a quien la enaltece. Por iniciativa de asturianos que residen en ambos continentes, se levanta este monumento en Navia, su pueblo natal, al más profundo poeta del siglo XIX. XIX de agosto de MCMXIII. Nació en Navia el 25 de septiembre de 1817. Murió en Madrid el 12 de febrero de 1901».



LORENZO COULLAUT VALERA.
Grupo central del monumento a Campoamor.
Parque del Retiro. Madrid. 1914.

Es una de las más bellas obras del escultor, que fue el padre de Federico Coullaut-Valera, autor de varias importantes tallas procesionales de la Semana Santa de Orihuela. El grupo central del monumento muestra a Campoamor sentado en un banco, como sacado de sus paseos por el mismo Retiro en la etapa final de su vida, con el sombrero sobre un lateral del banco. Representado en una sencilla actitud de reposo, la mano izquierda descansa sobre el dorso de la mano derecha, que a su vez se apoya en el bastón. Está el poeta asistido por tres figuras femeninas que representan la juventud, la madurez y la senectud: Rosalía, portadora de un libro —que debe de ser el pequeño poema «Las tres Rosas», donde se cuenta la historia de las tres generaciones—; Rosaura, que ofrece tres rosas al poeta creador; y Rosa, detrás del banco. Las tres, «morenas y graciosas» en la pluma del escritor. Quizá el escultor se centró, para inmortalizarlas en piedra, en los versos de Campoamor que siguen:

A Rosa:

La idea de su edad la atormentaba,
pues, aunque nunca se la oyó una queja,
por momentos se notaba
que el amor de los otros la dejaba,
aunque el que ella sintió jamás la deja.

Más adelante:

Rosaura, hija de Rosa,
como niña nacida entre las flores,
además de bella era graciosa,
pues no sé en qué botánico he leído
que una hermosa mujer cuando ha nacido
en medio de un jardín es más hermosa.

Y a Rosalía la describió pensando:

Hermosa nieta de su hermosa abuela,
Rosalía, entre flores confundida,



sobre el banco, que el musgo aterciopela
cuando tenía apenas
la edad en que ya corre por las venas
el alma confundida con la vida.

Tres rotundas figuras femeninas en las que el escultor puso su genio. El monumento tiene en su base el nombre del poeta y los años de su nacimiento y muerte. Entre la base y el banco, un friso con niños desnudos, a manera de pequeños *putti*, juegan como imitando alguna cantoría italiana del Renacimiento, quizá inspirados estos amorcillos en los de Luca della Robbia.

Los otros dos elementos situados a ambos lados del principal, de pequeño tamaño, en bronce, escenifican dos de las doloras más destacadas del escritor: «El gaitero de Gijón» y «¡Quién supiera escribir!». Esta última con las figuras del cura del Pilar de la Horadada, Antonio Puigcerver, y la joven a la que le escribe la carta para el novio. ¡Toda una embajada oriolana y pilareña en Madrid a principios del siglo XX!

El elemento central, realizado en mármol blanco y bronce, mide unos cuatro metros de alto por cerca de dos y medio de ancho.

Marta Palenque, en su «Apunte biobibliográfico de Ramón de Campoamor» insiste en el papel que la mujer juega dentro del pensamiento y de la obra de este autor:

El monumento tallado por Coullaut Valera dejó clara la absoluta predilección de las mujeres por el mundo campoamoriano, algo que responde a la realidad de la recepción, pues ellas fueron sus más fieles lectoras. El poeta construyó una poesía didáctica en la que son las principales interlocutoras, siempre en unos parámetros conservadores y en relación con la imagen moral del «ángel del hogar». En algunos versos del asturiano la mujer es peligrosa porque puede embaucar, engañar y perder al hombre; es falsa y con dobleces. Y recomienda en *Filosofía de las leyes* que debe ser obediente y quedar siempre bajo el yugo masculino, permaneciendo limitada a la esfera de lo doméstico. Que hable de mujeres, y a ellas se dirija, no supone la defensa de su emancipación.

VICENTE BAÑULS ARACIL.

Busto de Campoamor. Alicante. 1917

El escultor alicantino Vicente Bañuls es autor del busto, recientemente restaurado, sobre pedestal, instalado en la zona de Campoamor, en Alicante, al lado del Auditorio de la Diputación, monumento que se le dedicó al poeta en 1917 con motivo de la celebración del primer centenario de su nacimiento. En la peana del busto se lee «Alicante a Campoamor». El paseo de Campoamor es una de las huellas del paso del asturiano por la capital de la provincia como gobernador civil.

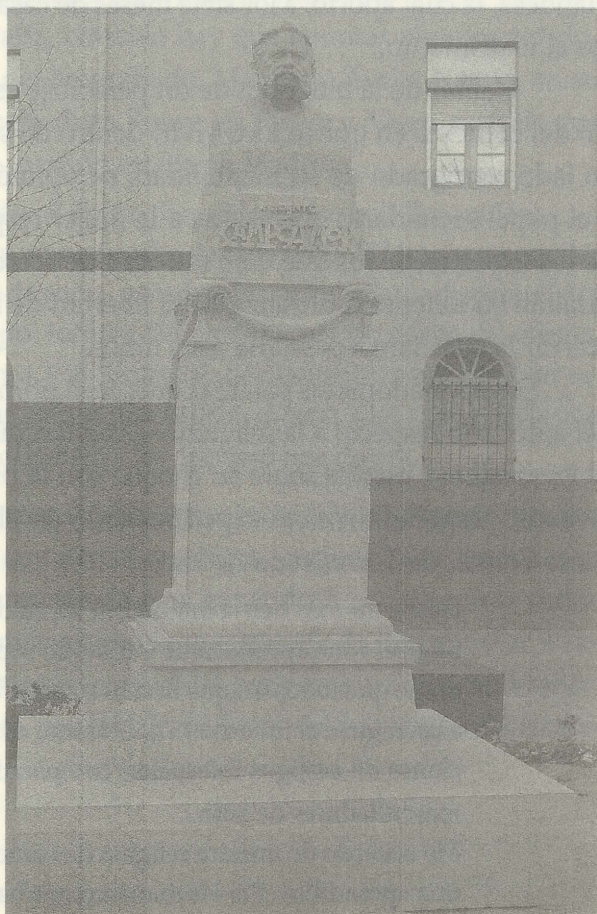
Bañuls fue discípulo del pintor Lorenzo Casanova, condiscípulo de Gabriel Miró en el taller de Casanova y autor, entre otros, de los monumentos levantados a Canalejas y a Maisonnave en la capital alicantina.

2.2. BIOGRAFÍA

Ramón María de las Mercedes Pérez y Campoosorio nació en Navia (1817) y murió en Madrid (1901). Sus padres fueron Miguel Pérez Campoamor y Manuela Campo Osorio. Emilia Pardo Bazán, en su biografía sobre Campoamor, dice acerca de su ascendencia familiar:

Su línea paterna era llana, de labradores; la materna, hidalga, y muy preciada de su hidalguía.

A los 15 años se trasladó a estudiar a Santiago



de Compostela. A los 18 cursa estudios de Lógica y Matemáticas en Madrid. Inicia estudios de Medicina a los 20 años, pero los abandona enseguida para dedicarse a la literatura. Espronceda le aconseja que estudie, que lea mucho, sobre todo a los clásicos, antes de empezar a escribir. Y a renglón seguido, de la mano de la literatura y del periodismo, y también de su adscripción al liberalismo moderado de la regente María Cristina, de la que será fervoroso partidario, entrará en política. Y en la política y, sobre todo, en la poesía, seguirá inmerso hasta su muerte.

Durante sesenta años leerá mucho, escribirá mucho, poesía, de política, de filosofía, de teatro, será académico de la Lengua, intervendrá en la política española desde sus postulados políticos moderados. Se casará con Guillermina O'Gorman en Alicante en 1849, descendiente de una familia irlandesa, la cual aportó, a los siete meses de casarse, la dehesa de Matamoros al matrimonio.

Hablar de la biografía de un personaje es hablar de sus ideas, dentro del contexto en que le tocó vivir, dentro de su circunstancia. Destacan, en lado retrógrado de su mentalidad, su opinión proclive a la esclavitud y el papel secundario que asigna a la mujer respecto al hombre. Y dentro de los aspectos de los que dejó muestra de acercamiento a la modernidad resaltan su defensa a ultranza de la libertad de imprenta y sus afanes por acercar la enseñanza primaria a los niños.

Son reveladoras las palabras que, en el primer capítulo —«Vida e ideas del autor con respecto a la religión»—, del larguísimo «Epílogo» en su obra *El Personalismo*, escribe sobre su choque con la práctica de la religión en su juventud, especialmente el experimentado en el colegio de los dominicos Santo Tomás, de Torrejón de Ardoz:

Desde mi más tierna infancia ni un solo día han dejado de usar conmigo el contraproducente y cómodo expediente del terror, asegurándome que todos los que hacían travesuras como yo iban sin remisión a corregirse al infierno [...]. El Dante es un zote en materia de invenciones de castigos infernales, comparado con alguno de esos malos masculladores de latín...

Me acuerdo de nuestra religión de «amor» de aquella época como de una «pesadilla». Por las mañanas nos hacían oír todos los días, por lo

menos, una misa. Por el día me enseñaban, de una manera absurda, la doctrina cristiana, esa moral divina que, comentada por el fanatismo y la ignorancia, se convierte en un estrecho preceptualismo, que hace totalmente imposible la cosa más fácil del mundo: la virtud. Por las noches me hacían rezar el rosario, el cual me acuerdo que yo lo recitaba maquinalmente, sin ningún estro interno y sin ritmo exterior. Las multiplicadas prácticas domésticorreligiosas solo me llenaban de hastío; pero cuando me acuerdo de un cierto templo a donde me conducían casi a todas las horas del día, me sucede como cuando alcanzo a ver un cementerio.

Y es que semejantes experiencias imprimen carácter durante la etapa de formación de la personalidad. ¿No recuerda la vicencia anterior otras similares de varios escritores, entre ellos Gabriel Miró?

En una somera biografía, también hay que apuntar algunos renglones sobre los últimos años del biografiado. Marciano Zurita cuenta, en su libro sobre Ramón, que el periodista Roure, en *Blanco y Negro*, escribía que Campoamor, tras enviudar, cuando estaba en Madrid

...iba por las tardes al Retiro, llevando en los bolsillos un lápiz, un tirador de goma y un cucurucho de caramelos. El lápiz, para escribir versos; el tirador de goma, para espantar a los pájaros disparándoles piedrecitas que, por torpeza del tirador o por propósito del mismo, no les herían nunca; y el cucurucho de caramelos, para distribuir estos entre todas las amigas que hallaba al paso, a las cuales decía una flor, les daba un caramelo y les dedicaba una dolora.

Se me hace difícil pensar en el anciano tensando la goma del tirador apuntando a los gorriones que andan a saltitos, como si tuvieran los pies trabados, en busca de las miguitas de pan, ganándose la vida con el sudor de su frente; quizá parece más asumible que tratara de impresionar a las palomas que zureaban chismosas o amorosas por parejas, o se desplazaban contoneándose casi a lo pato por los alrededores del banco donde estaba sentado el viejo poeta.

2.3. EL POLÍTICO

Como político, Campoamor es un exponente del liberalismo moderado al servicio de la regencia de María Cristina, de la monarquía de Isabel II y, tras el Sexenio Revolucionario (1868-1874), del sistema político de la Restauración borbónica. Estuvo más de medio siglo en política. Ejerció como gobernador civil de Castellón, Alicante y Valencia. Como jefe político de Alicante vino de la mano de Mariano Roca de Togores, a la sazón ministro de Marina.

Fue diputado y senador en bastantes ocasiones durante 40 años, y periodista de temas políticos. En su día tuvo bastante repercusión el duelo a sable —la política andaba por medio—, que mantuvo en 1863 con el marino Juan Bautista Topete, militar progresista que más tarde participaría en la llamada la *Gloriosa*, revolución que destronó a Isabel II en 1868. Los amigos de Campoamor le decían, con mucho humor, que si hubiera terminado con Topete a sablazos no se habría producido tal revolución.

Como escritor y periodista político compuso la *Historia crítica de las Cortes Reformadoras*, aportando una serie de semblanzas de importantes políticos intervinientes en las sesiones de aquellas Cortes, que establecieron la Constitución moderada de 1845 reformando el texto constitucional progresista de 1837. Esta libro alcanzó una amplia difusión.

Entre los aspectos positivos de su gestión como gobernador civil en la provincia de Alicante, se halla la manera de afrontar la epidemia de cólera morbo en aquellos años. Él mismo cuenta en el capítulo IV del «Apéndice» de *El personalismo*:

Por los años de 49 a 51 empezó a asomar por las fronteras de España su fatídica cabeza la hija terrible del Ganges, Ola-bibi, la diosa del cólera morbo [...]. Las autoridades de todo el litoral de España hacíamos desesperados esfuerzos para que nuestros respectivos territorios no fuesen al menos la puerta por donde se introdujese el monstruo indiano.

Yo era el que estaba en peor situación de todos [*los jefes políticos de las provincias*], pues en un año había subido la emigración de mi provincia a Argelia a la enorme suma de 20 000 almas. Viendo el Gobierno que del retorno de tantos emigrados podría resultar la propagación

del cólera, que entonces asolaba las costas de África, me mandó muchas órdenes, pero ningún recurso, para que a todo trance procurase evitar la emigración. Entonces, secundado por el celo de algunos alcaldes y corporaciones, disponiendo solo de los medios ordinarios, y sin faltar a una sola prescripción legal, logramos por espacio de mucho tiempo entretener en obras públicas a más de 2000 trabajadores diarios, aliviando la miseria de tantos infelices como hubieran sido arrastrados al sepulcro o al destierro.

Una de las primeras medidas que anota en su agenda de gobernador es la de recorrer los pueblos de la provincia para ver por sí mismo su situación en aquel momento. Visita prontamente los centros docentes, entre ellos el Instituto Provincial de Segunda Enseñanza. Y ordena, en los primeros días de su mandato, revocar y blanquear las fachadas de los edificios de todos los pueblos de la provincia.

Hacia 1848 la provincia de Alicante tenía una red viaria insuficiente, la carretera de Valencia era todavía un proyecto, y el paseo marítimo estaba sin construir. Campoamor impulsó diligentemente estos dos proyectos y el de la construcción del ferrocarril con Madrid.

A finales de 1849 el Gobierno de Madrid unificó los cargos de Jefe Político e Intendente de Cuentas en una sola figura, la de Gobernador Civil. Campoamor fue confirmado en su puesto y la prensa valenciana recogió la satisfacción que produjo esa confirmación en los pueblos alicantinos y los festejos que se llevarían a cabo. «Algunas de las poblaciones más importantes, como Villajoyosa, Orihuela, Elche y Alcoy, habían mandado comisiones expresamente para felicitar al señor Campoamor.»

2.4. EL ESCRITOR LÍRICO

La fama de Campoamor como escritor se debe fundamentalmente a sus trabajos poéticos. Es un clásico entre los escritores de la segunda mitad del siglo XIX, en que fue muy leído y admirado. Su fama decaerá con la aparición del modernismo y las ideas de la generación del 98.

En su *Poética* define y clasifica los subgéneros literarios creados por él —por lo tanto, originales—, que le dieron fama: las humoradas, las

doloras y los pequeños poemas, definiéndolos como a continuación se indica.

2.4.1. LAS HUMORADAS

¿Qué es una humorada? Un detalle intencionado, un poema de expresión lapidaria y propósito didáctico que se limita a condensar una máxima —sentimental y escéptica— en versos prosaicos y fáciles de recordar. En la humorada debe haber intención, burla, alegría a veces tierna y a veces siniestra. Publicadas entre 1886 y 1888, se podría decir que son píldoras, gominolas, grageas, pastillas de menta de literatura popular. Sentencias marmóreas las más de las veces.

Una breve selección de composiciones de este género campoamoriano es la que sigue:

A todo ser creado
le gusta, como a Dios, ser muy amado.
Te vas a confesar, y el cura dice
que, a ti, en vez de absolverte, te bendice.
Es la fea graciosa
mil veces más terrible que una hermosa.
En cuanto a la castidad todo la espanta;
ve un espejo y se oculta la garganta.

Campoamor recuerda a veces, a través de sus versos, su paso por Valencia, ciudad a la que estuvo vinculado como gobernador civil:

¡Pues no quieres que crea
que vio en Valencia una hortelana fea!

Todavía se conserva en la memoria de los mayores de San Miguel de Salinas el pareado que le inspiró una moza del lugar al inventor de las humoradas:

Bendita sea la hermosura
que me quitó las ganas de ser cura.

Hasta no hace muchos años seguían en el imaginario popular los siguientes pareados, tan fáciles de recordar:

A pesar de lo mucho que te quiero,
no me mato por ti, pero me muero.

Como los quieras complacer a tantos,
a millares tendrás los desencantos.

En la guerra y en el amor lo primero
el dinero, el dinero, el dinero.

Las hijas de las madres que amé tanto,
me besan ya como se besa a un santo.

La humorada que sigue nos da a entender la hipocondría que en muchas ocasiones embargaba al escritor.

¡Maldito mal el mío!

Si puedes huye de él: se llama hastío.

De qué manera tan breve y tan clara enuncia Campoamor la idea de revolución política presente a lo largo del siglo XIX y que tanto preocupó a los liberales moderados como él:

Al salir a las calles las ideas
son del incendio popular las teas.

Y el díptico de la siguiente dolora rezuma amargura, conmisericordia y crítica social sobre la situación de la mujer en su tiempo:

¡Cuánta mujer que marcha al casamiento
da a la calle, al río, al convento!

En el argot popular persiste un dicho poco delicado de contenido similar a la siguiente dolora y que rima en consonante con el primer verbo del primer verso de esta. Quizá nuestro poeta bienhumorado lo conociera:

¿Te casaste? Pues bien, ya has conquistado
frío hogar, mesa muda y lecho helado.

Todos lo han conocido,
¿va con uno y bosteza? Es su marido.

Y con el poema de Miguel Hernández en su *Cancionero y romancero de ausencias* —«Escribí en el arenal / los tres nombres de la vida: / vida, muerte, amor. / Una ráfaga de mar, / tantas claras veces ida, / vino y nos borró.»— se compadece extraordinariamente esta dolora de Campoamor:

¿Cómo quieres que vaya
a que en la orilla de la mar te vea,
si borró nuestros nombres la marea
escritos en la arena de la playa?

2.4.2. LAS DOLORAS

Una dolora es una humorada convertida en drama, que nace de una emoción estable y permanente en la realidad. Campoamor compuso unas ciento ochenta que fueron publicadas entre 1845 y 1886. Las hay filosóficas, humorísticas, escépticas y eróticas. La más popular, escrita en la Dehesa y referida al Pilar de la Horadada, es la llamada «¡Quién supiera escribir!» Pero también son muy conocidas: «El gaitero de Gijón», «Lo que se piensa al morir», «Amar al vuelo», «El beso», «San Miguel y el diablo», «Bautismos que no bautizan» y «Las dos linternas». Esta última concluye así:

Y es que en el mundo traidor
nada hay verdad o mentira:
todo es según el color
del cristal con que se mira.

En ocasiones el poeta intercala doloras dentro de sus «Pequeños poemas». Espigando entre las muchas composiciones de este tipo que escribió el titular de la Dehesa, se propone la selección que sigue:

HASTÍO

Sin el amor que encanta,
la soledad de un ermitaño espanta.
¡Pero es más espantosa todavía
la soledad de dos en compañía!

COSAS DEL TIEMPO

Pasan veinte años; vuelve él,
y al verse, exclaman él y ella:

—¡Santo Dios!, ¿y éste es aquél?

—¡Dios mío!, ¿ésta es aquélla?

La siguiente dolora lleva, tras el título, una cita del Kempis: «No confíes, ni estribes sobre la caña hueca, porque toda carne es heno y toda su gloria caerá como flor». De sus cinco estrofas se muestran las dos primeras:

ACHAQUES DE LA VEJEZ

I

Si no me atara los pies
la gota, y la que no es,
contigo iría hasta el fin
de ese encantado jardín.
¡Rompamos la marcha pues!
Ea, a la una, a las dos,
a las... ¡por vida de Dios!
Tenme, no me caiga, Inés.

II

¡Ah! ¡cómo enciende de amor
de tus ojos el color;
el mismo con que Rafael
nos pinta la caridad!
A su dulce claridad,
cien vueltas a este vergel
diera de buen grado, Inés;
mas ¿qué importa?, ¡maldición!
que me arrastra el corazón
si me flaquean los pies.

Veamos la concepción particular que el escritor tiene del mito de Sísifo a través de una décima. En 1918 Dalmau Carles la incluía en *El primer manuscrito*, un librito destinado a escolares:

AMBICIÓN

A un monte una vez subí,
y de cansado me eché;

tras luego que lo bajé,
de confiado caí.
¡Déjame ambición aquí
hasta morir descansando!
¿Qué ganaré ambicionando,
si cuanto más suba, entiendo
que me he de cansar subiendo,
y me he de caer bajando?

Y la dolora que viene a continuación —inserta en el pequeño poema «Las tres rosas»— parece una precuela que contradice el poema hernandiano, incluido en *Cancionero y romancero de ausencias*, que comienza: «El amor ascendía entre nosotros / como la luna entre las dos palmeras / que nunca se abrazaron»:

BODAS CELESTES

Te vi una vez, solo un momento;
mas lo que hace la brisa con las palmas
lo hace en nosotros dos el pensamiento;
y así son, aunque ausentes, nuestras almas
dos palmeras casadas por el viento.

Quizá Campoamor, antes de componer la dolora «¡Así!», oyó en algún lugar el conocido cantar del pueblo que algunos atribuyen a Antonio Machado: «Ni contigo ni sin ti / tienen mis males remedio; / contigo porque me matas, / y sin ti porque me muero».

¡Así!

I

Mira hacia allá. Tu eléctrica mirada
¿por qué se clava con tanto ardor en mí?
¡Es mi pecho un volcán!, ¡muero abrasada!
¡No me mires así!

II

Mira hacia acá. Tus ojos inconstantes
ya no se clavan con ardor en mí;

si he de vivir, mírame así... como antes...

Fíjate bien: ¡así!

Y qué decir de una versión brevísima del mito de Fausto, con el que Goethe inspiró a tantos poetas:

EL ALMA EN VENTA

Así con Satanás Julio habló un día:

—¿Quieres comprarme el alma? —Vale poco.

—Tan solo por un beso la daría.

—Antiguo pecador, ¿te has vuelto loco?

—¿La compras? —No. —¿Por qué? —Porque ya es mía.

En *El primer manuscrito*, ya citado, José Dalmau incluía también esta dolora —de tema rural y en forma de décima—, que tanto se parece a una fábula con amarga moraleja:

LA CONDICIÓN

Al regresar del otero,

lleno de gozo y cariño

les dio a una niña y un niño

dos pájaros un cabrero.

Dándole un beso primero,

la niña al suyo soltó;

al pájaro que quedó

no se le pudo soltar,

porque el niño, por jugar,

el cuello le retorció.

Graciosa y amarga es ésta:

ROGAD A TIEMPO

Marchando con su madre, Inés resbala,

cae al suelo, se hiere, y disputando

hablan las dos así llorando:

—¡Si no fueras tan mala!... —No soy mala.

—¿Qué hacías al caer?... —¡Iba rezando!

En cambio, es encantador el poema que sigue, que insiste en la habilidad y el ingenio con que dominan el lenguaje las mujeres, un tópico de la literatura a lo largo de siglos.

GUARDAS INÚTILES

I

—Ya anocheció: ¿quieres que hablemos; Lola,
aquí, a solas los dos?

—La que es buena, señor, nunca está sola,
pues está con su madre o está con Dios.

II

—Lola, ¿es verdad que un día os encontraron
solos, allí, a los dos?

—Eso es porque aquel día se quedaron
mi madre en casa y en el cielo Dios.

2.4.3. LOS PEQUEÑOS POEMAS

¿Qué es un «pequeño poema»? Una dolora amplificada. Los pequeños poemas fueron publicados a partir de 1872. Con ellos consigue Campoamor la plenitud de su fama literaria. Destacan «El tren expreso», «La historia de muchas cartas», «Las tres rosas», «El trompo y la muñeca», «El amor y el río Piedra», «Los grandes problemas», «Don Juan», «Los buenos y los sabios».

En el cuarto apartado de este libro se entrará en el análisis y la glosa de varios pequeños poemas que hacen relación a nuestro ámbito geográfico.

2.4.4. LOS CANTARES

Campoamor escribió cantares a la manera tradicional, impregnados del sentir de sus humoradas y doloras, que llegaron a ser muy conocidos:

Me causas tanto pesar,
que he llegado a presumir
que mucho me debe amar
quien tanto me hace sufrir.

He aquí un pequeño homenaje, de intención erótica, a la línea ferroviaria Madrid-Alicante:

Con tanto placer cruzamos
el túnel de Elda los dos,
que al salir de él exclamamos:
¿No habrá otro túnel, gran Dios?

Y la versión irónica de un «eterno retorno»:

Te pintaré en un cantar
la rueda de la existencia:
pecar, hacer penitencia,
y luego vuelta a empezar.

¿O qué decir del lirismo que informa los versos de este otro cantar?

Marcho a la luz de la luna
de tu sombra tan en pos,
que no hacen más sombra que una
siendo nuestros cuerpos dos.

— Y otra alusión a Valencia (¡tantas veces Valencia!) en un cantar dedicado a una mujer:

Si te ha absuelto el confesor
de aquello del Cabañal,
o tú te confiesas mal,
o él te confiesa peor.

¿Cómo no recordar «El silbo de afirmación en la aldea», de Miguel Hernández, a propósito de la siguiente cuarteta?

Fui un día a la ciudad
y me volví al otro día,
pues mi mejor compañía
es la mayor soledad.

Sobre el éxito de los cantares de don Ramón en el siglo XIX, Ramón Caballero dice en su prólogo de *Gorjeos del alma. Cantares populares*, una amplia recopilación de estos breves poemas publicada en 1910:

Otros con más motivos que yo [...] han llevado [...] a cabo la recopilación de esos cantares que como gotas de rocío refrescan al alma y saben arrancar lo mismo una lágrima a nuestros ojos, que una dulce sonrisa a nuestros labios...

El pueblo crea, pero no todo cuanto sale de sus labios es obra suya. Tiene otra cualidad admirabilísima y que realiza con sorprendente maestría; esta es la de elegir lo bueno y conservarlo en su imaginación y desterrar lo malo para no recordarlo nunca; así no os sorprenda que entre estos cantares que os ofrezco haya algunos y quizá no pocos debidos a la inspirada pluma de esos conocidísimos poetas que han dedicado no poco trabajo y gran fortuna a imitar en coplas originales las que del pueblo nacen, tales como Augusto Ferrán, Trueba, Aguilera, Campoamor, Bécquer y otros.

Las palabras de Caballero muestran hasta qué punto los cantares publicados por Ramón de Campoamor fueron asumidos, aprendidos y dichos por el pueblo.

Campoamor probó su vocación literaria en bastantes géneros —el periodismo, el teatro, la fábula, la oratoria, los poemas épicos, la filosofía—, que le aportaron mucha menos satisfacción y fama que sus humoradas, doloras, pequeños poemas y cantares.

2.5. EL ESCRITOR Y LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA LENGUA

Nuestro asturiano —en sus propias palabras «valenciano del Norte» destinado a gobernar a los «asturianos del sur»— fue académico de la Real Academia de la Lengua desde 1861, ocupando la vacante dejada tras su muerte por José del Castillo y Ayensa, traductor de Anacreonte, Safo y Tirteo. Su discurso de ingreso llevó como título «La metafísica limpia, fija y da esplendor al lenguaje» —claramente inspirado en el lema fundacional de la Academia— y empieza de esta manera:

Señores: la Academia de la Lengua, encargada principalmente de discutir todos los problemas ideológicos, es la primera corporación llamada a plantear y resolver las más trascendentales cuestiones de la Filosofía, es la única Academia esencial y necesariamente metafísi-

ca. Sentar las leyes de un idioma es hacer el análisis del pensamiento humano, pues no se puede menos de conocer el pensar cuando se estudia el cómo se piensa.

Más adelante expone su teoría al respecto:

Las bases de la Gramática general, las leyes del pensamiento, son metafísicas, son de necesidad absoluta; las formas con que se expresan son fisiológicas, solo de necesidad contingente. El modo o ley de expresarse el pensamiento es invariable, universal, cosmopolita; la forma o la palabra en que se expresa es contingente, localizada, territorial.

El discurso de Campoamor, de una extensión de veintiocho páginas, fue contestado, mediante otras treinta y siete páginas, por su amigo, «el oriolano nacido en Albacete», Mariano Roca de Togores, que llegaría a presidir la Real Academia y que disertó sobre la obra poética original de Campoamor.

En su respuesta Roca de Togores no entra al trapo de la metafísica y glosa la obra poética del asturiano, sobre todo las doloras. El marqués se explayó sobre el concepto de dolora a lo largo de varios párrafos.

¿Qué es dolora? La dolora, según su autor, es una composición poética en la cual se debe hallar unida la ligereza con el sentimiento, y la concisión con la importancia filosófica.

...y no falta quien suponga que, como las penas del corazón se llaman dolores, las penas del entendimiento se llaman doloras...

No deja de ser curioso el concepto de dolora con que se adorna Roca de Togores: doloras, penas del entendimiento.

En cuanto a la tesis literaria, si esta composición o dolora no es anacreóntica, ni madrigal, ni epigrama, ¿qué es dolora? ¿Qué os importa, señores, que yo no la defina? Los poetas la conocen, los aficionados la cultivan, los curiosos la aplauden, las damas la sienten, y la Academia, no lo dudéis, le dará carta de naturaleza.

Hasta aquí las palabras de don Mariano en 1862. Pero la palabra *dolora* no apareció en el diccionario de la RAE hasta la edición de 1925, definida en los siguientes términos:

Dolora. Nombre inventado por el poeta Campoamor, hacia 1846. Breve composición poética de espíritu dramático, que envuelve un pensamiento filosófico sugerido generalmente por los contrastes de la vida o las ironías del destino.

Como se ve, la profecía académica de Roca de Togores se cumplió... pasados 63 años. Para esas fechas, Mariano y Ramón estaban criando malvas hacía varios lustros.

2.6. RASGOS DE LA OBRA LÍRICA DE CAMPOAMOR

Un juicio crítico bien argumentado sobre la poesía campoamoriana es el de Manuel de la Revilla. Sinteticemos lo que dice en *Don Ramón de Campoamor. Bosquejo literario*, 1877, cuando reseña las características principales de la lírica de nuestro poeta:

—Originalidad

Campoamor es tan original...

que difícilmente puede determinarse su filiación poética...

...aunque sean conocidas las fuentes en que se inspira: los alemanes, Víctor Hugo, Heine, Musset, Byron.

La originalidad [...] no consiste solo en decir lo que nadie ha dicho, sino en decirlo de un modo nuevo, [...] no tanto en los detalles de la composición, como en el conjunto de ésta.

Campoamor «no encaja en la tradición literaria española». Se muestra partidario «del arte docente o trascendental», mirando con desdén toda composición que no haga pensar y considera, con algunas excepciones, como una frivolidad del ingenio «todo lo que no sea la traducción poética de un concepto filosófico».

—Poesía: la razón cantada

En nuestro poeta

el sentimiento y la imagen no son más que auxiliares de la idea. Su poesía es [...] la razón cantada, como Lamartine quería que fuese la poesía moderna, y no hay concepción suya, por ligera que parezca,

en que a través del poeta no se adivine al filósofo, y no solo al filósofo moralista, sino al psicólogo y al metafísico.

—*Subjetivismo*

Esta tensión filosófica, unida a su personalidad, hace que su poesía sea eminentemente subjetiva. La realidad exterior es una ocasión para revelar su propio pensamiento.

...y por eso nunca la canta por el mero gusto de exponerla, vaciarla o describirla, sino por el de sacar de su contemplación alguna enseñanza trascendental.

Es esta una falta de objetividad que muestra «la flaqueza de Campoamor en lo épico y lo dramático, y su excelencia en lo lírico». El fondo constante de sus composiciones «es el espíritu de Campoamor».

—*Humanidad*

«Es nuestro poeta eminentemente humano». Se inspira, en efecto, pocas veces en la divinidad y menos en la naturaleza. Y lo que priva de frescura y sentimiento a sus poesías es esa falta de atención a la naturaleza: «El alma y la vida del hombre individual y del hombre colectivo, consideradas bajo los aspectos que más pueden interesar al filósofo» son el objeto de la inspiración de Campoamor.

Y esta originalidad explica uno de sus mayores méritos:

...el de saber convertir en materia poética los más abstrusos problemas de la ciencia, el de conmover e interesar con asuntos abstractos, difícilmente compatibles con las exigencias del estro poético, el de haber sabido crear una poesía didáctica y trascendental.

—*Poesía didáctica y trascendental*

Poco cuidadoso [...] de la forma puramente externa, ha atendido mucho a la interna, y no ha olvidado que la idea por sí sola no basta a dar valor estético a las obras de arte, que éste es una forma y nada más, y que sus mismas poesías, con ser tan profundas, despojadas del encanto de la forma, no serían otra cosa que la exposición de un conjunto de ideas de todos sabidas, que en sí no tienen valor poético.

Es decir, Campoamor recubre su pensamiento con formas originales y bellas, para que sea atractivo y se difunda y popularice.

Muy desigual, a veces versa primorosamente, y a veces peca de duro e incorrecto: «...ora se levanta a grandiosas concepciones, ora imagina verdaderas niñerías». Esto se explica por el carácter subjetivo de sus obras, eco de la movilidad incesante de su espíritu, impresionable y candoroso.

—*Escepticismo*

Campoamor es un poeta sin ideal, como hijo fiel de su siglo. La duda es su musa predilecta y la negación escéptica el alma de sus cantos. No hay poeta que compita con él en pesimismo y desaliento, y el hecho de que poesías inspiradas en tales sentimientos logren una popularidad tan extraordinaria es el signo del tiempo en que vivió. Manuel de la Revilla insiste:

El escepticismo de Campoamor es más amargo, más desconsolador y más peligroso que el de Espronceda, por lo mismo que es más sereno y razonado. Los desesperados gritos de Espronceda conmueven y repelen a la vez; el estado psicológico que revelan pone miedo en el ánimo. El tranquilo escepticismo de Campoamor no produce iguales efectos; antes su plácida calma es señuelo que convida a reposar la cabeza sobre aquella almohada agradable al espíritu, como a la duda apellidaba Montaigne.

El asturiano no tiene motivos personales para ser escéptico. La experiencia de la vida no ha podido causar profunda mella en su alma infantil y candorosa; su plácida y feliz existencia, antes que a la duda debiera invitarlo a la fe. En su serena fisonomía, en su constante buen humor, es imposible adivinar el escepticismo que lo devora.

El crítico citado anota multitud de ejemplos de sus versos que explicitan el tremendo escepticismo que contienen. Quizá el más conocido es el que forma parte de la dolores «Las dos linternas»: «Que en este mundo traidor / nada es verdad ni mentira; / todo es según el color / del cristal con que se mira». No cabe escepticismo más universal y profundo, ni es posible exponerlo con mayor y más implacable impasibilidad.

Lo paradójico es que esta poesía tan escéptica gustó a una parte importante de la sociedad. ¿A qué se debe este fenómeno según de la Revilla?

A la perfidia de Campoamor, que semejante a la serpiente bíblica sabe revestir de bellos colores el fruto envenenado que entrega a las Evas y Adanes de esta generación.

Un ligero rasgo de sentimentalismo, algún que otro alarde de respeto a las creencias tradicionales recuerdan...

...involuntariamente las reservas de Montaigne, los distinguos de Descartes y la devoción de Rabelais, bastan para que Campoamor pueda deslizar impunemente sus venenosas doctrinas. *Il connait son public, ce gaillard-la*, y no le cuesta gran trabajo rociar con agua bendita sus audacias volterianas y sus arranques escépticos y pesimistas, dignos de Kant y de Schopenhauer.

—*Reflejo de su época y su país*

Campoamor es un reflejo exacto de su época y, a la vez, de su país. Esa poesía escéptica, pesimista, amarga e irónica es la única propia de aquellos tiempos de crisis y de duda. El poeta de la segunda mitad del siglo XIX no puede tener ideal, ya que su época no lo tiene: ...su canto ha de ser desconsolador y negativo, amargo y desesperado, o indiferente y frío, según su temperamento».

—*Creador de las doloras y los pequeños poemas*

Ni las obras filosóficas, ni las polémicas políticas, ni los ensayos dramáticos y épicos de Campoamor constituyen la base de su fama. Nuestro poeta es, sobre todo, el poeta de las doloras y los pequeños poemas. Luis García Montero, conocido poeta de la «poesía de la experiencia», crítico literario, profesor universitario, y también un político actual, enfatiza varios aspectos de la poesía campoamoriana, concluyendo que Campoamor es

...un autor lleno de interés, injustamente despreciado en su totalidad, que indagó en una poética de la palabra común, limpiando el lenguaje lírico de los convencionalismos y las altas retóricas del romanticismo. Su limpieza dio los mejores resultados en la estirpe lírica

que fluye en Bécquer, Antonio y Manuel Machado, Luis Cernuda, Ángel González y Jaime Gil de Biedma.

En suma, un escritor que representa un

...personalísimo mundo poético de escepticismos, consejos, ironías, versos cotidianos, dramatizaciones amables y fábulas sociales, mundo protagonizado por un personaje lírico de marcada madurez, curtido por la experiencia, que ya conoce las vueltas y las revueltas de las grandes verdades y no puede evitar una sonrisa ante las declaraciones solemnes de los credos y los amores eternos.

El deseo de escribir en la lengua de todos, de no utilizar líricamente un dialecto diferenciado, será el argumento capital de su *Poética*.

M. Palenque, antes citada, insiste en que el asturiano

...actuó como narrador y consejero desde la atalaya de su poesía moral y fue exponente de un período de la historia y la cultura españolas regido por una burguesía conservadora que quería sentir, pero sin exceso, palpar con orden. Sus estrofas tienen tanto ripios y lugares comunes como momentos felices, y su ironía (componente básico de su escritura) sigue deparando una sonrisa cómplice.

En esta línea, Antonio Machado, en *Juan de Mairena*, capítulo primero, escribe:

La verdad es la verdad, dígala Agamenón o su porquero.

AGAMENÓN.- Conforme.

EL PORQUERO.- No me convence.

MAIRENA, EN SU CLASE DE RETÓRICA Y POÉTICA

—Señor Pérez, salga usted a la pizarra y escriba «Los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa».

El alumno escribe lo que se le dicta.

—Vaya usted poniendo eso en lenguaje poético.

El alumno, después de meditar, escribe: «Lo que pasa en la calle».

MAIRENA.- No está mal.

Se podría decir, a manera de conclusión, que el ejercicio poético de transformar «Los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa» en

«Lo que pasa en calle» lo realizó Campoamor, a su manera, durante la segunda mitad del siglo XIX.

RAMÓN DE CAMPOAMOR, EPÓNIMO DE UN LUGAR DEL MUNICIPIO DE ORIHUELA

EL LUGAR QUE hoy conocemos como Campoamor, una parte entrañable del territorio oriolano, debe su denominación actual al apellido del escritor. Tal fue su fama. Se podría decir, con toda propiedad, que puso la Dehesa de Campoamor en el mapa. Él y su mujer ocuparon parte de la de San Ginés, nombrándola de Matamoros, a principios de la segunda mitad del siglo XIX, y vivieron en ella durante largas temporadas hasta finales de siglo. El autor de *La fe en las mujeres* acudió con frecuencia a su «sede de Matamoros» tras enviudar en 1890, residiendo varios meses al año en él, en este marco paisajístico incomparable, ante el Mediterráneo.

Ramón de Campoamor es uno de los referentes del rico patrimonio literario oriolano que encabezan escritores de la talla excepcional de Miguel Hernández y Gabriel Miró. Una parte importante de su producción literaria se gestará y se escribirá en este enclave de la costa oriolana.

Para hacer patente la impronta que dejó el escribir en su Dehesa nos valdremos de varios testimonios, entre los cuales los de Emilio Castelar, Julio Vargas Machuca, Marciano Zurita, José María Ballesteros y Manuel Mellado.

RAMÓN DE CAMPOAMOR, EPÓNIMO DE UN LUGAR DEL MUNICIPIO DE ORIHUELA

EL LUGAR QUE hoy conocemos como Campoamor, una parte entrañable del territorio oriolano, debe su denominación actual al apellido del escritor. Tal fue su fama. Se podría decir, con toda propiedad, que puso la Dehesa de Campoamor en el mapa. Él y su mujer ocuparon parte de la de San Ginés, nombrándola de *Matamoros*, a principios de la segunda mitad del siglo XIX, y vivieron en ella durante largas temporadas hasta finales de siglo. El autor de *La fe en las mujeres* acudió con frecuencia a su «edén de Matamoros» tras enviudar en 1890, residiendo varios meses al año en él, en este marco paisajístico incomparable, ante el Mediterráneo.

Ramón de Campoamor es uno de los referentes del rico patrimonio literario oriolano que encabezan escritores de la talla excepcional de Miguel Hernández y Gabriel Miró. Una parte importante de su producción literaria se gestará y se escribirá en este enclave de la costa oriolana.

Para hacer patente la impronta que dejó el escritor en su Dehesa nos valdremos de varios testimonios, entre los cuales los de Emilio Castelar, Julio Vargas Machuca, Marciano Zurita, José María Ballesteros y Manuel Mellado.

3.1. DEHESA DE SAN GINÉS, DEHESA DE MATAMOROS, DEHESA DE CAMPOAMOR

La Dehesa de San Ginés, propiedad de la orden monástica de la Merced, fue desamortizada durante el Trienio Liberal, 1820-1823. Tras diversos avatares de la propiedad motivados por la especulación y los cambios políticos, en 1849, el padre de Guillermina O'Gorman, casada 7 meses antes con Campoamor, compró un tercio de la superficie de la Dehesa de San Ginés y regaló la propiedad a su hija. Manuel Lombardero, en su libro *Campoamor y su mundo*, se inclina a suponer que gran parte de los dos mil quinientos duros que costó la finca, de más de 2000 hectáreas, la puso de su bolsillo el propio Campoamor, en esos momentos jefe político de Alicante.

Campoamor no llamó a la propiedad *Dehesa de San Ginés* sino *Dehesa de Matamoros*, tomando el nuevo nombre de una cañada cercana al lugar que él y su mujer eligieron para edificar su palacete. La Dehesa tenía forma casi rectangular, uno de cuyos lados era todo frente marítimo. El escritor se convirtió en empresario agrícola llegando a decir que «a una finca que mi mujer compró por dos mil duros, le saco yo seis mil de rentas al año». Presumió de ser un buen cosechero de esparto, cáñamo, palmito y cereales de secano, y de frutales y hortalizas en los bancales regados mediante pozos y norias. Todavía se recuerda un cantarillo humorístico del propio Campoamor que dice:

Yo conocí a un labrador
que, celebrando mi gloria,
al borrico de la noria
le llamaba Campoamor.

Nuestro escritor fomentó las Colonias Agrícolas en su Dehesa. Creó varias: La Rafaela, en recuerdo de su hermana mayor; Navia, por su pueblo natal; La Freala, El Convento y la Hacienda Vieja por el lugar que ocupaban dentro de la Dehesa. Las Colonias Agrícola de aquel tiempo fueron, según M. Lombardero en *Campoamor y su mundo*, «un intento de diseminar la población por el campo, favoreciendo así la extensión y mejora de los cultivos al acercar el labrador a su lugar de trabajo». Lombardero sigue, en estos extremos, la información que aporta M. Mellado en su obra *La*

Dehesa de Campoamor. El Estado estimulaba a los colonos con la exención de impuestos y con ciertos privilegios cuando los mozos eran llamados a quintas. El nombre *Dehesa de Campoamor* se lo pusieron al lugar las gentes de los pueblos cercanos y los trabajadores de la hacienda, en general naturales de la parroquia del Pilar de la Horadada.

La Dehesa fue, en tiempos de su titular y pese a la neurosis y retraimiento de la dueña, un centro de animación social y cultural del entorno. Gentes relevantes de Torrevieja, San Pedro del Pinatar, el Pilar de la Horadada, San Miguel de Salinas, Orihuela, Torrevieja o Madrid acudían a Matamoros convocados por la fama y la sociabilidad del escritor, tan famoso en su tiempo.

3.2. UNA CARTA DE EMILIO CASTELAR. 1876

Castelar, político republicano, catedrático de Historia, reputado escritor, escribió una carta a Campoamor, su amigo, a finales de septiembre de 1876 tras dejar la Dehesa de Matamoros, donde había pasado un mes como invitado, agradeciendo la estancia y el tiempo compartido. En ella describe líricamente la hacienda:

Estas colinas rojas, sombreadas por las copas de los pinos verdísimos, estas cañadas hondas, cubiertas de higueras y olivos, tapizadas de romero y de palmito; allá abajo el Mediterráneo celeste; allá arriba, como colgada sobre un desfiladero, la casa entre palmas, cipreses, terebintos y granados; todo esto tiene el aspecto de una granja meridional, con su cielo digno de Oriente y un mar digno de Atenas o de Corinto.

Cita también Castelar el tipo de vida social que durante aquel mes realizaron:

Luego los amigos de Murcia, de Cartagena, de Torrevieja y de Orihuela, nos han mandado caballos para montar, perros para la caza, coches y galeras para paseo, frutas de todas las vegas, pescados de todas las costas, cargas de dulces, manojos de flores, hasta platos condimentados por ellos, todos cuantos regalos podían soñar la imaginación y pedir el gusto.

No se olvida en la carta de las personas que lo atendieron:

Hemos vivido en compañía de y en familia con estos sencillos labradores, que tienen toda la finura y la caballerosidad de los grandes señores. El inocente pavero y la vieja que guarda las higueras; Antonio y Guillerminita; el fiel Pepe y el inteligente Francisco; la Sra. Encarnación, que dispensa una hospitalidad tan franca en esta casa, animada por su bondad y su talento.

La carta, un ejemplo señero y cuidado del estilo epistolar del cuarto presidente de la efímera I República, la ofrece en toda su extensión Manuel Mellado en su interesante libro *La Dehesa de Campoamor: un ensayo en clave histórica y apasionada*.

Entre Ramón de Campoamor y Emilio Castelar hubo una larga amistad que duró toda su vida. Y hay que decir que militaron en partidos políticos distintos que defendían ideologías enfrentadas. Campoamor, se ha repetido en varias ocasiones en los renglones de este libro, era un liberal moderado, partidario de la monarquía de Isabel II y del sufragio censitario; Castelar era un liberal avanzado, partidario de una República unitaria, que llegó a ser el cuarto presidente de la I República española que intentó organizar la vida política española tras la abdicación de Amadeo I de Saboya. Precisamente el mandato de Castelar terminó con el golpe de estado que dio el general Pavía, que abrió de esta manera el camino a la Restauración borbónica.

Los dos próceres se visitaban con relativa frecuencia en sus haciendas respectivas de la Dehesa de Matamoros, propiedad del asturiano, y en la de San Pedro del Pinatar, residencia del eldense.

La historia de esta amistad está salpicada de detalles de los favores mutuos que se hicieron a lo largo de los años. Sobre todo en los momentos difíciles de los cambios políticos. Padeció el eldense con la represión de *la Sangilada* y lo ayudó el de la Dehesa. Padeció el asturiano con la irrupción de *la Gloriosa* y lo ayudó el de San Pedro de Pinatar. Y así.

3.3. LA PRIMERA VISITA DE GRATINIANO BACHES ROMERO A LA DEHESA DE MATAMOROS. 1883

Manuel Mellado, en su libro, se explica literariamente, aunque sin llegar nunca a extremos hagiográficos, acerca de la amistad con que honró

Campoamor a lo largo de años a Gratiniano Baches Viudas —el padre de Gratiniano Baches Romero—, a raíz de una circunstancia meteorológica que obligó al maestro y a su familia a refugiarse en Matamoros. Regresaban al Pilar de la Horadada, desde San Miguel de Salinas, a bordo de una tartana don Gratiniano, su mujer y sus seis hijos, uno de ellos un tierno mamón...

...cuando les sorprendió una fuerte tormenta de agua y relámpagos [...] por lo que el tartanero, a la vista del cariz del tiempo, aconsejó dirigirse a la casa principal de la Dehesa de Matamoros, donde esperarían a que escampara, aunque el tiempo estaba cada vez más borrascoso.

Así se hizo. De la carretera, a la altura del cruce de Lo Monte, que quedaba a la derecha, tomaron hacia la izquierda, apremiando a gritos el cochero a la mula, pues comenzaba a diluviar.

Entre los hijos se encontraba Gratiniano, que entonces contaba cinco años, lo que permite situar el hecho hacia 1883...

...Llegados a la casa principal, resultó que se encontraba en ella su propietario [...], quien al escuchar la algarabía que producían con sus llantos cinco niños asustados por la tormenta, preguntó de qué se trataba, a lo que le respondieron que el maestro del Pilar de la Horadada, que venía de San Miguel, se había refugiado con su familia en espera de que pasase la tormenta, y que los niños, cinco de muy corta edad y uno recién nacido, estaban atemorizados por relámpagos y truenos, además de cansados por el fatigoso viaje.

Campoamor hizo que la familia subiera al piso principal, mientras que el tartanero desenganchaba la caballería y la ponía a buen recaudo en la cuadra.

El dueño de la Dehesa saludó al maestro y lo convenció para que pasaran la noche allí, que la tormenta arreciaba.

De manera que le pedía que por aquella noche se considerasen sus invitados...

Y al día siguiente ya podrían seguir hacia el Pilar. Acto seguido los invitó a cenar.

En tanto llegaba la hora de la cena, pasaron todos al salón donde Campoamor tenía su escritorio y la abundante biblioteca. El pequeño Gratiniano se quedó extasiado a la vista de tantos libros, tan bien

alineados en los anaqueles de armarios y estanterías y pudo ser a partir de entonces cuando despertó en él la afición por los libros y su contenido, aunque también le venía de herencia.

Es posible que el párvulo Gratiniano soñara esa noche con los lomos bellamente encuadernados de los libros que don Ramón y el tiempo que pasó el escritor en Matamoros fueron acumulando en las lejas de la biblioteca. A esos libros que vio aquella noche de tormenta, y a los que vinieron después a hacer compañía a los anteriores hasta 1901, dedicaría, a sus cuarenta y dos años, un sentido artículo...

...lleno de pena y nostalgia, al verlos amontonados, abandonados y polvorientos, destinados seguramente a la destrucción, en el desván o almacén del Curro en el Pilar.

En esos libros pensaba yo cuando la directora de la Casa de Cultura del Pilar de la Horadada nos enseñaba el contenido del despacho del maestro don Gratiniano Baches Romero. Un despacho con muchos muebles, libros y multitud de recuerdos personales del maestro. En nuestra visita buscábamos las huellas —tan lejanas, tan cercanas— de Ramón de Campoamor, personaje a caballo o, mejor dicho, a calesa, galera, tartana o tal vez cabriolé, entre Orihuela Costa y el Pilar. Estuve a punto de preguntarle por *el Curro*, última pista apenas conocida de los libros de don Ramón. Quizá queden algunos de aquellos viejos ejemplares en algunos anaqueles de algunas casas, reliquias de tinta impresa y papel ya amarillo, que habrán ido pasando de generación en generación. Pobres libros «amontonados, abandonados y polvorientos». Cómo no acordarse del expurgo que el Cura y el Barbero hicieron de la biblioteca quijotesca. Aunque siempre queda algún libro que se salva, como sucedió a *Tirante el Blanco* en La Mancha, entre cuyos protagonistas se encuentra un bravo oriolano luchando a mandobles contra los moros del norte de África, que a lo que parece lo habían cogido prisionero años antes frente a la Torre de la Horadada y que había sido liberado por los mercedarios que habitaron en San Ginés.

Pero volvamos a la noche en que diluviaba a manta, a cántaros, sobre la Dehesa. Tras la cena:

Don Ramón hizo entrar a don Gratiniano en su despacho y allí permanecieron hablando de mil cosas varias horas hasta bien pasada la medianoche, en lo que sin duda fue una velada memorable y largamente recordada por el maestro del pueblo del Pilar...

Durmió el personal. Pasó la noche. Escampó la tormenta. Se levantaron. Se asearon.

Desayunaron con renovado apetito, chocolate y buñuelos que Campoamor había encargado que se les preparasen como despedida.

Tras los adioses, por Lo Monte, eso parece, fueron bajando hacia el Sur, hacia el Pilar. El sol salía por encima del mar. La mañana reía. El olor a tomillo, a romero, a retama subía desde el suelo, esparciéndose por todo el mundo; los caracoles, las barbachas serranas escribían sus caminitos de plata sobre las ramitas, sobre las piedras sueltas de las orillas del camino. Las llantas de las ruedas de la tartana rodaban a golpes sobre los carriles pedregosos, llenos de charcos, con tantos Baches sobre el vehículo.

Gratiniano chico, desde la zaguera de la tartana, zarandeado, como toda la expedición, por las imperfecciones del camino, miraba hacia atrás. No podía dejar de pensar en los libros de don Ramón, tanto le habían impresionado. Cómo se acordaría de aquella escena vivida a los cinco años cuando en 1920, tenía cuarenta y dos años a la sazón, preocupado por el legado campoamoriano, daba la voz de alarma en un sentido artículo titulado «Los libros del poeta»,

en el que reclamaba atención sobre el legado bibliográfico de Campoamor, que a su muerte y subsiguiente venta de la Dehesa, quedaban en una lamentable situación de desamparo.

El artículo está reproducido en el libro de Mellado Pérez.

3.4. FRANCISCO PALACIOS: DEL PILAR A MATAMOROS

Pilar Sáez-Palacios Hernández, en el opúsculo *Una visión de Ramón de Campoamor en Pilar de la Horadada*, que el Ayuntamiento de esta localidad dedicó en 2018 al poeta y político señor de la Dehesa en el 200 aniversario de su nacimiento, publica un artículo que hunde sus raíces profundas en el Pilar. Lo titula «Una visita a Matamoros».

En el trabajo se recrea una visita que hizo a Matamoros Francisco Palacios, un bisabuelo suyo que era el sanitario de la aldea del Pilar y del que incluye un retrato realizado por Jean Darblade, el fotógrafo que dejó tantas imágenes de las gentes del sur de la provincia de Alicante alrededor de Torrevieja durante la segunda mitad del siglo XIX. El retrato de Francisco Palacio:

Un varón de cerca de cuarenta años, que no mira al fotógrafo, sino que se gira hacia nuestra izquierda, cara proporcionada, calvicie avanzada, porte fuerte. Nariz un poco aguileña, mentón voluntarioso. Bigote a la moda de ese tiempo, bien poblado y con largas puntas quizá engominadas con fijador. Un bigote mucho más a lo Castelar que a lo don Ramón. Chaqueta oscura sobre camisa blanca con rayas verticales distantes entre sí. El cuello de la camisa anudado con un buen lazo.

...Con el alba ya se levantaba el metódico y laborioso Francisco. Tiene que hacer una larga visita a su ilustre y relevante paciente...

Una visita como las que con frecuencia le hace durante la primavera en que Campoamor reside en la Dehesa, lejos del bullicio de Madrid, disfrutando de una «vida sencilla», de las «fragancias naturales del sotobosque mediterráneo», de las «labores de los labradores» y de «la mar acogedora, cálida como un vientre maternal».

Francisco Palacios, el sanitario de la aldea del Pilar, se viste más cuidadosamente esta mañana. Encastra sus polainas en las piernas, prepara las alforjas y llena su maletín con instrumental de todo tipo pues, además de con el notable dueño de la finca, puede atafajarse en otros menesteres o curas imprevistas con los mozos que cuidan tierras y los servidores del poeta [...]. Repasa escrupulosamente su carga, aunque son dos millas escasas, el camino serpentea y varían el suelo y vegetación.

Monta a caballo al amanecer...

...y va dejando la aldea adentrándose en el camino de tierra alastrada y seca hacia la Dehesa.

Su camino está flanqueado por olivos, almendros, encinas, pinos, madroños, palmitos, acebos, laureles y retamas.

Durante el trayecto el jinete va recordando la fama del personaje al

que va a visitar, fama que conoce a través de la lectura de *El Imparcial* que a veces llega al Pilar. Se detiene en «una fresca vereda» para que descanse la montura. Aspira el vivo olor de las aromáticas. Reanuda el camino. Llega a la Dehesa. Descabalgua. Y...

...vislumbra una robusta silueta dibujada entre el sillón de mimbre y una celosía que deja pasar tímidamente los mañaneros rayos del sol.

Es don Ramón.

¿Qué cometido tenían esas visitas —que se podrían datar durante la última década del siglo, pues doña Guillermina no aparece en el recuerdo de Pilar Sáez-Palacios sobre el sanitario boticario pilarense en la Dehesa? Atender al señor y al personal que trabajaba en la finca. Partos prematuros, extracción de muelas, fiebres...

Don Ramón estaba enfermo de gota. Una gota tan parecida a la que afectaba al personaje histórico que él más admiraba, a Carlos V entrando al retiro de Yuste. Cómo atenazaba la podagra al ilustre enfermo. Cómo aliviaban sus fórmulas magistrales la gota y otras afecciones del famoso escritor. Y cómo disfrutaba Palacios con las conversaciones que mantenía con el enfermo. Las visitas a Matamoros eran como una fiesta para él.

3.5. LA VISITA DE JULIO DE VARGAS MACHUCA A LA DEHESA DE MATAMOROS. 1894

Julio de Vargas Machuca (1839-1899), un periodista de *El Liberal*, en un libro recopilatorio de sus crónicas llamado *Viaje por España. Alicante-Murcia*, publicado en 1895, cuenta su visita a Campoamor en Matamoros a primeros de octubre de 1894.

El periodista, acompañado por un colega, sale del hotel de Alicante en que se alojan y, a las cuatro de la madrugada, coge el tren en la estación de Murcia. En Albatera transbordan al extinto Salinero y llegan a Torrevieja. Desde allí, en una galera tirada por un par de jacas, se desplaza a Matamoros, que dista 13 kilómetros de la ciudad de la sal.

A las ocho [*de la tarde*] subíamos por uno de los tramos de la doble escalinata que en la fachada principal, al exterior del edificio y cubierta por una marquesina de hierro, da cómodo acceso a la residencia veraniega de D. Ramón de Campoamor. [...] ¿Que cómo cenamos?

Pues como se cena, se come y en términos generales, se vive, en casa de Campoamor: espléndidamente.

Sigue un extraordinario retrato laudatorio del prócer:

Campoamor, que pese a la nieve que los años han puesto sobre su cabeza, lleva en el alma el fuego de la juventud, no omite en su casa, ni mucho menos en su mesa, ninguno de los refinamientos del sibaritismo. Que revelan al gran señor injerto en el artista. Además, idólatra de lo bello, por sentimiento y por instinto, rehúye rodearse de servidores con quienes su ancianidad no forme melancólico contraste; y entre los numerosos que le prodigan sus cuidados descuellan varias lindísimas muchachas, que le rinden culto fervoroso, en gratitud a los beneficios que dispensó a sus padres.

Acto seguido describe la belleza y la disposición de María, la sirvienta predilecta del señor de la Dehesa:

María, la criada predilecta, tiene unos dieciocho años, es blanca como la leche, sonrosada como una alborada de Mayo, alegre y ligera como una golondrina, y linda, hasta la idealidad, como un ramillete de flores.

Tras los postres, ordena el anfitrión:

—Sírvenos *champagne*, María, porque si no estos madrileños serían capaces de desacreditarnos.

Y bulló el *champagne* en las transparentes copas; y al choque del cristal y al contacto de los labios con el espumoso vino, sonaron gratamente en mis oídos los nombres de Moya, Fernanflor y Cavia, pronunciados —para poner el colmo de sus agasajos a los representantes de *El Liberal*— por el venerable patriarca de la literatura española.

Tras la espléndida cena, ya en el gabinete de lectura, piden al huésped que les lea algunos de sus trabajos inéditos. Don Ramón no se resiste mucho. Y saca de un cajón una faja de Humoradas. Las va leyendo. A las 12 el poeta termina el recital, enviando a todos a dormir, que mañana será otro día.

A las siete de la mañana nos despertó Ferrero [*el médico torrevejense del escritor*], quien después de abrir el balcón de la alcoba para que admirase yo desde mi lecho el espectáculo que presentaba la dilatada Dehesa de Matamoros, bañándose en las aguas del mar, nos hizo

un rápido relato del estado de Campoamor y del género de vida que hace en aquella residencia verdaderamente señorial.

Y sigue el médico hablando de la salud de su cliente: que tiene 77 años, que sufre de la edad que tiene y de la gota, que come y duerme demasiado; que cuando se queda solo tras recibir a sus amigos de Alicante, Murcia, Cartagena y Madrid, lo asalta con fuerza la idea de la muerte. Y sigue el galeno informando a los periodistas:

Su vida es igual y acompasada, como los movimientos de la péndola de un reloj; se levanta a las doce, come a la una, lee, dormita, discurre y se fastidia hasta las cinco; le dan un paseo en una pequeñísima tartana hasta las siete; cena a las ocho y se acuesta a media noche, después de jugar un tresillo con Pepe Sánchez, Antonio el guarda y otros labradores que le hacen la tertulia, si no se hallan a su lado [...] sus sobrinos...

Así pasa tres meses en esta magnífica posesión —que tiene un perímetro de siete leguas—, don Ramón, del que puede decirse que es un «señor de horca y cuchillo», pero con todos los derechos otorgados al feudalismo, amado de todos y respetado por todo el mundo. Cuando el doctor lo anima a que cambie de lugares y salir de la finca poniéndole el ejemplo de Ibsen, el prócer le contesta que si Ibsen viviera en la Dehesa no buscaría la inspiración en otra parte.

Atención a la magnífica descripción de la casa y la loma en que se asienta:

Salimos a dar un paseo. La casa palacio que habita don Ramón y que rematan dos cuerpos de edificio terminados por gallarda torrecilla, se asienta en una extensísima meseta, desde la que se domina, en todos los sentidos, gran parte de la finca, que pueblan infinitos pinos, olivos, granados, naranjos, almendros y otras numerosas variedades de árboles y arbustos.

Y esta es la dilatada perspectiva que se contempla desde el «edén de Matamoros»:

Desde aquella meseta se descubre a simple vista el Mar Mayor, y el Mar Menor, en que se destacan las dos islas en que ejerce su soberanía el barón de Benifayó, Torrevieja, San Pedro del Pinatar, El Pilar

de la Horadada, San Javier, La Unión —empenachada siempre por el humo de sus minas—, el peñón tras el que se esconde la hermosa Cartagena...

Julio de Vargas Machuca fue un periodista que nació en La Orotava, Canarias, en 1839, y murió en Madrid en 1899. Destacó en el diario *El Imparcial* de Madrid entre 1867 y 1877. Tras esta etapa prestó sus servicios en *El Liberal*, a cuya redacción perteneció desde 1877 hasta su muerte. Fue vicepresidente de la Asociación de Escritores y Artistas.

3.6. MARCIANO ZURITA EN LA DEHESA DE CAMPOAMOR. 1921

Marciano Zurita cuenta en *Campoamor, estudio biográfico* su visita a la Dehesa:

Cuando nosotros, en el verano de 1921, visitamos lo que fue refugio, recreo y descanso de Campoamor, pudimos darnos cuenta de algunas cosas que nos causaron verdadera pesadumbre. La finca estaba asolada. Ya no se denominaba «Matamoros» sino «Campoamor». Este respetuoso homenaje a la memoria de su glorioso propietario nos pareció muy oportuno. En cambio nos produjo un hondo pesar saber que la finca había sido vendida el año anterior...

A continuación, evoca la ausencia del escritor al entrar en lo que quedaba del despacho de don Ramón. ¡Qué presencia la de los objetos que le pertenecieron depositados sobre la mesa! El cartapacio, la salvadera, el tintero; los medidores del tiempo cronológico y la temperatura; el timbre para llamar; incluso un recuerdo de su reina Isabel:

Recorrimos el antiguo palacio, convertido [...] en casa de labor, con una plebeya teatralidad de aperos y de abonos. Buscábamos algún recuerdo que nos hablase íntimamente de Campoamor, ¡y qué poco pudimos encontrar! Lo que mejor se conservaba era el despacho del poeta, en el ángulo oriental, con dos balcones claros y luminosos que beben la roja lumbre del Mediodía y el azul marino de Levante. Sobre la mesa en que Campoamor escribía sus maravillosas doloras, había un cartapacio de piel descolorida; un escarabajo de hierro, que sirvió de salvadera; un aparato de cristal, con brújula, termómetro, reloj de sol y calendario perpetuo; un timbre de metal, oxidado; un

tintero de porcelana lleno de mellas; dos ceniceros de asta, y una plegadera en forma de suela de chapín con tacón Imperio, en la que, bajo la corona real de España, aparecía una flor de lis y en ella escrito un nombre egregio: «Isabel de Borbón».

El periodista se encuentra con que la biblioteca había sido transformada en capilla. Y los libros, salvo los de agricultura, habían volado a un trastero del Pilar:

La biblioteca había desaparecido totalmente y la habitación que ocupaba era entonces capilla. Me aseguraron que los libros habían sido llevados a un desván de El Pilar de la Horadada, donde fueron desapareciendo poco a poco. Únicamente, en una de las dos estanterías del despacho, encontré, olvidados, algunos tomos. Tuve la curiosidad de hojearlos y contarlos. Eran, en junto, ochenta y cuatro, y ochenta y tres trataban de agricultura y uno de música...

Zurita nos describe cómo era la vida de Campoamor y su mujer en Matamoros, durante todo el verano y parte de la primavera y del otoño:

Se levantaban muy tempranito y paseaban juntos bajo la sombra perfumada de los pinos. A veces iban andando hasta El Pilar de la Horadada o hasta San Pedro del Pinatar. A veces también, mandaban enganchar la «galera» y se iban a Torrevieja. Juguetear como dos chiquillos, se bañaban en una pequeña playa que formaba la costa, dentro de la finca, donde había una gruta, en la que el poeta escribió algunos de sus «pequeños poemas», mientras doña Guillermina recogía conchas y caracoles.

Posiblemente, esa «gruta, en la que el poeta escribió alguno de sus pequeños poemas, mientras doña Guillermina recogía conchas y caracoles», sea la cueva en la que se refugió el don Juan de Lord Byron ante el amor impetuoso de doña Julia Calderón. Urge localizarla de una vez por todos para, si es que ha perdurado ante la vorágine turística, preservarla de alguna manera y transmitirla a las nuevas generaciones de oriolanos y residentes.

Sobre los hábitos diarios de Campoamor cuenta su biógrafo:

Examinaba los trabajos que hacían los labriegos, conversaba amistosamente con estos, y a las diez se recogía en casa, donde trabajaba

hasta las doce. Después de almorzar, dormía según costumbre una dilatada siesta y a eso de las cuatro, en primavera y en otoño, y a las cinco o las seis en verano, daba un nuevo paseo o bien ordenaba que enganchasen la tartana e iba al Pilar del Horadada a platicar con el cura, o a Torrevieja. También iba de vez en cuando a San Pedro del Pinatar, especialmente durante las temporadas que allí pasaba el eminente tribuno don Emilio Castelar, amigo íntimo del poeta.

Rafael Mellado, en su libro ya citado, transcribe un artículo de Zurita titulado «Castelar y Campoamor», publicado el 21 de septiembre de 1921 en *ABC*, en uno de cuyos párrafos compara la situación —tan distinta— en que quedaron las casas de ambos próceres tras sus respectivas muertes. Lo que dice don Marciano no tiene desperdicio y merece una profunda reflexión a la luz de los tiempos —un siglo más tarde— en que vivimos.

San Pedro del Pinatar fue el refugio postrero del gran tribuno. La Horadada fue el retiro constante del gran poeta. «San Sebastián» llaman a la quinta que recogió las últimas palabras del orador de los oradores. «Matamoros» dicen a la finca que escuchó las mejores estrofas del orador del cantor de los cantares... Y una y otra subsisten aún, pero ¡de cuán diferente manera! En «San Sebastián» todo parece poco para conservar, como un perfume sagrado, la memoria de Castelar. Allí está la alcoba donde murió, convertida en santuario por las manos piadosas de una noble familia a la que ningún vínculo de sangre ligaba con el ilustre patricio... En cambio, en «Matamoros», toda irreverencia parece pequeña para profanar el recuerdo de Campoamor, allí se ve, convertido en destartalado caramanchón, el cuarto donde el bardo trabajaba. Devoción grande inspira una y profunda pena causa otra.

Marciano Zurita Rodríguez nació en Palencia y murió en Madrid en 1929. Fue un poeta que representa las características del modernismo en su etapa final. Parte de sus poemas están destinados a exaltar Castilla y la literatura española del siglo de Oro. Era amigo de Azorín, con el que compartía intereses estéticos y literarios.

3.7. UNA CRÓNICA DE JOSÉ MARÍA BALLESTEROS EN BUSCA DE CAMPOAMOR Y UNA HIGUERA DEL PILAR. 1932

Uno de los libros de José María Ballesteros lleva por título *Mis crónicas*. La que figura en el último lugar de esa publicación, «El Pilar de la Horadada, lugar favorito de Campoamor», describe la visita que Ballesteros hizo a la Dehesa recogiendo las impresiones de José Giménez García, que fue el ayuda de cámara del escritor. También estará el oriolano en el Pilar de la Horadada, que se divisa desde la casona. Una crónica excepcional por su fina y cuidada prosa, así como por los detalles sobre la mansión, el recuerdo del dueño de la Dehesa y los personajes entrevistados, amén de algún detalle entrañable sobre el Pilar.

Nos cuenta Ballesteros:

Necesitaba el poeta español descansar parte del año en la casa principal de la finca «Campoamor», muy cerquita del Pilar, entre extensos pinares con vistas al mar Mediterráneo, tan azul y tan sereno, y aspirar el perfume del tomillo, del romero y del cantueso.

Y añade más adelante:

Los hermosos paisajes levantinos del Pilar de la Horadada fueron la musa inspiradora de los bellos versos del poeta, del poeta agudo a quien caracterizaba la gracia y el donaire.

Entra en la «Villa Campoamor», recorre —a lo cronista— sus estancias buscando detalles interesantes de la vida del prócer. Llega al despacho del escritor. Lo guía en su periplo por la casona el que fuera ayuda de cámara del escritor hasta su muerte, José Giménez García. El hombre tiene sesenta años, y se conserva fuerte todavía.

Toda su vida estuvo al servicio del poeta. Es interesantísima la conversación [...], habla con finura, ligero acento madrileño debido a las largas temporadas que pasaba con su amo en la Corte, y muestra deseos de contar cosas de su señor, al que respetaba y quería como a un padre.

Se nota mucho sentimiento en las palabras de José, que relata cómo le cuidaba durante los ataques de reuma y durante la noche. Incluso le ayudaba a escribir los versos que el escritor no podía pasar, por el dolor de su mano, al papel.

La tarde va cayendo:

Por la ventanilla se asoma, tímido, un comienzo de crepúsculo. Mientras salimos, el ayuda de cámara va abriendo la vieja estancia de los recuerdos: «¡Cómo mi gran don Ramón odiaba la política con fines de medro; cómo gustaba de la política con afán de engrandecimiento nacional!» Las palabras de José, impregnadas de tristeza, repercuten en las antiguas habitaciones solitarias.

Bajan la escalera. Salen de la finca. Va oscureciendo. Llegan a la carretera.

Allá queda la casa entre los pinares. Frente a nosotros se recuesta en la oscuridad el pueblecito del Pilar. La torre de la iglesia, recortada sobre el cielo levantino, nos habla también de Campoamor. El fino escepticismo campoamoriano halla un correctivo —en aquellos felices tiempos pasados— en las candideces del buen cura del Pilar de la Horadada [...]. La plaza tiene un acendrado encanto levantino. Un farolito de ambiente costumbrista en la plaza de la iglesia del poblado, del que Campoamor cantó:

Está el pueblo fundado sobre un llano
más grande que la palma de la mano,
y a falta de vecinos y vecinas
circulan por las calles las gallinas.

En el patio de la casa del cura se levanta la célebre higuera que el virtuoso don José Illán [*cura del Pilar en el momento de la crónica de Ballesteros*] cuida fervorosamente —árbol que va de brevas a higos— rindiendo culto a la figura preeminente de Campoamor. A la sombra de esta higuera cronista y acompañante recuerdan estos versos del poeta:

Da a los pobres los higos de su higuera,
que nació, sin plantarla, en donde quiera,
y si, al vérselos dar uno por uno
—¿Qué guardas para ti? —le dice alguno,
responde, puesta en Dios su confianza,
como Alejandro el Grande: —¡La esperanza!

El cura del Pilar de la Horadada tenía una higuera. Una higuera que había nacido sin concurso de mano alguna. El viento trasladó hasta

allí la semilla. O fueron los gorriones o los mirlos. El caso es que la higuera nació y fue creciendo. Y comenzó a dar brevas en junio. Higos en verano. No se sabe —ni el cura lo dice, ni don Ramón lo apunta, ni es necesario saberlo— si era verdal o si daba, después de brevas, higos negros o morados. ¡Qué más da para mostrar —a través del árbol maldito de la Biblia— la generosidad del rector!

Queda una vieja fotografía de Hernández Quixano —que ilustra el artículo de María García Samper «Antepasados pilareños en la finca de Ramón de Campoamor», un artículo que destila esencias del tiempo amarillo— en la que la higuera, don José Illán y don José María Ballesteros, dentro del huerto de la parroquia, posan ante la cámara fotográfica. Miremos la secuencia de los planos: en primer lugar, el sacerdote y el escritor, mirando a contraluz; tras ellos, la higuera, poco domesticada por el hacha campesina, y al lado una rústica y alta bardisa —una *bardisa* es una valla en la Vega Baja, cosas del sustrato del valenciano— de cañas; al fondo parte del cuerpo de la iglesia y, por encima de todo, la parte superior del campanario de la vieja torre.

La famosa higuera de los pobres sale en el primer canto del pequeño poema que se titula «Los grandes problemas». No sabemos si había pobres que no esperaban a recibir los higos de la mano consagrada y caritativa, y se adelantaban voluntariamente a recibir la limosna, cogiendo los higos *motu proprio*. Y me viene a la memoria otra higuera. Y otro huerto. Y otro poeta. Un poeta al que conoció José María Ballesteros. Queda constancia de ello en la farra literaria que se organizó en torno a un busto conmemorativo dedicado a Gabriel Miró, precisamente en 1932.

Cuando José María Ballesteros visitó la higuera del cura del Pilar, todavía no había convocado Miguel a Ramón a volver a su huerto y a su higuera. Un poeta que convidaba a su amigo muerto a que volviera y ascendiera desde la tierra madre del huerto serrano hacia el tronco, las ramas, las hojas, los frutos de la higuera. En la esperanza del panteísmo del ciclo y del reciclado. No es imposible que, tras la muerte de Sijé, y después de la «Elegía» torrencial de Hernández, José María Ballesteros, amigo de ambos, se acordara de la higuera de los pobres del Pilar dando sombra a los versos de «Los grandes problemas».

3.8. IMPRESIONES DE UNA VISITA A LA DEHESA DE CAMPOAMOR Y A PILAR DE LA HORADADA. MAYO DE 2019

Escribir una crónica que relatase la visita a un lugar emblemático —paisajística y literariamente hablando— de Orihuela Costa, Pilar de la Horadada y los alrededores de ambos nodos, era una tarea sugestiva y entrañable para quien ha gustado —viciosa o virtuosamente— de la lectura desde la infancia y ha intentado profundizar en el riquísimo acervo literario de Orihuela y su *hinterland* cultural. Ahí es nada, entrar casi a saco en el capital literario de una ciudad que ha sido recreada —literariamente— en varias ocasiones. Una ciudad que aspira a ser reconocida como Ciudad Creativa Literaria por la UNESCO. Recuérdese que en el pasado fue Oleza, según los espejos de Miró, y actualmente todavía se llama Olivera del Señor en la primera y segunda parte de la *Trilogía de Olivera*, debida a la mano de un escritor actual.

Parte de ese patrimonio literario —el debido al genio y la figura de Ramón de Campoamor— está incardinado en el paisaje del sur de la provincia de Alicante, una zona que, desde el punto de vista geográfico, ha sido calificada de «secano litoral», y que se asienta sobre los actuales municipios de Orihuela [Orihuela Costa], Pilar de la Horadada, San Miguel de Salinas y Torrevieja.

Desde que empecé mi aproximación a la obra y la figura de Campoamor en 2013, he sentido la necesidad de visitar la casa palacete que mandó construir el prócer a mediados del siglo XIX, en el cogollo de lugar que hoy se llama Dehesa de Campoamor gracias a él. En esa casona sería más fácil su evocación: una vivienda de postín en la que escribió parte de su obra, un monumento histórico diseñado con criterios clásicamente ortodoxos, el sitio desde el que el escritor y sus musas otearon bastantes historias, que pronto pasaron al papel y que, con frecuencia, plasmó absorbido por el paisaje que tenía ante sus ojos.

Ya se ha ofrecido aquí una serie de relatos literarios en que se describe la Dehesa de Campoamor: desde una extraordinaria muestra de la literatura epistolar de Emilio Castelar, hasta el libro de Manuel Mellado sobre la Dehesa, pasando, entre otras, por las visitas de Julio de Vargas Machuca,

Marciano Zurita, José María Ballesteros y A. M. Campoy. Esas narraciones —y muchas otras— muestran aspectos paisajísticos, literarios, etnológicos y de otras índoles que resaltan extraordinariamente el valor cultural del espacio que alberga el monumento, producciones literarias que informan del papel de Campoamor como personaje epónimo del lugar.

Pero, además, para conocer de primera mano el lugar de Campoamor y la irradiación que desde allí se proyectó hacia el entorno inmediato, quise hacer una visita al sitio, y empaparme —*amerarme*, como diría un huertano— de él.

PRÓLOGO DE INFORMACIÓN PREVIA

A lo largo del mes de mayo me fui acercando a la información sobre el dónde exacto de la casa palacete, el corazón de la Dehesa. Tecleaba en el ordenador *Dehesa de Campoamor* y salía el fenómeno del turismo del sitio. Buscaba la *casa de Campoamor* en Google, y venta de casas, inmobiliarias, plantaciones de casas en Campoamor, club náutico, playas, alquileres. Claro está: ¿qué hay en Campoamor si no casas de Campoamor? Pues eso. Quizá los gestores del patrimonio cultural del municipio debieran señalar, un poco mejor, la localización de un monumento histórico que, por lo menos, debería ser Bien de Relevancia Local cuando no Bien de Interés Cultural.

El número de teléfono de Información del Ayuntamiento de Orihuela termina en varios ceros. Si lo marcas, una voz te dice que, si conoces la extensión —que en ese ámbito no es física ni fractal—, la marques. Como no conozco la mencionada extensión, espero. Luego, Turismo Orihuela suministra unas indicaciones atentas; Turismo Orihuela Costa proporciona una atenta atención; y, por fin, varios números de teléfono y, entre estos, el de la empresa propietaria actual de la finca donde se inserta la morada del ilustre escritor.

Tengo una hoja del Topográfico, en concreto la 935-III Torrevieja San Pedro del Pinatar, que me lleva a la topografía, años setenta, de la Dehesa, Torrevieja, San Miguel de Salinas, Pilar de la Horadada, San Pedro del Pinatar. La extendiendo sobre la mesa. Primero logro localizar la casa Guiller-

mina. Pero enseguida, ¡bingo!, hacia la izquierda, la casa de Campoamor, a la vista de la cañada—«el edén», lo llamaba el escritor— de Matamoros, no lejos de la cañada Hermosa.

Del extensísimo papel del Topográfico, que el tiempo ya va volviendo amarillo, me voy a los espacios virtuales. *Google Maps*. Busco con afán. Una vista cenital del mapa, que con un simple clic conviertes en mapa fotográfico, y ¡tachán! *Le voilà!* La casa del autor de *Los grandes problemas* ante mí, enfrontada hacia la mejor orientación posible en esta zona en que vivimos, el sur con un giro hacia levante. Qué vistas —imagino— desde la torre palomariaga, qué luz la de la linterna que debe encender el interior. La casa está inscrita en un gran corazón definido por unos caminos por los que tantas veces, lejos del mundanal ruido, anduvo aquel Horacio en que a veces se convertía nuestro escritor.

Y veo señaladas —visión cenital como desde un dron, que no es más que un zángano, según la palabra *drone* de la que proviene nuestro anglicismo— las ruinas del convento de San Ginés como a un kilómetro hacia el norte de la casa, el convento del latifundio —la dehesa— que se empezó a expropiar a los frailes mercedarios durante las conmociones del Trienio Liberal.

No conforme con estas averiguaciones para mi visita al lugar de Campoamor, me paso al vuelo sobre *Google Earth*. Y de ahí, si no quedo satisfecho de la visión desde los cielos de la finca, en un tris, volaré como un pájaro sobre las serias ortofotos de la *SigPac*.

Desde Orihuela Costa una atenta funcionaria —bonita voz, amable carácter— se esfuerza para que yo pueda encontrar la finca, la urbanización dentro de la que se integra la casa. Así de sencillamente me explicó al final de su atenta atención: carretera nacional 332; llegado a la rotonda de las Mil Palmeras, dirección San Miguel de Salinas por la CV-941; una primera rotonda y rebasar la autopista AP-7 por encima; una segunda rotonda y, al poco, a la derecha, la puerta de la finca; llamar y a ver si puedes realizar una visita y hacer las fotos. Le di las gracias de corazón. Le pregunté su nombre. Su preciosa voz me lo dijo. Pero, como no lo apunté y no lo recuerdo no puedo anotarlo aquí, que ese sería mi deseo.

También, antes de despedirnos, me dio el teléfono del encargado del Punto de Lectura del Centro de Participación Ciudadana Campoamor, en

realidad bastante más que un punto, una pequeña biblioteca que conocí en 2017, con motivo de su inauguración. Llamé. El encargado me atendió amablemente al trasladarle mis deseos. Me describió con destreza qué hacer para llegar a la calle del Ciprés, donde se ubica el Centro Ramón de Campoamor: un itinerario desde la redonda de Cabo Roig, camino que me recuerda un tantico la espiral de un caracol. Su horario, hacia las diez de la mañana. Me atenderá en lo que pueda.

LA VÍSPERA DE LA VISITA. UN CUESTIONARIO

Una visita no es llegar solamente al sitio y escudriñarlo en toda su plenitud; ver el interior de las edificaciones, el exterior, preguntar qué hacía el protagonista; disfrutar del paisaje *in situ*, oír el canto de los pájaros, respirar el aire, rozar la piel de la luz de cada momento; llenarse de la plenitud del sitio. Una visita es también, y en gran medida, su preparación. Una visita, como la vida, es el viaje previo al viaje efectivo. Como también una visita es la reflexión —a veces, la refracción, no nos engañemos— posterior a la visita.

El viajero se prepara con cuidado, a veces hasta con mimo y minuciosidad, las cuestiones biográficas, bibliográficas, topográficas, englobadas todas ellas en las literarias. El viajero quisiera hacer un viaje como los que hacía el vagamundos don Ciro Bayo, aquel que a su paso por Orihuela encontró una expendeduría de «guano católico». O como el que realizó por la Italia mussoliniana el oriolano Julián de Gades, o como los que se montaba el desvergonzado don Camilo José Cela, o en su defecto como el que le organizó la televisión pública al añorado Labordeta, al que recuerdo en la gloria del patio de la Universidad Literaria de Orihuela. Pero el viajero actual sabe que sus aspiraciones deben ser mucho más modestas.

Coge un cuaderno de espiral. Comprado en un chino. Y la máquina fotográfica. Y se anota sus previsiones, sus expectativas, que nunca se cumplirán del todo. Una ruta literaria alrededor de nuestro escritor. Cinco nodos: Punto de Lectura, Dehesa de Campoamor, Pilar de la Horadada, Torrevieja, San Miguel de Salinas. Los desplazamientos internodales, en

coche. Aunque lo deseable sería hacerlos con los medios de transporte carreteros —preferentemente en la popular tartana o, si no puede ser, en el simple birlocho que utilizaba el amo de finca.

En el Punto de Lectura, calle del Ciprés —al que el viajero quiere hacer una foto de cuerpo entero, pues debe tratarse de un ciprés monumental, en la línea del de Silos—, habrá que enterarse de todos los aspectos relacionados con la pasión y muerte de don Juan a abrazos y a besos apasionados de doña Julia en una cueva de la Dehesa, un antro que debe de radicar en las inmediaciones del Punto. Y saber, si es posible, del pesaje de las almas de los protagonistas del pequeño poema *Don Juan*, una vez muertos, en la balanza del Anubis cristiano en esa historia ocurrida sobre la vertical del lugar del «edén de Matamoros», el paraíso terrenal descubierto por el escritor.

En la casa palacete y en el entorno inmediato de la Dehesa, habrá que preguntar por el ruiseñor de Matamoros, si es que siguen cantando los descendientes de aquel otro que lo hizo melodiosamente, durante una siesta, por mayo, a don Ramón y a sus invitados en el pequeño poema *La música*. Por cierto, ¿por qué no sale en esos versos doña Guillermina? ¿Estaría recogiendo en aquellos momentos conchas y caracolas en su playa particular? ¿Quizá estaba combatiendo la neurosis impresa en sus ojos verdes en casa Guillermina, más cerca del mar? ¿Dónde estaba el tintero en que mojaba la pluma el escritor? ¿Era la tinta negra o azul? ¿Se acordaba don Ramón de la canción de comba que decía rítmicamente «Una, dos y tres; / pluma, tintero y papel; / para escribir a Manuel» cuando redactaba «¡Quién supiera escribir»? ¿Saltaban a la comba las niñas del Pilar que vivían en la Dehesa en aquellos tiempos para fortalecer sus adorables piernas?

En Pilar de la Horadada habrá que preguntar por Teodora, por el granero de su casa —el lugar de los besos—, por su primo, por su marido, por el cura; e indagar sobre sus tres confesiones, tan conocidas por todo el pueblo gracias a la indiscreción de don Ramón. Y, también, se intentará saber sobre la linda pilareña a la que, como parece, escribía cartas de amor el mismo cura. Habrá que inquirir si todavía queda alguno de los libros de la biblioteca que formó el señor de la Dehesa, que ya sería momento de agruparlos en la Biblioteca, como ejemplo concreto de cohesión del muni-

cipio. Y habrá de preguntarse, de manera aleatoria, por las calles y plazas, en la casa de la cultura-biblioteca-museo, en la oficina de turismo, e investigar sobre el marco paisajístico de *Los buenos y los sabios*, y el de *La fe de las mujeres*.

En Torrevieja habrá que buscar noticias de la cosa de la concha de almeja con que otro de los curas del secano litoral bautizaba a las niñas del pueblo de la sal. Concha de almeja muy salada sería. Y se comprobará *in situ* si los actuales bautismos religiosos se siguen haciendo con la misma concha o si esa modalidad de bautismo venéreo ha pasado a los rituales laicos con que se trata de sustituir las liturgias tradicionales por otras mucho más actuales.

En San Miguel habrá que verificar si el actual San Miguel es el mismo que proporcionaba novios a las chicas casaderas del pueblo. Si el glorioso arcángel de aquellos tiempos era solamente un busto o era —aunque pequeño— de cuerpo entero. Y si las doncellas feligresas de la parroquia siguen con la tradición de los donativos promatrimoniales.

ORIHUELA COSTA, CAMPOAMOR, UN PUNTO DE LECTURA

La llegada del viajero. El encuentro con el encargado. Los saludos. La presentación. Las fotos. La conversación. Que si los tiempos electorales. Que si estas fechas. Que hay que esperar. El viajero deja teléfono y nombre. Anota teléfonos. Que tradición oral sobre don Ramón, en Campoamor, poca. Que la gente que trabajó aquí, en aquellos tiempos y después de la venta de la finca a principios del siglo XX, eran gentes del Pilar. Que allí le podrán dar los rescoldos, el *solaje*, el poso, cierto o inventado, de lo que queda flotando por el aire de las cosas que escribiera el prócer, de las anécdotas de verdad y de mentira que corrieron entre los lugareños acerca del literato, unas anécdotas que pronto pasaron a leyendas y se engrandecieron o se difuminaron con el paso de los años

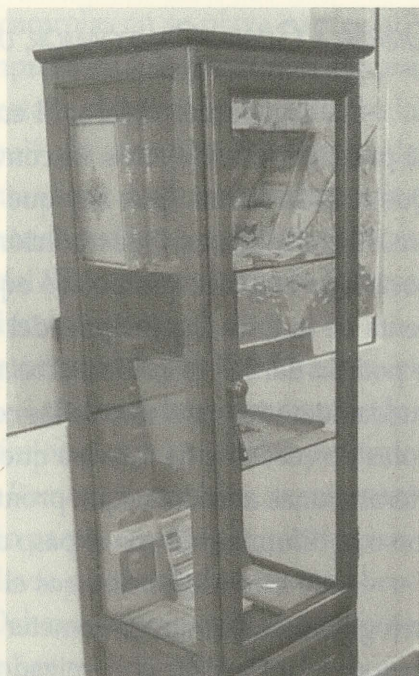
Ante esos sabios consejos el viajero se enfunda las preguntas del interrogatorio a que quería someter al encargado: dónde están los lugares y personajes de la Dehesa eternizados por la pluma del titular de la finca; que

si en aquellos años del pasado había cura en Montepiedra; que dónde estaba la playa en que se bañaba el matrimonio propietario y en qué otra playa escribía el vate el nombre de su amada desafiando a las olas a que lo borrarán; y dónde la peña del Cuervo, la cueva del Diablo, el mausoleo de don Rodrigo —último de la letanía de los reyes visigodos— y sus tesoros. Y más, y más.

En cambio, el viajero sí pregunta por la Rambla, por el puente de la Glea —*greda*, como dicen los puristas que no vieron fregar los cacharros de cocina con tierra glea y tierra tosca—. Y conversa sobre las excelencias paisajísticas del lugar, de sus umbrías y pinadas laderas, del puente que no pueden ver los automovilistas a causa de la herida, siempre abierta e incesante, del tráfico de la nacional 332 y del enorme tajo que es la autopista, suturado a base de enormes mantos de asfalto negro como la noche.

Y también, por saber qué presencia tiene el escritor en el Punto de Lectura, pregunta al encargado por los de libros de Campoamor habidos en la biblioteca, libros que pasaron a formar parte de sus fondos el 22 de noviembre de 2017. Pasan a la sala de los libros. En un armarito que hay junto a un mapa, como un tesoro, los libros de don Ramón. «Con su permiso»: *flash*.

Se despide el viajero, le da las gracias al encargado, que le repite las indicaciones necesarias para llegar hasta la casa palacete. Sale del edificio. Sale del recinto vallado del Centro de Participación Ciudadana de Orihuela Costa «Ramón de Campoamor». Ve de nuevo la placa ante la que leyó, 22 de noviembre de 2017, el artículo mencionado en la «Entrada» de este libro. Se acuerda del día. Quedan fotos del acto. *Flash y flash*. Busca con la vista, ya puesto el cinturón de seguridad, el ciprés epónimo de la calle. No lo encuentra. Ya preguntará en la siguiente visita. Vuelta hacia la nacional.



HACIA LA DEHESA PASANDO POR LAS MIL PALMERAS

Sigo las indicaciones que acabo de recibir. Que vuelva sobre mis pasos hacia la nacional, tan encorsetada por el fenómeno urbano, por el fenómeno turístico. Pasar enseguida por encima de la autopista —un fenómeno de otra dimensión, que hay gente que dice, y con razón, que las autopistas sirven más para alejarse de los lugares que para acercarse— hacia Las Mil Palmeras, lugar de precioso nombre compartido por los municipios de Orihuela, la madre, y el Pilar —y la Torre, por supuesto—, la hija.

Pienso en la ocasión magnífica que perdió el que puso su nombre definitivo al lugar conocido como Las Mil Palmeras. Si el munícipe, o el pueblo todo, quien fuera, qué más da, hubiese reflexionado un poco, el topónimo hubiera quedado mejor plantando una palmera más. Sí. Así, en vez de mil palmeras tendríamos una y mil. Mil y una palmeras. El gasto, mínimo, hubiera tenido consecuencias positivas imprevisibles. Y el nombre, imaginad por un momento, sería *Las Mil y una Palmeras*. Un nombre con resonancias de la más hermosa literatura universal, que viene desde la noche de los tiempos por el lado de oriente, por encima del mar, evocando, de manera paralela, los extraordinarios cuentos de *Las mil y una noches*, logrando de esa manera que Sherezade se viniera para acá a arrullarnos cada noche con una historia antes de dormir.

Me lamento. Hay que ver lo que pasa por no pensar las cosas un poco. Por una sola palmera, la oportunidad que se ha perdido, aunque eso se podría remediar si contrataran a un Máster en Gestión del Patrimonio, que velaría por la conservación y aumento de toda clase de patrimonio cultural, empezando por el literario.

Bajando a la realidad, pienso que bien se puede entonar, en este lugar mediterráneo de tanta palmera, la breve dolora de don Ramón titulada «Bodas celestes»:

Te vi una vez, solo un momento;
mas lo que hace la brisa con las palmas
lo hace en nosotros dos el pensamiento;
y así son, aunque ausentes, nuestras almas
dos palmeras casadas por el viento.

Salgo de la rotonda de Las Mil Palmeras cuando puedo, tras dar diez vueltas mientras ordeno todo lo que acabo de pensar. Hacia San Miguel de Salinas por la CV-941. Primera redonda: aún voy pensando en *Las mil y una noches* y sus correspondientes emanaciones vegetales de las mil y una palmeras; paso por sobre la autopista, faraónica obra pública que escapa rápidamente de estos pagos; enseguida, la otra redonda, y ya estamos en el lugar buscado. ¡Qué bien, seré el último, por ahora, de la larga nómina de visitantes, en realizar una visita añorada al monumento arquitectónico que mandaron construir don Ramón y doña Guillermina! ¡Qué de evocaciones ante la casona que habitaron durante tantas temporadas el escritor y su señora!

Y el viajero no sabe si recordar a Azorín en sus viajes, tan medidos en su clara y concisa prosa, o a Gabriel Miró en los suyos, prosa de orífice, por las tierras del norte de la provincia de Alicante. Hermosas prosas en ambos casos, con sus personalidades literarias correspondientes. Y se dispone a visitar la casa del escritor. *Flash*.

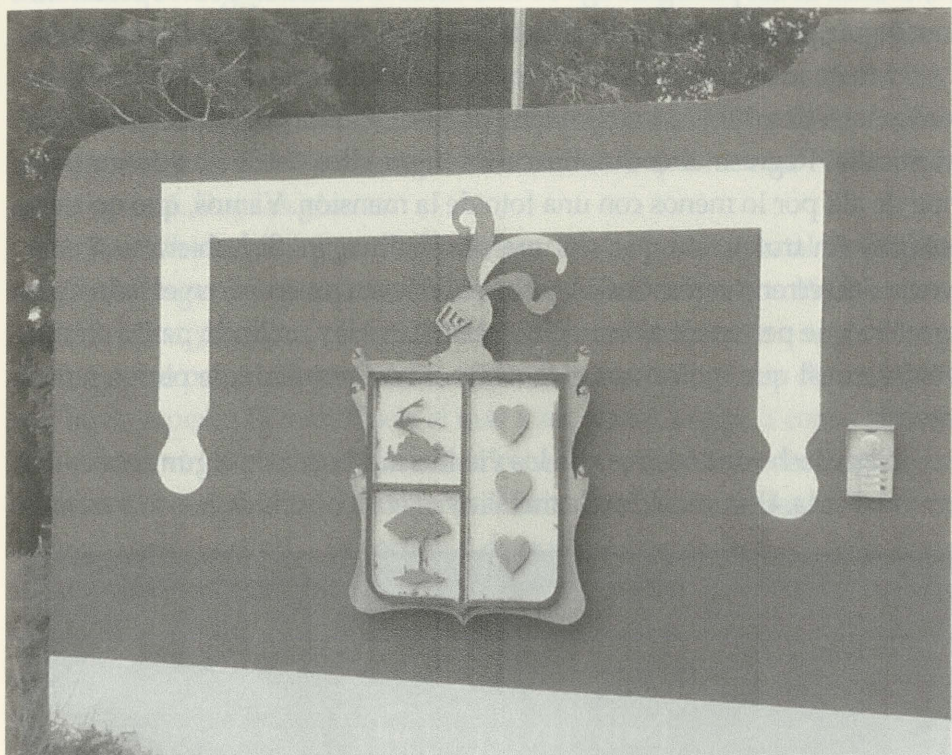
A LAS PUERTAS DE LA DEHESA DE CAMPOAMOR

Flash. La llegada ante la puerta de la finca. Y *flash*, propiedad privada. Prohibido el paso. Merodeo un poco, alrededor de los dos enormes anillos



de cemento plantados como jalones ante la entrada monumental. Colores almagra y blanco, como los de la fachada de la casa solariega. Blancos los alfices, almagra el paramento. Ciertas reminiscencias de cortijo andaluz en el trazado de los alfices. Pinos que quizá sean los herederos directos de los que mandara plantar el amo hace más de siglo y medio. Me asomo hasta donde mis ojos llegan, percibo el olor a pino, a tomillo, a monte, qué delicia, pese a estar tan cerca de la civilización que todo lo edifica, que no concede apenas nada a la naturaleza, siquiera a una naturaleza antropomorfizada como es el paisaje actual de la Dehesa.

Me retiro desde la puerta corredera hacia donde he aparcado. Fotografío el otro lado de la fachada del acceso. *Flash, flash*. Las jambas de la gran puerta están rematadas por farolas de tulipa redonda y blanca.



El escudo de Campoamor. Partido en su lado derecho, tres corazones de arriba abajo; cortado en dos cuarteles en la izquierda, en el superior un motivo cinegético y en el inferior, un árbol hermoso. Y el interfono, ¿qué

hace un interfono junto a una de las colgaduras del alfiz? Aprieto el botón. Con decisión. Quizá suene la voz de Campoamor. No responde nadie. La puerta se abre. Hombre, esto pinta bien. Estoy a punto de entrar. ¿Con el coche, o andando? Recapacito. ¿Dónde vas? ¿Entrar sin decir quién eres y a qué vas? ¿Y si hay un perro? Vuelvo a pulsar. «Hola», me responde una voz femenina. Le explico bien lo que quiero y le doy mi nombre. Me dice que pulse donde el botón del encargado. La puerta, lógicamente, se cierra automática y lentamente.

Conversación con el encargado. Le traslado mis deseos de escritor. Insisto. La puerta corredera permanece cerrada. Amablemente me dice que tengo que pedir permiso para la visita. Que vaya a la empresa, que tiene su sede cerca del puerto de Campoamor, junto a un parque con pinos inmensos, al lado de un puente antiguo de ladrillos. Me instruye sobre el itinerario a seguir para llegar a las dichas oficinas. Le doy la gracias.

Me quedo como frustrado. Yo creía que iba a entrar sin más. Atisbo por los laterales. Mi vista no llega muy lejos. La masa vegetal se queda con mi mirada. Regreso al coche. Busco un lugar alto, desde el exterior para irme de allí por lo menos con una foto de la mansión. Vamos, que quisiera llevarme un trofeo, aunque sea una simple imagen. Si hubiera una eminencia del terreno cerca. Con el coche subo hasta un cruce, en el lado de la carretera que pertenece al municipio del Pilar. Hay un lindo patito en una señal vertical que indica una ruta campestre. Pero nada de otros por el entorno.

Sigo deshojando la rosa de los vientos a la busca de algún resalte del terreno. Nada. Una verja de tela metálica sujeta a postes de hierro a tramos



cierra férreamente —y nunca mejor dicho— el paso a la propiedad privada. Pinos, pinos, oliveras a marco real, barbechos rojizos. Desisto. Me voy a pedir el permiso de entrada a la finca. Doy la vuelta en un recodo, por donde hay otra entrada menos sofisticada que la principal. Paso de nuevo frente al patito, que me despide con un «Hasta luego, Lucas», con voz de Donald —ya sabéis como suena esta—, quizá algo burlona.

EN BUSCA DE UN PERMISO DE VISITA

La búsqueda es siempre hacia abajo. Desciendo hasta el pequeño, encantador y recoleto puerto. Pregunto. Que vuelva sobre mis pasos hasta un parque frondoso. Aparco. Un puente de ladrillo salva la antigua rambla asfaltada que llegaba hasta el mar. Una adelfa surge del suelo de asfalto, junto a la jamba derecha del arco del puente. Encuentro, por fin, la oficina con el rótulo de la empresa donde solicitar el permiso. Entro. Mostrador. Dos administrativas y recepcionistas. Expongo mi objetivo. Mis propósitos son honestos. Vuelva dentro de diez minutos, que no está. No me dice quién no está. Doy las gracias.

Fuera llovizna un poco. Día brumoso. Día de la Navia natal de don Ramón, en un lugar de «asturianos del sur». Hago fotos del parque. Pinos inmensos, muy altos, preciosos, césped en el suelo, perros que pasean a sus dueños y dueñas por el parque. Bajo al puerto andando para consumir los diez minutos que he de esperar. El mar. Huele el mar a sal, a azul salado, a copos blancos de nubes sobre los que hacen sus nidos los vencejos. Qué tiene el mar para dar esa sensación de plenitud. Los veleros se balancean. Los mástiles se anclan en el cielo. Alguna gaviota. Los gorriones dan saltitos buscando gotas de la lluvia recién caída para beber. *Flash*. Hago fotos al puente y paso al otro lado por el vano, por debajo de su bóveda de cañón. El otro lado, el de poniente, no es de ladrillo. Puro cemento. Llego de nuevo al parque de los pinos. El paisaje rezuma tranquilidad bajo las nubes. A lo mejor el escritor vio en sus tiempos ese puente que yo estoy viendo ahora. Vuelvo a las oficinas.

La recepcionista me atiende. Coge el teléfono. Pregunta por un nombre que no recuerdo. Le dice a alguien lo que quiere un señor, que soy yo. Que deje mi teléfono. Mi nombre. Me da la amable administrativa un

papelito amarillo autoadhesivo. Apunto. Nombre y apellidos. Teléfonos fijo y móvil. Que ya me llamarán. Adiós. Gracias. Cierta frustración. Salgo flanqueado por las puertas correderas de metacrilato, que se abren sumisas a mi paso. Sigue lloviznando. Al coche. Quedo a la espera de la llamada que me conceda el ansiado permiso. Miro el móvil, entre iluso e ilusionado, por si me llamaran.

DE NUEVO ANTE LA DEHESA

Otra vez hacia Las Mil Palmeras. De nuevo, ante la puerta de la finca. Fotos de la verja, de los maizales. No se ve la casa desde ningún sitio. Podría parecer que se trata de un búnker. La foto del patito de Lo Monte. Me acuerdo de don Ramón. ¿Qué pensaría el prócer de la cosa del permiso? ¿Cómo entrar? Esto no puede ser. Pienso en escribir varias humoradas respecto al hecho. Y tres doloras. Y hasta un pequeño poema en diez cantos sobre la cosa del permiso de entrada. Y en escribir un libro entero. Todo ello al estilo de nuestro escritor. Pero todo esto que escribo son ironías, maneras de proporcionar paz a mi espíritu contrariado. Esperaré pacientemente que me llamen... antes de que el libro que me tienta entre en capilla.

Trazo un plan. Entrar al «edén de Matamoros», ver sus robustos árboles en los que se apoyaba el viejo Don Juan cuando descansaba de su huida ante el ímpetu amoroso y carnal de doña Julia, unos árboles «dignos de ser por Tí tiro cantados», y no solo por Tí tiro, sino también por Melibeo y Menalcas, y por Salicio juntamente y Nemoroso, que iban en esos momentos por la umbría del camino que da sombra a las corrientes aguas puras, cristalinas.

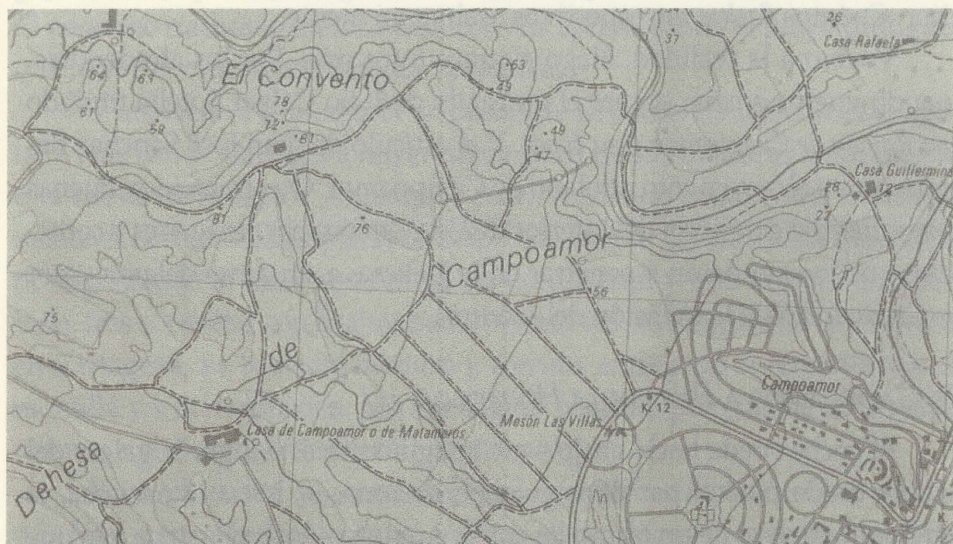
Me viene a la mente cómo recordaba a Campoamor —a lo Horacio en su Dehesa— la condesa de Pardo Bazán cuando, hacia 1900, escribió la fémina un artículo narrando una visita frustrada a Orihuela, a la que llegó en tren, a causa de una tremenda tormenta de otoño. Se frustró la señora en la estación de los Andenes, pues no pudo bajar a visitar Oleza. La misma estación por la que se había marchado hacia Valencia, pocos años antes, doña Purita, despedida con manojos de flores por don Magín, el párroco de San Bartolomé. Quedó doña Emilia contrariada. Como contrariado estoy yo ante esta puerta cerrada. Me acuerdo de Demetrio Poliorcetes de Ma-

cedonia. Hasta llego a imaginarme que soy Sansón joven, larga cabellera del pasado, luchando contra los filisteos ante las puertas de Gaza. Pero no.

Urdo un plan para entrar. Mi plan. Me encaramaré a la verja Topográfico en mano. Deambularé a mi placer por todo el predio y más allá. Me pasearé por el erial, el prado, el bosque, el sotobosque, el monte bajo, los cultivos herbáceos, el barbecho de las tierras de labor, el olivar, el bancal de las higueras, el viñedo, las curvas de nivel arriba, las curvas de nivel abajo, las ruinas rojas, las casas rojas, los mojones de las cotas de altura y veré los desniveles del terreno seccionando las curvas de nivel. Tendré toda la visión sin pedir permiso de ninguna clase.

Volaré digitalmente, displicentemente, por encima de la hacienda, subiendo a lo más alto del ojo del hermano mayor que reside en *Google Maps*. Mediré palmo a palmo, metro a metro, las edificaciones de la finca y los banales, todas las tahúllas, todas las hectáreas ocultas en horizontal a la vista, a través del metro de *Google Earth*. Un paseo virtual en globo, un vuelo en una pequeña y lenta avioneta que me mezcla plácidamente en el aire. O recurriré a un dron de los miles que surcan, en bandadas ya, a lo ovni, el espacio real.

Entraré en el corazón de la hacienda, cuya forma cordial definen las veredas que la rodean: un corazón con el vértice de los ventrículos apuntando al SE. Veré al titular en su despacho, en su biblioteca, gestionando el presente y el futuro del impulso agrario que dio al lugar. Lo veré, en-





Pinada encerrada por la valla metálica que rodea la finca.

La carretera separa los términos municipales de Orihuela y Pilar de la Horadada. Dos monumentos a catalogar: la mansión y las ruinas del convento, parte de las cuales forman parte de la casona, pues en la construcción de esta se utilizaron elementos arquitectónicos del convento de los mercedarios.

frascado en la redacción de *Don Juan*, con qué cuidado moja la pluma en el tintero. Qué rasgueo el de la punta de la pluma trazando el laberinto de la escritura sobre la blancura del papel. Estará Doña Guillermina en la torre palomariiega, mirando los dos mares, esperando que su marido venga en su auxilio. María, la preciosa joven, la hija del guarda, tras la cena, servirá *champagne* a los periodistas que han venido de Madrid a entrevistar al escritor. Cuántos *flashes* retrospectivos asaltan mi mente.

Vuelvo a la realidad. Hago algunas fotos más. Por los alrededores. Cuando vuelva a casa, cogeré el opúsculo de Julio Calvet Botella titulado *Don Ramón de Campoamor y su época*. Y el artículo de Juan José Sánchez Balaguer sobre el testamento oriolano de Campoamor. Que traen muy buenas fotografías del exterior y del interior de Villa Campoamor. Imágenes y contenidos que me ayudarán a penetrar en la Dehesa, a situarme delante y por los alrededores de la mansión del escritor.

DE CAMPOAMOR A PILAR DE LA HORADADA

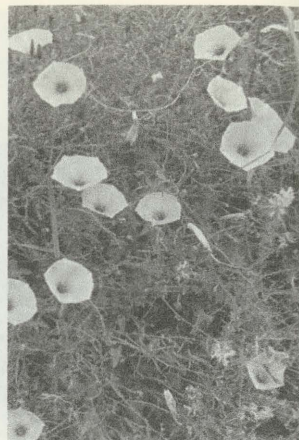
El coche rueda hacia abajo—me imagino por este lugar la galera del escritor tirada por un par de yeguas percheronas—, hacia la nacional, la carretera heredera de un tramo de la Vía Augusta —que discurría a lo que



parece mirando hacia la playa de la Glea, por donde el llamado *punte romano*—, que a su vez había heredado el trazo de la vía Heraclea, el camino que hizo Hércules cuando vino a cumplir uno de sus famosos trabajos, en concreto el robo de los colorados cornúpetas del rey Gerión. Solo que, antes de alcanzar la N-332, es preciso salvar un larguísimo viaducto que pasa sobre el cauce del río Nacimiento, por donde la conocida rambla de la Glea, que desde hace milenios transporta las gredas producidas por la gran erosión que tiene lugar en las ramblas de la vertiente mediterránea. El pequeño riachuelo ha formado, con sus aportaciones, la playa contigua, que recibe el mismo nombre que la rambla.

Y me viene a la memoria un pasaje de *Don Juan* en que el anciano galán viene desde Cartagena huyendo de cinco de sus maduras amantes por esta cuesta de la Glea (Campoamor *dixit*), corriendo como corría frenéticamente el heroico Mazeppa en otro libro de Byron. Un don Juan que había protagonizado la obra homónima de Lord Byron y que nuestro don Ramón, tras consultar con la almohada, rescató del olvido cuando lo encontró en Cartagena, ya bastante maduro y corrido, entregado al reumatismo, al montilla y a la melancolía. Me lo imagino pasando por encima del puente *romano*, a la vista del Mediterráneo, tan próximo.

Paro el coche al comienzo del viaducto. Aparco. Con cuidado. Hay una circulación muy intensa. Bajo del coche, máquina foto-



gráfica en ristre. A ver si alcanzo el puente antiguo, que debe de estar en paralelo, a la izquierda, más cerca del mar. Pero no. No lo veo. Fotos de la larga perspectiva. El descenso hacia el puente, el puente, la cuesta hacia el Pilar. Zumban los vehículos que van en los dos sentidos. Y veo, en el suelo, flores de primavera, aunque en realidad por estas tierras todas las estaciones del año son primavera, unas más que otras. Las veo y las voy recogiendo en imágenes a impulsos de la luz y el color. Nacen las plantas silvestres de estas bonitas flores, viven, reflorecen, se reproducen, mueren, vuelven a nacer sobre la tierra greda, sobre el asfalto, en un difícil aprendizaje que tienen que hacer con el galipote que, en parte, se ha constituido en su sustrato.

Cuando Don Juan pasó por las cercanías de este viaducto de la mano escritora de Campoamor, hace más de doscientos años, casi todas estas flores, salvo alguna que debe de ser especie alóctona —esas cuyas semillas habrán venido en las perneras de los turistas—, ya estaban extrayendo los colores de la greda por aquí. No paró el verde galán a recrearse en ellas, que no tuvo tiempo ni ganas. Pero yo, sí. Aquí están, para que pasen a la posteridad. Que son naturaleza —todavía— en un paisaje tan terriblemente artificializado.

LA VISITA A PILAR DE LA HORADADA

En un plis plas estoy dando la vuelta a la redonda de Las Mil Palmeras. Enseguida, la carretera hacia el sur: a la izquierda, el mar y la Torre; a la de-

recha, imágenes de agricultura moderna, base de la riqueza del municipio; y a lo lejos, el Pilar, el pueblo que nació y creció en el entorno de una mansión romana que constituía un jalón entre las ciudades de Cartagena y Elche.

Pilar de la Horadada. Doblo hacia la izquierda, hacia el centro urbano. Merodeo por las calles lentamente buscando sitio. Dónde la plaza. Dónde la iglesia. Dónde el cura que penitenciaba a base de la ingesta de mandorlas del lugar. Conozco un cura que fue párroco hace años de esta parroquia. Pequeño de talla, grande de corazón, memoria prodigiosa, natural de Torrevieja, se llama Antonio, aunque no Puigcerver. Ahora es canónigo de la catedral. Como tengo confianza con él, que fuimos colegas como profesores de instituto en Torrevieja, hace muchos años, tengo que preguntarle si también escribió cartas de amor por encargo de las chicas del lugar.

Y me asalta intensamente el *ubi sunt*. Casi como a don Jorge Manrique. Dónde la iglesia de la imagen, sacada del librito *Una visión de Ramón de Campoamor en Pilar de la Horadada*. Dónde el confesonario, aquel que tenía triple



entrada. Dos entradas laterales, con celosías por si acaso, para las mujeres, y uno de frente, sin cortapisas, a cara descubierta, para los hombres. El cura, sentado, cargando con los pecados de las fieles y de los fieles. Sentado el hombre a lo *Majestas Domini*, con la estola que cambiaba de color según los tiempos litúrgicos. *Ego te absolvo a peccatis tuis*. ¿Seguirá existiendo aquel confesonario? Que la madera dura. Aunque el tiempo alojado en sus dendritas huya en círculos concéntricos. Entraré a la iglesia. Un *flash* al confesonario, por lo menos.



Por dónde la playa que hablaba a Teodora de su primo querido. Playa de la que quedan deliciosas ilustraciones en las viejas ediciones ya amarillas de las obras de don Ramón. Aparcaré donde pueda tras avistar la plaza de Campoamor, que se diría plaza política, porque a ella da el consistorio, alojado en un nuevo, funcional y potente edificio que denota el poderío económico de los contribuyentes netos del nuevo municipio. Aparco un poco antes de toparme —con perdón— contra el mercadillo. Resulta que he aparcado en la calle Orihuela. Bajo del coche. Voy mirando los caracteres fisonómicos —discretamente, por supuesto— de las pilareñas, de los pilareños. Quiero ver tipos de personas que encarnen a Teodora, a su madre, a su padre, al cura —aunque creo que este no era del pueblo—, a su primo el marino. Quiero ver la

casa grande de los padres de Teodorica. Quiero ver la casa, o la choza, de la chica sin estudios primarios que buscaba al cura para que le escribiera renglones ardientes al novio que estaba en la mili. Al novio a quien le leía esas cartas el cabo furriel de la compañía.

Allí pregunto. «No soy del pueblo», me responde una mujer morena, «que he venido de San Miguel». Vaya acierto. Hacia la plaza del moderno ayuntamiento, alta torre consistorial, plaza de Campoamor. Oficina de Turismo. Antes de entrar veo, en una pintura mural, la Torre, veleros, el azul, el mar: elementos en tamaño XXL.

Me recreo por unos momentos en el edificio del ayuntamiento. Fachada exenta de toda decoración figurada, a lo Escorial. Cuatro cuerpos, señalado cada uno de ellos por los vanos correspondientes. El bajo, de oficinas. El cuerpo principal, de ventanas proporcionadas con el conjunto y su buena balconada hacia la plaza de Ramón de Campoamor. El tercero se abre al exterior del paramento con ventanas pequeñas, estando la central en forma de óculo —el ojo municipal— sobre la balconada susodicha. El cuerpo superior ofrece un buen ritmo de ventanales apaisados. Una visera o alero contundente remata las proporciones cúbicas del conjunto. La torre que, en la parte derecha del edificio, mira la torre de la iglesia es airosa, alta y muestra, en lo alto, el paso del tiempo con un reloj espacial, sin números arábigos ni romanos, que mide el tiempo alfarrazándolo.

Entro en *Tourist Info*. Atenta la chica morena que me atiende en el largo mostrador. Pienso, mirándola discretamente a los ojos, a toda ella, si me la he encontrado por alguno de los versos de don Ramón. ¿Teodora? ¿Era morena la enamorada de su primo? ¿O rubia? ¿O era la pilareña humilde? Si será descendiente de alguna de aquellas mujeres a las que el cura del lugar, ignoro cuál, impulsó a quitar las piedras de un montículo que impedía la vista de la playa y de la torre desde la rectoría.

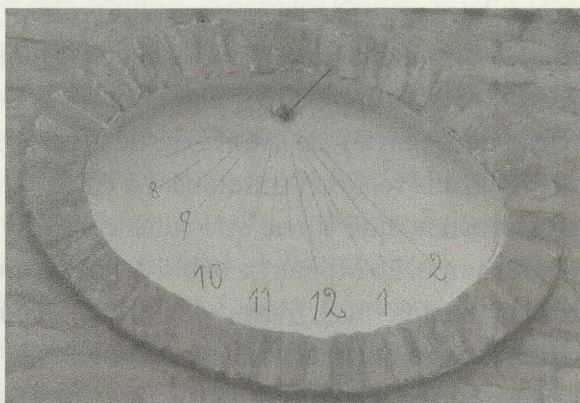
Bajo a la realidad cotidiana. La chica, qué atenta, me explica qué lugares urbanos, qué sitios, qué rutas rurales y playeras, qué senderos, el mar, el campo, Lo Monte. Le hablo del patico que me he encontrado, ubicado en la señal vertical, frente a la finca de don Ramón cuando quería robar alguna imagen del interior de la Dehesa desde el exterior. Le pregunto por la plaza, por la iglesia. Por la higuera. Me cuenta. Me dice que vaya a la

casa de cultura, donde está el museo de don Gratiniano. Y que pregunte por la directora, que sabe de Campoamor.

Me encuentro a don Ramón por todo el pueblo y le pregunto si ha llegado al pueblo en tartana, en galera, en calesa, en landó. Me dice que no ha sido ni en carro, ni en carreta, ni en landó. Que ha dejado la galera —evidente sorna— en la plaza de la iglesia, al cuidado de las gallinas, que ha ido a ver a don Antonio, pues se acerca el tiempo de las brevas. ¿Y la escuela pequeñita de aquellos tiempos pasados que estoy tratando de evocar? ¿La conoció el maestro Gratiniano? ¿Cómo fue su paso diario de niño por el aula?

Y de la plaza del Ayuntamiento, centro del poder político, a la plaza del poder religioso —por favor, es una ironía—. Las fotos de la plaza. La iglesia desde lejos, a través del aire. Los bares, las terrazas cosmopolitas, el rumor de los clientes, dos palmeras, por lo menos una de ellas hembra. Atención a la fachada —de ladrillo, un tantico obra mudéjar— de la iglesia restaurada. De dos cuerpos y tres calles, aunque la vieja torre presenta cuatro cuerpos. Las calles corresponden a la entrada, en el centro; a la torre, a la derecha de la entrada según se ve de frente, y a otro cuerpo, a la izquierda del vano de la entrada, que parece pedir una segunda torre. Y me viene a la memoria mi amigo el cura Antonio, párroco del Pilar hace varios lustros, que impulsó la restauración de la iglesia que estoy contemplando en estos momentos.

El primer cuerpo de la torre es netamente defensivo, como corresponde a la iglesia de un lugar del secano litoral tan cerca de un Mediterráneo de corsarios berberiscos. Está decorado en lo alto por un viejísimo reloj de sol, barroco por lo ovalado, que podríamos decir que economiza el tiempo, que solo indica varias horas del día, desde las 8 am. hasta las 2 pm. Cosas de la orientación de la fachada. Bajo el *horologio* solar, una placa de mármol recuerda en mayúsculas la fecha fundacional del municipio, que nació oficialmente el 30 de julio de 1986 tras un parto laborioso.





El segundo cuerpo presenta una ventana vertical y el reloj de cuerda. En el tercero radica el campanario principal. Y en el cuarto, ochavado, rodeado de una balaustrada, se aloja el segundo campanario. La torre está rematada por un tejadillo de ocho vertientes. Corona el tejadillo la bola del mundo. Y sobre ella, no recuerdo, la cruz o la veleta, que se ha salido de la foto. Quizá desde el segundo campanario se vea la torre palomariiega de la casona de la Dehesa.

Entro en la iglesia. La Virgen del Pilar tiene a su lado el bastón de mando de alcaldesa del lugar. Dónde estará el confesonario —es que el confesonario, en los dos primeros cantos de *Los grandes problemas*, tiene el carácter de escenario, que no en vano cada uno de los tres cantos es una confesión. Volveré otra vez. Preguntaré. Salgo a la plaza. Me imagino la casa de Teodora, la rectoría, la higuera. Vuelvo hacia el coche, calle Orihuela. Me queda una visita. Pregunto. Sin éxito la primera vez. El señor a quien

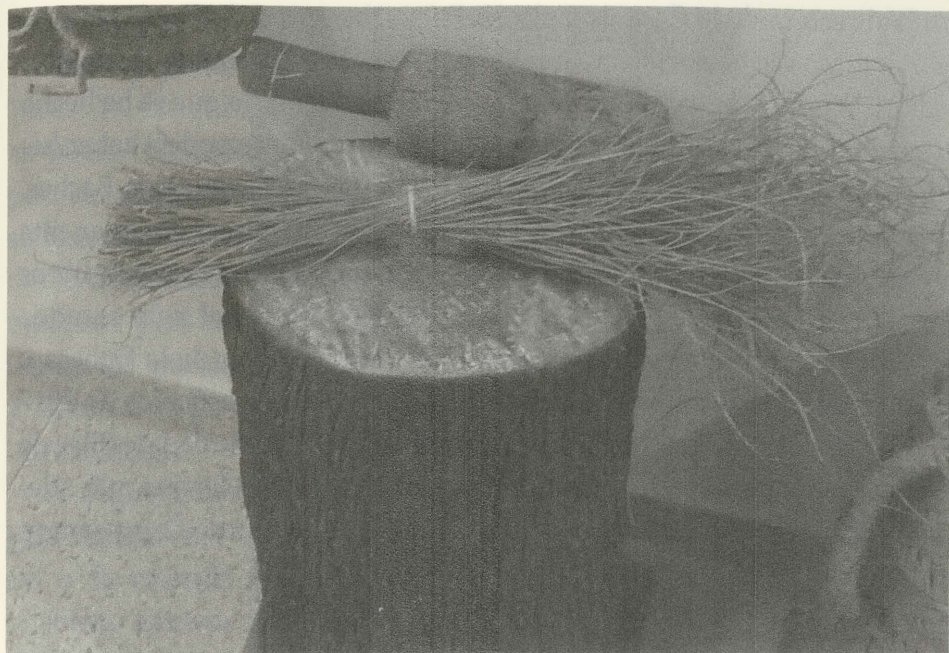
pregunto a continuación me dice que él va hacia allá, hacia la calle de los Carretillas. Vamos andando de prisa, conversando. Él no es de aquí, pero como si lo fuera. Atravesamos de cháchara el mercadillo que hay en aquel entorno. Ahí es. ¿Los Carretillas o Las Carretillas? ¿Polvorillas o vehiculillos? Muchas gracias. Adiós.

Casa de Cultura Museo Biblioteca dice un indicador vertical. En la fachada del edificio, en el cuerpo ático —de remate semicircular— se muestra un gran escudo del municipio y una leyenda que dice Casa de Cultura Museo Gratiniano Baches Biblioteca Sala de Exposiciones. Entro. Pregunto a la conserje: «¿El museo?», «Por ahí».

Entro por ahí. Me recibe el busto del maestro Baches. Hace más de medio siglo, en 1966, yo fui maestro en un colegio público de San Miguel de Salinas llamado con el nombre del maestro. Y el recuerdo biográfico, cuadro incluido, del conocido escultor imaginero Sánchez Lozano, pilareño famoso muy conocido en Orihuela —sobre todo en Semana Santa— sale a mi paso. Entro en el museo numismático-arqueológico-etnológico. Recuerdo, entre otros objetos, una estela funeraria romana de mármol con inscripción de letras capitales. Lucernarios que estuvieron siglos enterradas tras alumbrar muchas noches a romanos y a cristianos. Ánforas de cerámica y cepos de plomo sacados del mar, donde durmieron por los siglos de los siglos. Muelas de molinos.

Y, en tromba, entro al ámbito de la etnología, al mundo del esparto. Majado y sin majar. Cultivo el del esparto importante en el pasado, y más en las tierras de secano litoral. La legión de diferentes contenedores de esparto, las esparteñas —calzado inmemorial de los campesinos del pasado—, los estorines, incluso creo ver un par de dolorosos y crueles mandiles del macho de las cabras, símbolo de su potencia paternal contenida. Y muchos más elementos del casi infinito mundo del esparto. Todos ellos los vio don Ramón, «cosechero de esparto y de naranjas», como él mismo se definía. Que si los cordeles, las cuerdas, las falas, las sogas, las cordetas, los filetes. Ah, y las soguetas, que se me olvidaban.

Y qué maravilla, apoyada sobre el suelo, una máquina de majar, donde trabajaban los majaderos —o majadores— en la temporada del esparto, con su mano correspondiente. Es posible que en la Dehesa hubiera docenas de estos aparatos para realizar el majado tras las labores llevadas a cabo



en las balsicas —qué olores— en que se cocían las garbicas de la *stipa tenacissima*, la fibra vegetal milenaria del *Campus Spartarius*, región por la que estamos deambulando en este periplo campoamoriano.

Y qué decir de las máquinas simples de hacer el pan nuestro de cada día. ¿Había horno en la Dehesa? Que si la artesa, de profundo y húmedo valle, que si la pala para meter amorosamente el pan al horno y sacarlo, que si el cernedor y el cedazo. No veo la caña de *sorrascar*. Una pila antiquísima de lavar. La inclinación de las mujeres del pasado ante pilas como esas y otras menos elaboradas atormentó los hombros, los brazos, los riñones de las mujeres desde el Neolítico. Cuántos elementos de la vida cotidiana del pasado. Un viejo pupitre escolar geminado en el que se asentaron tantos culos escolares. Y una prensa de vino. Del vino rebajado con agua que gustaba al prócer. Testimonios fotográficos de la vieja iglesia. Los útiles manuales de las labores agrarias. Los arados, las vertederas, los arreos de los animales de labranza. Y más y más. ¿Dónde fueron a parar todas esas máquinas, todos esos aperos de la casa grande de la Dehesa? *¿Ubi sunt?*

Y de pronto, como surgiendo del pasado, se me aparece una oscura fotografía enmarcada de Ramón de Campoamor. Pregunto a la conserje

por la directora de la Casa de Cultura. Para saber cosas de Campoamor y del Pilar. Me recibe amablemente. Me presento. Estoy tratando de escribir un libro sobre Campoamor. Hablamos un rato del tema: lo que se ha hecho alrededor del 200 aniversario de su nacimiento; lo que se podría haber hecho. Enseña las pertenencias del despacho del maestro Gratiniano Baches, situadas en lo que es el *sancta sanctorum* de la Casa de Cultura. En mi mente quedan, de entre los recuerdos del maestro, los lomos de una serie de libros de aquella colección de Labor, famosa de los años veinte del siglo pasado.

Hablamos un poco de la relación que entre el titular de la Dehesa y el del Museo. La directora me facilita gentilmente varios artículos de 2017 y 2018 sobre la relación entre el autor de las Doloras y la ciudad de Pilar de la Horada. Me despido. Le doy las gracias. Le digo que le llevaré más adelante, para la biblioteca, un par de libros míos que hablan de Campoamor. Adiós.

EL EPÍLOGO

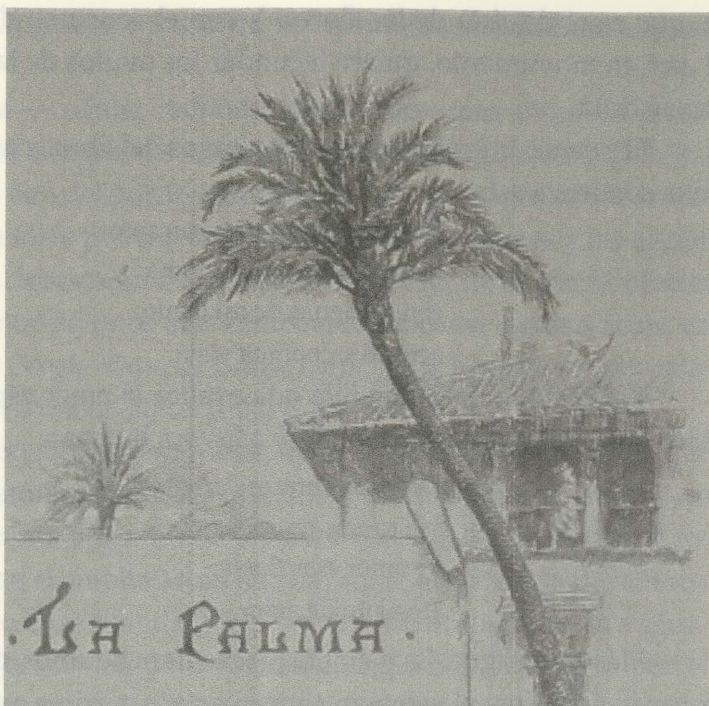
He vuelto, principios de junio de 2019, a pasar por el entorno de la Dehesa. A cumplir una promesa. Debo terminar este libro sobre don Ramón y lo que él representa para esta parte de la provincia de Alicante, que es la cola, que se seca o se ahoga, el fin del mundo de la Comunidad Valenciana según se va para *Cartago Nova*.

He pasado por la redonda de Las Mil Palmeras pensando en lo contento que se habría puesto don Vicente Blasco Ibáñez, aquel republicano —comecuras en su juventud y con ribetes de socialista utópico en la Argentina— al frente de una legión de huertanas y huertanos valencianos que tantas veces pintó nuestro Agrasot, lo contento que se habría puesto si se hubiese enterado de la feliz idea de cambiar el nombre de Las Mil Palmeras por el de Las Mil y una Palmeras, en homenaje a su acertada traducción de *Las mil y una noches* al castellano.

Mientras daba varias vueltas a rotonda pensando en esos temas orientales, me venían a la memoria otras palmeras: las que ilustran el poema «La palma», escrito hacia los 21 años por Campoamor y que figura en su primer libro —bastante romántico, era la moda— con que el poeta se iba a

comer el mundo,
Ternezas y flores,
1838. Y es que
al poeta, becado
por su madre y
su hermana, no le
iba lo de estudiar
medicina y sí las
letras, las musas
y Apolo. Y la po-
lítica también.

Seguía y se-
guía dando vuel-
tas a la rotonda
mientras preten-
día acordarme
del bonito graba-



do con el que se ilustra el poema. Seguía rulando por la redonda, pese a las advertencias que me hace a menudo mi actual compañera sobre los peligros de variada índole que suponen esos miles de tahúllas rotundas por las carreteras de la Vega Baja, o Bajo Segura si se quiere ser más correcto geográfica y políticamente. Peligros que las lectoras y los lectores se pueden imaginar.

Antes de salir del bucle recordé los tres elementos del grabado, que las imágenes —como la música— se recuerdan mejor que los versos. Una torre, al parecer palomariiega, y dos palmeras, una macho y otra hembra, a lo que parece según el texto y el dibujo. La hembra, la que está en primer plano. Curvada hacia la izquierda del espectador, se nota que la mece el viento. Entre la fronda del cogollo apuntan las espátulas de las futuras ramas datiladas. Por allí la pareja de tórtolas se queja de amor. Quejas que le recuerdan al poeta en ciernes la pena del querer que tiene respecto de la niña que ama. La palmera macho está lejos, tapada en parte por la cartela donde figura el nombre del poema. Espera el macho la floración de la hembra para florar él automáticamente.

te, que es el destino de las flores. Y con el concurso del viento, que es el aire en movimiento, quiere fecundar los óvulos de la amada, pues de eso se trata.

El poema, que no es de los más largos del libro, y además tiene estribillo, comienza así:

Esa planta que en tu encanto
hace sombra a tu ventana,
con las aguas de mi llanto
acreció su pompa vana.

Y atención a la redondilla que explica el amor espiritual y el amor físico que embarga a las palmeras y a la raza humana:

De amor gime ese árbol,
sus cantos de amores,
de amor esas flores,
el viento de amor.

Más claro, agua. La palmera macho llora de amor, de amor lloran sus flores, incluso llora el viento que transporta la máxima expresión del amor, que es el polen —polvo más bien, con perdón— enamorado, que bien podría haber dicho Quevedo, ¿no?

El poeta emite quejas con respecto a su amada, como debe ser, por el tiempo del amor, que es la temprana primavera, el tronco de la palmera le enseña «la inconstancia de sus hojas», suenan las quejas graves por la noche de las aves «que se anidan en la palma», mientras eleva «el triste, en son de queja, / sus plegarias a la luna».

Quizá el grabador debió dibujar la pareja de palmeras a la luz de la luna, como conviene a la estampa romántica. Por mucho que el amante desdeñado espíe «por la mañana, / cobijado en los objetos / que hacen sombra a tu ventana»; es decir, los troncos de las palmeras, que también sirven para esconderse tras ellos.

Salgo por fin del bucle de «La palma» y de la redonda infinita. Estoy en un tris de irme por la N-332. Pero doy una vuelta más, ya casi mareado, y me echo hacia el poniente, por el ramal de la CV-941, vía de comunicación que divide salomónicamente durante un largo tramo, desde que se separaron amigablemente, los términos

municipales de Orihuela y Pilar de la Horadada, hacia San Miguel de Salinas.

Una redonda —cuántas redondas desde hace unos años—, a continuación, camino de la siguiente antes de llegar a la entrada de la Dehesa. Cuando voy por la alto del puente que salva la AP-7, a lo lejos veo, extraordinaria visión, una torre por entre las copas de unas palmeras y las agujas de unos altísimos cipreses que apuntan al cielo; una torre con la esbelta linterna que he conocido estos días campoamorianos en algunas fotos, en algunos retazos de *Google Maps*, de *Google Earth*. ¡Es la torre de la casa palacete de don Ramón y doña Guillermina!

Estoy emocionado. Quiero frenar, aparcar en lo alto del puente, que es el mejor observatorio para hacer unas fotografías del monumento. Pero hay circulación intensa a las dos de la tarde. Bajaré hacia la siguiente rotonda. Y aparcaré en el amplio arcén que hay junto a la entrada de la finca.

Aparco como Dios manda. En el arcén, prácticamente una vaguada, junto a unas jaras y algún taray. Salgo del coche nervioso por el



hallazgo. El bolso en bandolera, la máquina en la mano. Retrocedo con cuidado, los coches, hacia la rotonda previa al puente. Miro a derecha, a la izquierda. Los peligros de las rotondas. Un indicador de San Pedro del Pinatar por la autopista, en un islote. Salvo la vía sobre el asfalto. Me pita, con razón, un coche. El indicador está pintado de azul medite-

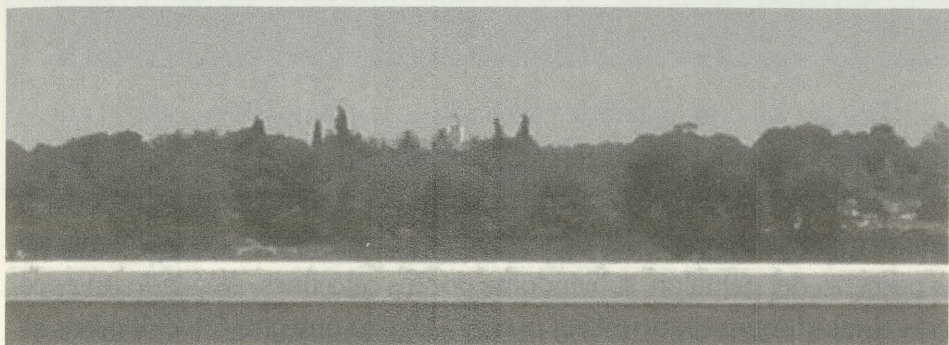
rráneo como el Mediterráneo que se ve allá abajo, donde lo veían en el pasado los habitantes de Matamoros. Mucho zoom. Dificultades en el enfoque. La torre en todo su esplendor. Proporciones cuadradas. Dos ventanas geminadas hacia mí. Sobre la torre una linda y proporcionada linterna rodeada de rejería metálica. La linterna es octogonal, con ventanas verticales en cada frente. Cubierta de teja roja. En lo alto del tejadillo, en forma de pirámide octogonal, largo pararrayos que protege de la ira de las tormentas que desencadenan de uvas a peras el padre Zeus o Perico Botero.

Las ventanas geminadas, ¿de inspiración asturiana ramirense, mozárabe, románica? La linterna, ¿inspirada en el cuarto cuerpo abalaustrado de la torre de la iglesia del Pilar de la Horadada, de sección octogonal y con alternancia de ventanas verticales —aunque rematadas por arco— y óculos? ¿Se contemplan mutuamente la torre de la iglesia del Pilar y la torre campoamoriana? Yo creo que sí.

En una de las ventanas se percibe una sombra oscura detrás de los cristales. Ha quedado constancia en una de las fotos. La sombra de un personaje no sé si masculino o femenino. A ver si pasa algo parecido a lo que cuenta Antonioni en *Blow up*. Solo el ruido de los motores de los coches me libra del yuyu, que sin él el espacio desierto del que estoy rodeado me atenazaría. Una sombra desde la ventana me observa —creo—. Puedo pensar que es el prisionero del romance, aunque ya hemos salido de mayo, pero todos intuimos desde hace tiempo que el prisionero del amor siguió encerrado en la torre. Quiero pensar que quien mira es el espíritu, la emanación de don Ramón, su ectoplasma que sabe que quiero contactar con él desde hace algunos días. Pero desearía que en la ventana estuviera —mirándome arrobada— una xana de las que trasplantó a la Dehesa el asturiano, sacada de los esquejes de los versos de alguno de sus primeros poemas en que tanto canta a su húmeda, verde y nublada tierra. Una xana de pelo rubio y ojos azules de esas que habitan los arroyos claros del «edén de Matamoros» cuando llueve —raras veces— generosamente.

Aunque me temo en verdad que el fantasma de la ventana geminada es la vera imagen —torva y ceñuda— del sabio Frestón, deidad menor

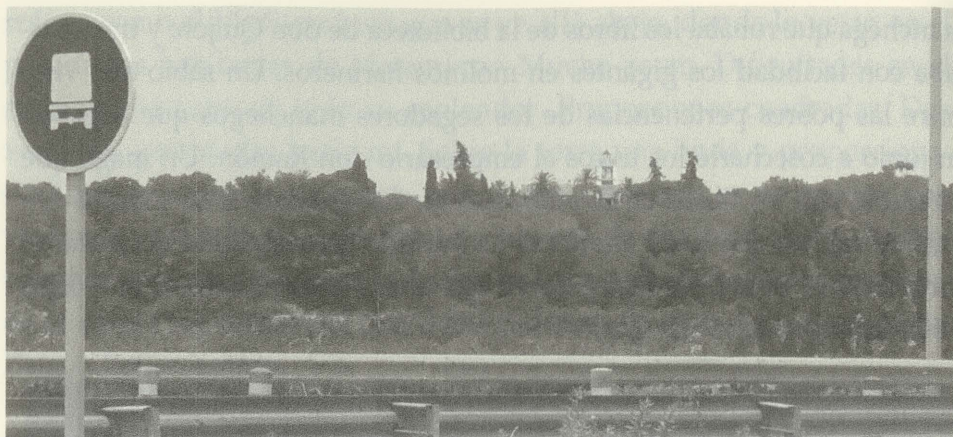
manchega que robaba los libros de la biblioteca de don Quijote y transmutaba con facilidad los gigantes en molinos harineros. Un sabio que vino entre las pobres pertenencias de los segadores manchegos que llegaban en junio a cosecharle los trigos al empresario don Ramón. Un mago que arrambló con los libros de la biblioteca de Campoamor a su muerte. Un Frestón cabrito que hasta ahora me ha hurtado la posibilidad de visitar el corazón de la Dehesa, la casa palacete que ahora tengo, a lo lejos, muy lejos y solo en parte, ante mis ojos.



Paso a un plano general en que apenas se distingue la torre entre la línea del horizonte, que junta colores celestes con verdes varios de pinos, de cipreses, de palmeras, con unas motas de blanco y de almagra que se difuminan en la lejanía.

Me acerco un poco más a la torre. Con mucha dificultad. Y me viene a la cabeza el clásico diseño de la fachada que tanto prima el sentido de la proporcionalidad y la decoración encargada a la funcionalidad. Horizontales y verticales. Ritmo perfecto de los vanos. Sabia distribución de cuerpos y calles. Solo la novedad del empleo del hierro forjado en determinadas partes, como en la rejería de la escalera de acceso, en la barandilla que remata el cuerpo de la torre alrededor de la linterna.

Me recreo haciendo fotos. Me voy hacia lo más alto del puente sobre la autovía. Me pita un coche. Peligro de coches. Empiezo a subir por un arcén muy estrecho. Me pita otro coche. Y con razón. Sigo por la cuesta. Una chica golpea insistentemente el claxon desde un todopoderoso cuatro por cuatro. En su rostro se ve netamente el dónde coño va este viejo de la leche, va a tener un accidente. Me acuerdo de los consejos de mi compañera. Y me lo pienso.



Desisto. Mi orgullo herido baja hacia un descampado cercano al puente lleno de salicornias —aquella familia botánica por la que se preocupó tanto Cavanilles en su visita a la huerta de Orihuela—, terreno pleno de abrojos, lleno de plantas despiadadas de los eriales que se me van enganchando en las perneras del pantalón, subiéndome por los calcetines. Asciendo un poco hacia el talud sobre el que está el puente. Alguna que otra foto. Hombre, se ve un poco más que desde el primer observatorio desde el que he disparado. Intento subirme a una trampilla que hay sobre un elevado alcorque de cemento. Pero desisto, que mi cuerpo no está ya para estos trotes. Otro fracaso. Subiré hasta el puente por los escalones de un desagadero de cemento que viene desde lo alto. Lo intento. Resbalo. Casi caigo del todo. Imposible. Cojo un cabreo. Qué le vamos a hacer. Otra vez será.

Continúo recreándome en esta perspectiva amena, regalo de la luz que salta por encima de las verjas. Quién pudiera subir al puente, pienso remedando aquello de «¡Quién supiera escribir!» Pero me complazco en la extraordinaria vista. Una secuencia de varios planos. Pinos que quizá mandó plantar el amo de la finca. Una especie de arroyo seco o pequeña rambla. Una masa vegetal extraordinaria que proporciona sombra amena a quien pueda sentarse en el espacio umbroso. Por encima del pinar poderoso, palmeras peinadas por el viento, vértices de altísimos cipreses, el perfil horizontal de la casona y, camino del cielo, la torre airosa y gentil. Y el canto amoroso de las tórtolas viajando por el aire. Uh uh, uh uh. Uh uh, uh uh. Qué momento de plenitud en medio



del descampado, haciendo abstracción del ruido del tráfico que suena al este de este edén.

Me voy. Pero me quedo. Poco antes de partir me regalo con esta última visión —por hoy, espero—. Y surge bajo la torre, apartando pinos, palmeras y cipreses, la hermosa fachada principal, que a estas alturas, me sé de memoria. De tanto ver las imágenes de los libros, de internet, de leer las cumplidas descripciones que los visitantes han hecho del monumento a lo largo de más de siglo y medio.

La casa palacete de Campoamor es un edificio proporcionado, extremadamente elegante, con tejado a dos aguas cubierto con la tradicional teja moruna. La fachada principal, apaisada, orientada hacia el SE, presenta, bajo el largo alero, dos cuerpos y siete calles.

El cuerpo inferior o planta baja está alterado en su sentido rítmico por las escaleras de doble tramo, gemelas y opuestas, que conducen al cuerpo superior. Consta de puerta principal y, simétricamente a ambos lados, dos ventanas en cada uno de estos; en las calles extremas, las puertas de la almazara y el albergue de carruajes.

Al primer piso o principal se accede por las escaleras mencionadas, que llevan a un rellano ante la puerta, que a su vez está protegido por una marquesina. A ambos lados del vano principal

se dispones seis ventanas iguales con sus barandillas metálicas correspondientes.

La decoración es del todo funcional, reservada a los vanos que se abren en el paramento y en sus encuadres. Encuadres, pintados sobre el enlucido de la mampostería, que también insisten en aspectos funcionales internos. Y los dos colores empleados insisten a su vez en la sobriedad decorativa: los enmarques en blanco, con el paramento entre enmarques y vanos en rojo almagra. Esta composición descrita recuerda, en la distribución de vanos y en la sobriedad decorativa, el clasicismo italiano que, venido a España, se concretaría en el Escorial. Se podría hablar de un neoclasicismo, pero no del siglo XVIII, sino uno de los tantos *neos* arquitectónicos de los que estuvo plagado el siglo XIX.

De todo lo anterior dimana una gran serenidad y una seria contención expresiva. Quizá una nota un poco discordante con el conjunto lo da la torre, elevada en el centro del edificio, de la misma anchura que una de las calles arquitectónicas y respaldando la central. El cuerpo, de sección cuadrangular, se apoya a su vez en otro, que surge en la vertiente posterior y que debe corresponder a la escalera interior. La torre, y la linterna de sección ochavada que la remata, ya han sido descritas párrafos arriba.

Los abrojos siguen picándome desde su cobijo en mis calcetines. En los pantalones, multitud de *bulanicos* blancos que se me han pegado en mi camino en busca de la vista de la casa de don Ramón. Me *espolso* los abrojos y los *bulanicos*, que siempre tienen la intención de llegar a lugares lejanos —para colonizarlos— valiéndose del concurso de los viajeros. No sé si el famoso escritor, aunque «valenciano del Norte», me corregiría —que académico de número fue durante cuarenta años— por lo del *espolsamiento* de los pantalones. Creo que sí, porque, contando el hombre una anécdota de san Vicente Ferrer, dice que el Arcángel del Apocalipsis *se sacudió* el polvo de las sandalias cuando andaba cabreado —los creyentes siempre volvían al pecado— por las calles de Valencia. No se dio cuenta nuestro escritor de que, por estas tierras valencianas, más que sandalias lo que había era *espar-denyes* y que el verbo adecuado era *espolsar*. Y no *sacudir*.

CAMPOAMOR Y EL PATRIMONIO LITERARIO ORIOLANO Y PILAREÑO

CAMPOAMOR ESCRIBIÓ UNA parte de su obra en la Dehesa de Matamoros. En su despacho. Mojando la pluma en el tintero. Algunas doloras y pequeños poemas retratan paisajes y personajes de la zona, constituyendo una parte del patrimonio literario de los actuales municipios de Orihuela y de Pilar de la Horadada, con prolongaciones hacia los términos municipales de alrededor, entre los cuales San Miguel de Salinas y Torrevieja. La relación de amistad entre Ramón de Campoamor y Mariano Roca de Togores ha generado algunos de los elementos de ese tipo de patrimonio, de los que podemos disfrutar a través de la lectura. Muchas de sus humoradas, tan breves como lapidarias, las compuso en su mansión. De ello, entre otros escritores, da cuenta Julio de Vargas Machuca a través de la crónica citada páginas arriba.

4.1. DOLORAS

Entre las doloras inspiradas por el paisaje y el paisanaje del entorno geográfico de la Dehesa están «Bautismos que no bautizan» sobre el cura de Torrevieja; «San Miguel y el diablo», sobre el cura de San Miguel de Salinas; y «¡Quién supiera escribir!», sobre el cura de Pilar de la Horadada y una linda pilareña. Tres doloras que hablan del amor humano de las feligresas de estos tres curas del secano litoral. Tres doloras que han pasado al

acervo popular de la comarca, guardándose en la memoria de la gente. Y es que el escritor, en su bonhomía, quiso hacer un regalo a cada uno de estos pueblos para siempre, un presente que nunca se echa a perder: la ofrenda de unos versos.

He aquí la dedicada al cura de Torrevieja, muy popular, la historia de los amores que desencadena el cura del lugar al bautizar a una chiquita con una concha de almeja. Una torrevejense de rompe y rasga, posiblemente de nombre Inmaculada, por un suponer. Imaginemos, en otro orden de cosas, un criadero de almejas con denominación de origen fundamentada en esta graciosa e irreverente dolora.

4.1.1. BAUTISMOS QUE NO BAUTIZAN

I

Cierto cura en Torrevieja
bautizó a una niña un día
con el agua que cabía
en una concha de almeja.

¿Es posible que con esta dolora el escritor estuviera todavía combatiendo los terrores nocturnos de su niñez y adolescencia que cita a comienzos del «Epílogo» de *El Personalismo*? ¿El humor y cierto erotismo como antídoto de la amenaza del fuego del infierno?

La poca agua bautismal
obró en la niña de modo
que no le borró del todo
el pecado original.

La dejó mal bautizada
el cura, porque sabía
que así la niña sería
una furia en forma de hada.

«Una furia en forma de hada». Por asociación de idea, las hadas del norte, las xanas que precedieron a la predicación del cristianismo. Xanas celtas, galácticas, paganas, de ojos azules, habitantes de las pallozas de su Asturias húmeda, brumosa. Las corifeas de la Diana lunar. Habitantes de

las aguas de los riachuelos caudalosos bajo un clima oceánico tan lluvioso. ¿Es posible la visión de las hadas en este árido clima sudestino catalogado por Juan Vilá Valentí, en este seco litoral? Pero, ¿hadas en Torrevieja? ¿Conchas de almeja para bautizar? ¿Se lo tomó mal el cura del pueblo o se rieron mucho, él y el escritor, tomando un buen caldero regado con un mejor Alicante? En todo caso el privilegio de ver hadas por estos pagos resecos era el de don Ramón.

Furia de instinto tan fiero,
que mató a muchos de amor.

Atrae al hombre el dolor,
como el imán al acero.

Y aunque hizo a tantos penar
fue ella amada hasta morir;
que el saber hacer sufrir
es saber hacerse amar.

«Amada hasta morir». ¿Morir ella o morir él? Más adelante veremos cómo una de sus heroínas que tomó en préstamo de su colega Lord Byron, doña Julia Calderón, mata de amor a un don Juan lamentable.

II

Pensando en esta conseja
mil veces me he preguntado
si a ti te habrá bautizado
el cura de Torrevieja.

Enternecedora y sumamente irónica es la dolora dedicada al cura de San Miguel de Salinas y a sus feligresas, tan atentas al amor humano. A través de uno de los versos nos enteramos de que la venerada imagen del glorioso arcángel no era de cuerpo entero, sino simplemente un busto. ¡Y qué poder el del diablo en las cuestiones del amor humano! Lo que no se sabe, y habría que saberlo, es si don Ramón, alguna de las pocas veces que se trasladó a la capital del reino de Teodomiro, llegó a ver el grupo escultórico llamado el *Triunfo de la Cruz* que los huertanos siempre llamaron *La Diablesa*, grupo que alguna vez restauró el pilarense Sánchez Lozano tras la guerra civil.

4.1.2. SAN MIGUEL Y EL DIABLO

I

Despertando en sus vecinas
la más piadosa ternura
así les decía el cura
de San Miguel de Salinas.

No retrata a los hombres don Ramón en las iglesias que cita. Mujeres son las que acuden a los servicios religiosos, las que van a la rectoría a que el cura les escriba cartas de amor.

II

La que a Dios quiera ser fiel
que ponga con gran cuidado
sus donativos al lado
del busto de San Miguel

No olvida el que fuera monaguillo, en los tiempos de su niñez, la doctrina cristiana, que comenzaba con el Génesis y la tradición de la lucha entre los arcángeles buenos y los malos. Y atención a la extraordinaria belleza de Luzbel, que se creía tan bello y sabio como el glorioso patrón del pueblo de las Salinas.

Pues cuando el diablo, el dinero
mira a su lado caer,
se llega él mismo a creer
tan santo como el primero.

Jamás olvidéis que Dios
os concede un solo amante,
y que el diablo da, inconstante,
¡más de un novio... y más de dos!

III

¡Más de dos!... El día aquel
tan solo al diablo se honró
pues ningún céntimo cayó
del lado de San Miguel.

Y es que, sin duda, hay vecinas
que en cuestiones de ternura
creen más al diablo que al cura
de San Miguel de Salinas.

4.1.3. ¡QUIÉN SUPIERA ESCRIBIR!

La dolora que compuso —según una parte importante de los críticos— para su amigo don Antonio Puigcerver, el entonces párroco del Pilar de la Horadada, destinada también al amor entre una pilareña y su enamorado, se podría calificar de reivindicativa, al poner resonancia al grito de una analfabeta que deseaba saber escribir para ponerse en contacto con su novio, Ramón, que no sabemos por dónde andaba en aquellos momentos. Qué juego el de don Ramón cuando se habla del beso en la boca de los novios. Qué de melindres los del cura de Pilar de la Horadada. Qué de artificios en los versos. Cómo disfrutaría el amigo Campoamor, irónico y escéptico, pasando por la pluma del cura todo el ser de la muchacha enamorada: el alma, los labios, los oídos, los lindos ojos, la ausencia del amado. Cómo no iba el escritor a tener a las mujeres de su época rendidas en su corazón y con los brazos abiertos a sus poemas.

I

—Escribidme una carta, señor cura.

—Ya sé para quién es.

—¿Sabéis quién es, porque una noche oscura
nos visteis juntos? —Pues.

Una noche oscura los vio el cura, quizá junto a la valla de un huerto cercano a los bancales que tiran para Lo Monte. Quizá debiera haberlos vistos a la luz de la luna.

—Perdonad, mas. —No es extraño ese tropiezo.

La noche... la ocasión...

Dame pluma y papel. Gracias. Empiezo.

«Mi querido Ramón:»

«Una, dos y tres. / Pluma, tintero y papel. / Para escribir una carta.
/ A mi querido Manuel. / La carta le decía: / Saludos para mi tía.» ¡Qué

lástima que la carta no hubiera versado sobre Ramón! Linda canción de cuerda que fortaleció siempre las adorables extremidades inferiores de las chicas del Pilar cuando saltaban a la comba los días de fiesta.

—¿Querido?... Pero en fin, ya lo habéis puesto...

—Si no queréis... —¡Sí, sí!

«¡Qué triste estoy!» ¿No es eso? —Por supuesto.

«¡Qué triste estoy sin ti!»

«Una congoja al empezar, me viene...»

—¿Cómo sabéis mi mal?

—Para un viejo una niña siempre tiene el pecho de cristal.

«¿Qué es sin ti el mundo? Un valle de amargura.

¿Y contigo? Un edén».

—Haced la letra clara, señor cura, que lo entienda bien.

Y el buen cura incluso se adelanta al dictado de la joven.

«El beso aquel que de marchar a punto

te dí... » —¿Cómo sabéis?

—Cuando se va y se viene y se está junto, siempre... no os afrentéis.

«Y si al volver tu afecto no procura tanto me hará sufrir...»

—¿Sufrir y nada más? No, señor cura, ¡que me voy a morir!

Piensa don Antonio, en esas entremedias, mientras moja la pluma en el tintero, en Teodora, la pobre, que se dejó morir de amor por su primo. ¡Pobrecilla!

—¿Morir? ¿Sabéis que es ofender al cielo?

—Pues sí, señor; ¡morir!

—Yo no pongo «morir». —¡Qué hombre de hielo!

¡Quién supiera escribir!

II

¡Señor Rector! ¡Señor Rector! En vano
me queréis complacer,
si no encarnan los signos de la mano
todo el ser de mi ser.

Y es que, al escribir, la mano del cura cómo va a ser una mano enamorada si pende de un cuerpo célibe por vocación.

Escribidle, por Dios, que el alma mía
ya en mí no quiere estar;
que la pena no me ahoga cada día...
porque puedo llorar.

Los labios de la enamorada van hacia el beso en la boca.

Que mis labios, las rosas de su aliento
no se saben abrir;
que olvidan de las rosas el movimiento
a fuerza de sentir.

Los ojos de la enamorada echan en falta los ojos que quiere que la miren.

Que mis ojos, que él tiene por tan bellos,
cargados con mi afán,
como no tienen quien se mire en ellos,
cerrados siempre están.

Qué mal el de la ausencia, sobre el que tanto escribió nuestro poeta Hernández.

Que es, de cuantos tormentos he sufrido,
la ausencia el más atroz,
Que es un perpetuo sueño de mi oído
el eco de su voz...
Que siendo por su causa, ¡el alma mía
goza tanto en sufrir!
Dios mío, ¡cuántas cosas le diría
si supiera escribir!

III

EpÍLOGO

—Pues señor, ¡bravo amor! Copio y concluyo:
«A don Ramón...» En fin
que es inútil saber para esto arguyo
ni el griego ni el latín.

Marciano Zurita, a propósito de esta famosa dolora, nos dice:

El hecho que en ella se relata es rigurosamente cierto. Campoamor, que pasaba grandes temporadas en su hermosa finca «Matamoros» iba algunas tardes a El Pilar de la Horadada, con cuyo párroco tenía estrecha amistad. Llamábase el cura don Antonio Puigcerver y era como nos los pinta en «Los grandes problemas». Un pobre señor, de muy buen corazón, pero de muy pocos alcances, viejecito, humilde y pusilánime... Pues bien, una tarde en que el poeta entró inopinadamente en la rectoral, encontró al señor cura escribiendo una carta que iba dictándole una moza, cuyo novio se hallaba cumpliendo los deberes del servicio militar. Campoamor vio la escena y concibió la dolora, que, al volver a «Matamoros», escribió aquella misma noche, rápidamente, como respondiendo a la inspiración.



El monumento a Campoamor en el Parque del Retiro madrileño consta de tres grupos, realizados por el escultor Coullaut Valera. El grupo representado en la página anterior, en bronce, de pequeño tamaño, escenifica la dolora «¡Quién supiera escribir!».

4.1.4. LA FE DE LAS MUJERES

La población del secano litoral del sur de la provincia de Alicante se fue organizando desde el siglo XVIII en torno a varias parroquias que se consolidaron en el XIX, una vez que pasa definitivamente el peligro que viene del mar. En la investigación en torno a este tema hay que destacar la importancia del libro *Herencias en beneficios del alma. El poder del clero y la ordenación del territorio en el secano litoral del Bajo Segura*, de Gregorio Canales y Remedios Muñoz Hernández. El elemento cohesionador de la instalación humana es la parroquia, dirigida por el cura párroco.

Parte de las doloras y pequeños poemas que el poeta compone desde la Dehesa versan sobre temas protagonizados por curas de los pueblos de los alrededores. Hemos presentado más arriba tres doloras, dedicadas al cura Torrevieja, al de San Miguel de Salinas y al de Pilar de la Horadada. Ahora trataremos de adjudicar la dolora titulada «La fe de las mujeres» a una de esas tres parroquias, que a alguna de ellas parece apuntar. O no. Tratemos de despejar incógnitas a través de la excavación arqueológica de los versos:

LA FE DE LAS MUJERES

Cierto monte por su altura
no dejaba ver el mar
desde la casa del cura
de un lugar.

Bien. Tenemos un monte que obstaculiza la visión del mar desde la rectoría del señor cura, que aspira a contemplar el mar Mediterráneo desde su puesto de trabajo. Y quiere disfrutar de esa maravillosa visión, sobre todo al amanecer, cuando Eos, la diosa de los rosados dedos, llama a todos los mortales a levantarse.

Esta dolora merece una excursión con tres nodos principales. La propuesta que hacemos es montar una salida al estilo de las que hacían los

protagonistas viajeros que aparecen en *Los papeles póstumos del Club Picwick*, amenísima obra debida a la pluma de Charles Dickens. Habría que empezar por un abundante almuerzo huertano o campesino —cuyo eje podría ser una buena sartén de gachas migas—, bien regado con unas buenas jarras de cerveza a eso de las 10 de la mañana, en San Miguel. Recuerdo el poema que se decía por estos lugares, hace más de cien años, una conseja o humorada relacionada con el precepto dominical:

Lo primero y principal:
oír misa y almorzar;
y si corre mucha prisa,
almorzar antes de oír misa.

¿Es posible que se trate del pueblo de San Miguel? ¿Se puede —se podía hace siglo y medio— ver el mar desde la casa del cura? Tras el almuerzo los excursionistas tratarán de enfilar el mar con la vista desde la iglesia, a ver si se descubre el enigma. Me da que no, pero es posible. De todas maneras, preguntando a los naturales tal vez se pueda saber algo más definitivo.

De San Miguel, a Torrevieja. La plaza de la iglesia. ¿Desde la iglesia de la Inmaculada se puede —se podía— ver el mar? Creo que la instalación antigua está fundamentada en el llano, y no hay monte que turbe el deseo de perspectiva marítima que pueda embargar a un cura caprichoso. Pero por preguntar a los lugareños que no quede, que estarán encantados con nuestras investigaciones *in situ*, sobre el terreno. Que el trabajo de campo en antropología etnológica es muy importante para acercarse a la verdad, por modesta que sea. Queda claro que comer se come en la ciudad de la sal. Con un menú dominguero de unos setenta y cinco euros por comensal bastaría.

Por la N-332, al Pilar, en paralelo a la calzada romana por donde iban los romanos de Cartagena hacia Elche, buscando el camino de Fortuna para llegar a este enclave balneario que les aliviase los reumas que producían los exacerbados y húmedos levantes de la ciudad departamental. Buscaremos la plaza, que se ha descrito tan sumariamente, para ver si la aldea buscada era esta. Preguntaremos a los nativos, a los transeúntes, a los residentes. Además de las comprobaciones directas. ¿Es este el lugar buscado? Está claro que en el Pilar toca siesta y una buena merienda-cena, remojada con

un *Lacrima Christi*, o, si se quiere, con un blanco aromático de La Mata, para reponer fuerzas antes de hacer las averiguaciones pertinentes del trazado de la perspectiva hasta el mar.

Para ampliar el horizonte,
con un cuento baladí
transportó el cura aquel monte.

—¿Cómo? —Así:

El cura decide remover el obstáculo para cumplir con sus deseos. El escritor nos cuenta cómo se las ingenió el pastor de almas con sus ovejas para conseguir su empeño.

—A las que una piedra —dijo—
lleven de aquel monte, Dios
les dará a algunas un hijo,
y a otras, dos.

Predica el hombre desde el presbiterio de la iglesia, o desde el púlpito quizá. Y promete fertilidad en unos momentos de gran mortalidad infantil. Preñeces mejoradas por la intervención del poderío de la iglesia acerca de la divinidad.

Hubo mujer diligente
que se llevó de una vez,
no una piedra solamente,
si no diez.

Mano de obra barata movida por la fe. Eran otros tiempos en la evolución de la humanidad. Hoy día no podría un cura predicar semejantes recompensas para las fieles mujeres. Qué respuestas podrían oírse de sus bocas. ¡Qué ansias de maternidad las de algunas, que se pusieron a acarrear piedras a destajo!

Con fe, rubias y morenas,
fueron al monte a buscar
más hijos-piedras que arenas
tiene el mar.

Y es que la fe mueve montañas, como se colige de Mateo XVII: 20. Las rubias, las morenas, incluso las castañas se van en busca de embarazos. Este don Ramón...

Despojando grano a grano
las niñas el monte aquel,
lo pusieron con el llano
a un nivel.

Las mujeres, las niñas que pronto serían mujeres, era su destino, enrasaron el horizonte para solaz del cura del lugar. ¡Ya podía ver el mar! ¡Qué paisaje! Y eso que en aquellos tiempos no había bañistas con bikini —o en cueros— en la playa.

Quizá por eso hay por aquellos contornos, con tanto *monte* y tanta *pedra* rodando por los versos anteriores en donde se besan día y noche el agua y la tierra, una playa que sigue llamándose *Monte Piedra*, e incluso un hotel tiene ese nombre. Pero, primer problema, ese sitio, más que cualquier otro de los pueblos visitados, está en Campoamor.

Perdió el monte su altura,
y al fin vino a resultar
que desde la casa del cura
se vio el mar.

Un deseo cumplido del cura. Pero una fe inducida, *pro domo sua*, por el párroco. Un trabajo de las mujeres del lugar. Un paisaje nuevo. Un incremento de la natalidad, que buena falta hacía. Lo que no sabemos es dónde fueron a parar las piedras. ¿Quizá a la playa que tomó ese nombre? Habrá que investigarlo.

¡Cómo cree con las entrañas
toda mujer, cuando cree,
transporta hasta las montañas
con la fe.

¡Qué tiempos aquellos, diría don Ramón si viviera hoy! Cuántas vueltas sobre la cita del evangelio en que sale lo de la fe y las montañas. Y por cierto, ¿qué cura fue el de Monte Piedra? ¿Cuál era su gracia? ¿Por qué no pone nombre el escritor ni al cura ni al pueblo? ¿Quizá tendríamos que visitar el enclave de La Marquesa?

4.2. PEQUEÑOS POEMAS

Entre los *Pequeños poemas* que se refieren al ámbito geográfico de la Dehesa y los alrededores de esta explorados por Campoamor están *Los grandes problemas* y *Don Juan*:

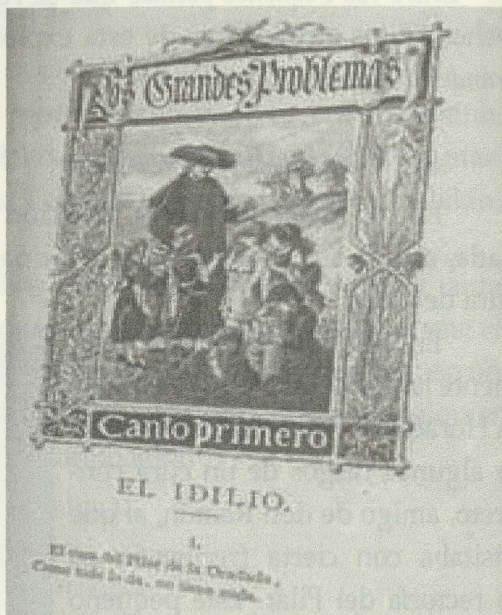
4.2.1. LOS GRANDES PROBLEMAS

En *Los grandes problemas*, la acción se desarrolla en Pilar de la Horadada, siendo sus protagonistas principales Teodora, la protagonista, y el cura del lugar.

En esta obra se retrata vivamente la figura del cura de Pilar de la Horadada. Personaje que presenta algunos rasgos de un cura concreto, amigo de don Ramón, al que visitaba con cierta frecuencia en la rectoría del Pilar. Este pequeño poema, dividido en tres cantos («El idilio», «La égloga» y «La tragedia»), cuenta la historia amorosa de la protagonista a través de sus confesiones con el ascético sacerdote. La primera a los diez años, preciosa evocación de la niña ante el confesonario; la segunda, a los veinte; a los treinta, la tercera. Los temas son el amor, un cierto erotismo, y la muerte. Hay un planteamiento demoledor de la guía espiritual del cura. Irónica y pintoresca descripción del pequeño pueblo del Pilar. Está tratada la obrita como una obra de teatro. Tres actos, dos escenarios: el confesonario y el lecho de muerte de Teodora. Campoamor, que no triunfó como dramaturgo, pese a su mucho empeño, sí lo consiguió con este pequeño poema.



El canto primero comienza caracterizando la personalidad del «cura de Pilar de la Horadada», que «como todo lo da, no tiene nada». Para él lo más grande es el amor a la pobreza evangélica y llevar la paz a los distintos lugares de la parroquia. Es hombre sobrio, de raigambre franciscana. De pureza ascética, que «ve a una mujer, y como puede, escapa / dispuesto desde joven, por ser puro, / a hacer el sacrificio de una capa». Lo del «sacrificio de una capa» ha dado lugar a jugosos y maliciosos comentarios por parte de algunos lectores ilustrados. Reparte almendras a las chiquillas, cuchufletas en las mejillas a los chiquillos y los higos de su higuera a los pobres.



Sigue una parca e irónica descripción del pequeño pueblo: localizado sobre un llano «más grande que la palma de la mano»; muy rural, pues «circulan por las calles las gallinas»; sin igual por sus vecinas —ay la misoginia de don Ramón—; con agua de pozo, que no tiene río la aldea; y con una «iglesia en una plazuela» y una escuela muy chica.

Viene enseguida la confesión, al amanecer, de «la divina Teodora», antes de hacer su primera comunión, «como si fuera una gran pecadora a los diez años». La niña, «que es mujer desde la cuna, / cual todas las mujeres», va llegando a la adolescencia, «y a los diez años, como todas, siente / su inmersión en las brumas de la vida».

Teodora pregunta al confesor «—El dejarse besar ¿es bueno o es malo?», quedando el hombre lleno de confusión, sin saber qué responder. Y le dice que su madrina le ha dicho que besar al primo es pecado, y que su primo le ha dicho que él la habrá de besar «pese a quien pese». Como el chico parece propasarse en lo de los besos, ella trata de escapar de su lado, todos los días, corriendo por toda la casa, «desde la cueva hasta el granero», que «siempre quiere él, señor, yo nunca quiero». Extremos estos de la

confesión que dejan al cura «corrido y colorado», murmurando con rubor: «—¡Primera confesión; primer problema!»

Sigue la práctica del sacramento de la penitencia: va desgranando la chica sus pecados: que «soy inobediente y perezosa»; que sueña que no es hermosa; que le gusta «más correr que ir a la escuela»; que disfruta más con las novelas que con las vidas de los santos; que se siente divina cuando mira a su primo. El cura, «de indulgencia lleno» y con ternura, le dice que todo eso no es malo, pero tampoco bueno, y le recomienda que tenga cordura. La penitencia: «—Ten calma, estudia, y a tu madre imita, / y entrarás sin rodeos en la gloria; / reza una salve, toma agua bendita, / y cómete esta almendra en mi memoria». Un cura ilustrado en la pluma del escritor que, como penitencia, entre otros mandatos, le impone que estudie.

El primer canto termina:

Después supo el obispo de Orihuela,
por cierta confesión de cierta abuela,
de puro religiosa, condenada,
que, faltando a los cánones sagrados,
castiga con almendras los pecados
el cura del Pilar de la Horadada.

El segundo canto es «La égloga». En él se retrata la confesión de Teodora a los veinte años: la madre la quiere casar con un buen partido, pero ella sigue enamorada de su primo, que ya es marino y que le prometió volver. El cura la convence para que se case, que siga los consejos maternos. Veamos el desarrollo del acto penitencial.

Don Ramón hace un precioso retrato de Teodora. Lo que ha ido perdiendo en gracia inocente lo ha ido ganando en gracia pensadora. Le pregunta al cura si no es «una gran locura», a instancia de la madre, casarse con alguien al que ella que no quiere. Pues

¿No es un gran desatino
casar con otro a quien tan solo piensa
en... ya sabéis, mi primo, aquel marino
que tiene el alma como el mar, inmensa?

Su primo está en Londres, «más allá de los montes y los mares».

Las playas saben de mi constante anhelo,
pues sin poderlo remediar, suspiro,
cuando se nubla el horizonte y miro
por el lado del mar cerrarse el cielo.

A Teodora la arrastra el deseo a la playa, donde las olas parecen hablarle de él; incluso imagina que las gaviotas le dicen que lo han visto.

El cura le pregunta si él le ha dado palabra de honor de caballero de amarla y volver. Ella, como un torrente, le responde que sí se lo juró muchas veces: a la puesta del sol, al despuntar la aurora, al mediodía, a la luz de la luna. Y que se lo ha jurado también, en mayo y abril, por todos los jazmines y azucenas; y en verano, por todos los árboles, por los reflejos del agua del río, por todas las arenas del mar.

Pero su madre «quiere que a la fuerza quiera / a un hombre muy de bien, sin gracia alguna, [...] / para darme su mano y su fortuna».

El verlo nada más me da tristeza;
él es bueno, es verdad, si no es hermoso;
tiene favor, honores y riqueza,
talento, juventud y un nombre honroso...
mas, ¡si vierais al otro, señor cura,
con gorra de oro y sable a la cintura!...

La joven pide consejo al pastor de almas: «¿Qué hago, señor, me caso o no me caso?». El cura, mudo, esperando que un Cristo viejo colgado en la pared lo inspire, «por lo bajo entre dientes murmuraba: / —¡Segunda confesión; otro problema!».

Y aparecen —otra vez— la misoginia y los lugares comunes sobre el carácter de las mujeres. El cura, en realidad «un niño venerable», no cae en que Teodora «buscaba, tan sutil como traidora, / en la doblez de sus astutos planes / el apoyo moral del cristianismo». Discuten ardorosamente penitente y penitenciario si Teodora debe hacer lo uno o lo otro. Al final:

—Yo soy muy viva y de ventura ansiosa;
y no queriendo a este hombre, os lo prevengo,
como soy tan fantástica, no tengo
la condición de una excelente esposa.

Mas lo mandan mis padres y adelante;
yo quiero a toda costa ser honrada,
mas no sé si, vivaz y enamorada,
podré ser buena esposa y buena amante...—

A lo que el confesor:

—¡Qué locura, Dios mío, qué locura!
¿No veis que rara vez —le dice el cura—
la vida nos enseña
que esos sueños de niña muy pequeña
los pueda realizar la edad madura?
Moderad el ardor de los sentidos;
¡Teodora, andad despacio,
porque siempre nos ven, desconocidos,
dos ojos desde el fondo del espacio!

Así que:

cual se lleva una oveja al matadero,
pensó el cura ponerla en el camino
de lo justo, lo bueno y verdadero.

Y Teodora

recibió, con la frente prosternada,
la bendición del cura, arrodillada.

«La tragedia» es el canto final. A los treinta años, Teodora está en el lecho de muerte, que se deja morir de amor: ha vuelto su primo al pueblo, ha pecado de pensamiento mas no de obra. Se muere de amor no cumplido. Amar a su marido o amar a su amor. He ahí la cuestión.

Teodora se confiesa con el su cura en su casa, en el lecho de muerte:

—¡Ha venido [...]
aquel hombre a quien amo con locura,
y debo confesaros en conciencia,
que tengo, desde entonces, señor cura,
necesidad de sueños de inocencia!

A lo que aquel le pregunta si es pura todavía su llama. Respuesta: que ella es materialmente virtuosa, pero «solo el alma es culpable, el cuer-

po es puro». Le da ánimos el sacerdote; ella dice que luchará hasta morir. Él luchará con ella, «que no hay grito de dolor que en lo futuro / no tenga al fin por eco una alegría». Insiste en consolarla recordándole la confesión anterior a la primera comunión. A lo que responde Teodora que hace quince años que él, su primo, se marchó. Y que hace veinte que él es el dueño de su alma: «veinte años que pasaron como un sueño». El pobre confesor, confuso, «mira a la enferma con pavor, y en ella / halla una especie de perfil de loca».



—No soy loca, es que estoy enamorada
—siguió la esposa— y lo que quiero, quiero;
vuestra piedad, no vuestra fe reclamo:
si le amo, vivo; si no le amo, muero;
respondedme, ¿qué haré?, ¿le amo o no le amo?

A lo que el cura exclama: «—¡Tercera confesión; tercer problema!...»
Y en su confusión «sangre, en vez de agua, el desdichado suda». Continúa quejándose la penitente moribunda:

—¡O viva en el del otro, señor cura,
o muerta en el hogar de mi marido!
¿Puede un corazón tierno
sufrir eternamente esta cadena?
¿Hay un Dios que nos salva y nos condena,
o eso también es un problema eterno?

Insiste Teodora en sus proposiciones, llenando de zozobra al sacerdote:

—¡Adorarlo o morir, tal es mi suerte!

Y el cura responde:

—Pero pensad en Dios, la hora es sombría;

¡ved que estáis en peligro de la muerte!

Pide la absolución Teodora, decidida a morir como es debido, como Dios manda. Pasan unos momentos de calma aterradora. Se incorpora la protagonista de la cama, alza los brazos:

Estrecha la ilusión de alguna cosa
en medio de la fiebre que la abrasa,

y dice con sonrisa voluptuosa
dejándose caer: —¡Es él que pasa!

Al ver aquel amor inexorable
a su buen Dios el cura inconsolable
la encomienda en sus santas oraciones.

El cura comprende con dolor que es imposible

oponerse a un amante que es querido
y entregarse a un marido que no se ama;
y aunque es algo tarde, a conocer empieza,
que es más fuerte el amor que los deberes,
pues rinde de los hombres la firmeza
y hasta el débil poder de las mujeres.

Muere Teodora. La bendice el cura. Pide el perdón de sus pecados a Dios. Y llora como un niño al pensar que él es, con sus consejos de cura, el responsable de su muerte:

—¡Yo la maté, yo he sido su asesino!—

gritaba el infeliz desesperado,

quejándose de sí como un malvado

que asesina a la vuelta de un camino.

Recapacita, piensa y se justifica:

—¡Hago el bien y suceda lo que quiera!

—dice tranquilo y con la frente erguida.

—¡Entre la muerte y la virtud, que muera,
que es el deber primero que la vida!

Y el pequeño poema termina:

Y el cura del Pilar, sereno, mudo,
rendido el cuerpo y destrozada el alma,
después de un negro batallar tan rudo,
a recoger volvió su santa calma
como recoge el gladiador su escudo.

E. A. Soulére dice de *Los grandes problemas*, en la edición de *Los pequeños poemas* de 1874, a través de unas «Advertencias»:

Los grandes problemas es la historia de una mujer que se confiesa a los diez años, a los veinte y a los treinta, y cuyas tres confesiones, reducidas a tres dudas o preguntas, abarcan los grandes problemas hacia los cuales convergen todos los demás problemas de la vida humana. Más que la historia de una mujer, es la historia de todas las mujeres. ¡Cuántas, al leerle, irán recordando las inocentes dudas y las tiernas emociones de su infancia! Y ¡cuántas, también, sumidas en ese mar de dudas que lleva siempre consigo la lucha entre los afectos del alma y los consejos de la razón, sentirán desfallecer su ánimo al contemplar el trágico fin de la heroína de este poema! Está desarrollado su asunto con una delicadeza tal de sentimiento, y es tan distinta la forma en que sus tres cantos se hallan escritos, que parece empezado por Samaniego, seguido por Byron y terminado por Goethe.

4.2.2. DON JUAN

En Don Juan parte de la acción transcurre en Matamoros. El escritor, que encuentra, en las postrimerías de su vida, a un don Juan viejo y bebedor, con las articulaciones hechas cisco por los amores, la edad, y el levante, viviendo de cogerza en cogerza en Cartagena —parece que manda un recado a los cartageneros por algún motivo que se nos escapa—, lo lleva a morir a una cueva de su propiedad y, además, a morir de amor, como corresponde a tan amante personaje.

Hay que decir que don Ramón fue contemporáneo y amigo de Zorrilla, poeta que también cumplió el II Centenario de su nacimiento en el año

2017. Sabido es que la obra más conocida de Zorrilla es *Don Juan Tenorio*. Y Campoamor trata, se puede presumir, con su pequeño poema, de dar cierta réplica al Tenorio del vallisoletano, aunque nunca, a lo largo del pequeño poema, cita ni al *Tenorio* ni a don José. A través de su obra nos hace llegar su ironía, el escepticismo, el humor, la crítica, cierta misoginia, el prosaísmo, los tópicos de los tipos femeninos nacionales, el lenguaje popular y, a veces, ripios manifiestos y ostensibles.

De los personajes que Lord Byron hace desfilar por su obra nuestro escritor toma para su asunto al protagonista principal y a doña Julia, su primer amor, ambos andaluces y, por más señas, sevillanos. Las otras cuatro amantes de don Juan son la italiana Catalina Ariosto, la inglesa Fanny Moore, la alemana Margarita Goethe y la francesa Luisa Chenier: seguramente un homenaje de Campoamor a la literatura europea al poner como apellidos de las féminas los de famosos escritores europeos.

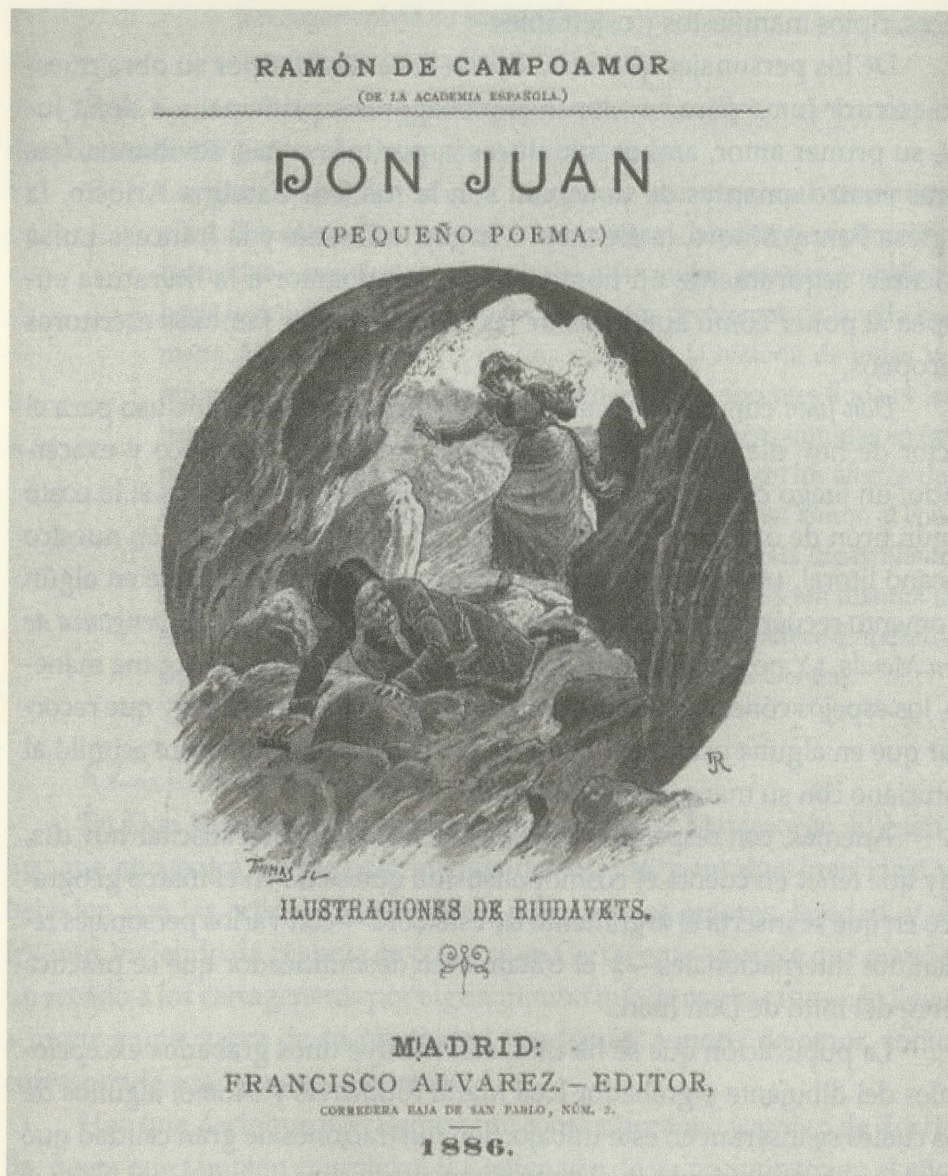
Don Juan cumple con varias condiciones interesantes incluso para el lector de hoy día: un argumento original, un humor escéptico y exacerbado, un juego con alguna de las postrimerías que no sabemos si le costó algún tirón de orejas de la iglesia oficial, un escenario concreto en nuestro secano litoral, unos versos contundentes y ripiosos a veces, que en algún momento recuerdan vagamente los ripios de la astracanada *La venganza de don Mendo*. ¿Y no preludia este don Juan de Campoamor, de alguna manera, los espejos cóncavos de los esperpentos de Valle-Inclán? Hay que recordar que en alguna ocasión el autor de *Los cuernos de don Friolera* asimiló al asturiano con su marqués de Bradomín.

Además, con respecto a las expectativas que pueda suscitar hoy día, hay que tener en cuenta el cosmopolitismo que se da en el marco geográfico en que se inserta el argumento de esta obra —con varios personajes femeninos internacionales— y el tratamiento desmitificador que se practica sobre del mito de Don Juan.

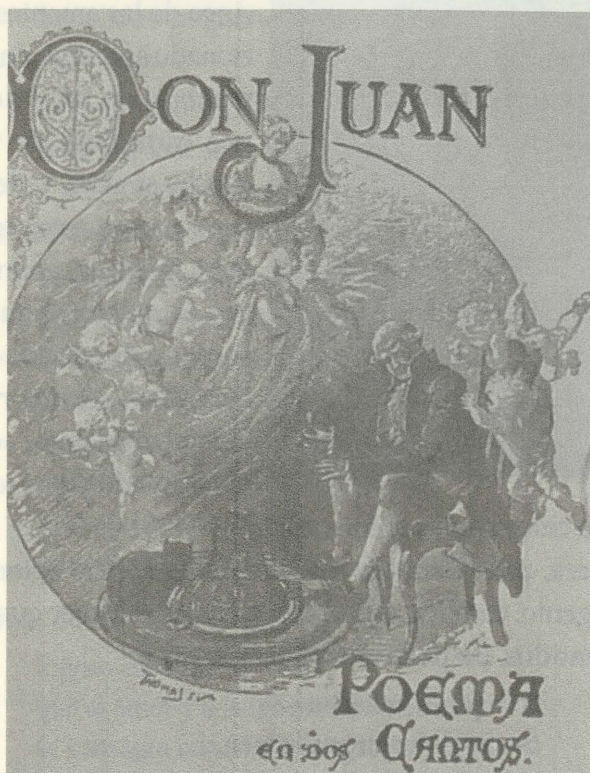
La publicación que se ha utilizado incluye unos grabados excepcionales del dibujante y grabador José María Riudavets y Monjó, algunos de los cuales se insertan en este trabajo. Son ilustraciones de gran calidad que ayudan al lector a entrar en el texto campoamoriano.

El grabado de la portada del libro nos muestra la entrada de Doña Julia a la cueva donde se esconde Don Juan. La concepción de la escena representada parece inspirarse, en cuanto a la iluminación, en el cuadro *La Virgen de la Rocas* de Leonardo da Vinci.

La portada interior representa, vestido a la moda dieciochesca, a don Juan en su retiro cartagenero recordando a cinco de sus amantes, entre va-



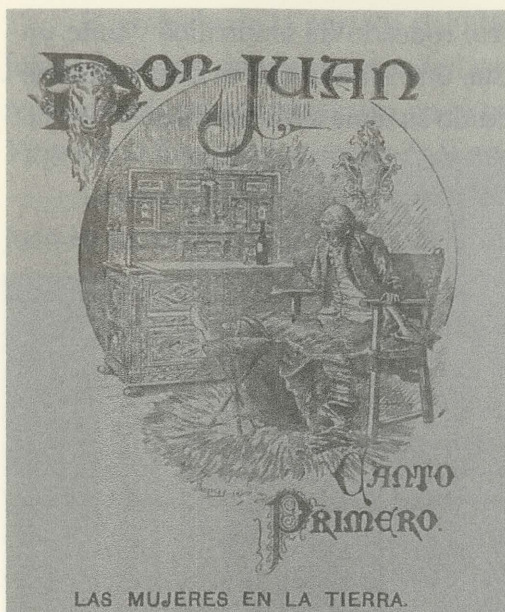
pores alcohólicos, al calor del brasero, rodeado de amorcillos y ante un gato negro. En la cara del protagonista, una mirada que se diría maléfica, una mirada del Fausto que ya ha vendido su alma a Mefistófeles.



La primera parte de Don Juan: «Las mujeres en la tierra», empieza así:

Cuando Don Juan de Byron se hizo viejo,
pasó una vida de aprensiones llena,
mirándose la lengua en un espejo,
prisionero de reuma en Cartagena.

Este gran desertor de las orgías
conoce, al fin de sus postreros días,
que, conforme envejece,
sin ser más respetable, es más risible,
porque es lo más alegre, en lo terrible,
ver a un antiguo Adonis que encanece.



Melancólico y borracho en su residencia cartagenera, quiere despedirse, «con cuatro flores», de cinco de las amantes que ha coleccionado a lo largo de su vida, cuyos nombres no ha olvidado. Redacta una carta llena de ternura recordando amores y describiendo su pena por no estar con ellas. Entre otras lindezas, apunta: «lo mucho que te quiero», «que era tu amor el centro de mi vida», «me mata tu ausencia», «el dolor de no verte», «fuente de amor», «el ser que más te ha amado y que te ama».

Y escribe cinco copias idénticas.

La primera, para Catalina Ariosto, italiana, pelo color de azabache, pagana por ingenio, católica, apostólica y romana. Mujer que rinde culto al amor de los sentidos, un poco atea al acostarse.

Aunque es anhelante
no dirige suspiros a la luna,
es capaz, en un caso interesante,
de abandonar su casa y su fortuna
por seguir a los montes a un amante.

La segunda copia es para Fanny Moore, inglesa que no quiso marido «después de que por Don Juan hubo sabido / que las lunas de miel no son eternas». Una mujer que, a los quince años, se hizo byroniana. Su personalidad:

Alta, seca, angulosa de estructura,
glacial y de linfática blancura,
con tono magistral y algo altanera,
aspirando a ser cuákera en lo austera,
una infanta de España parecía.

Retrato que parece una puyita la del autor a una institutriz inglesa —de nombre Fanny— de las infantas doña Eulalia y doña Isabel. Y es que el escritor era amigo y devoto de Isabel II, ya en el exilio en aquellos momentos en que redactaba el pequeño poema. Termina la descripción de la Moore con estos tres versos:

Después que a envejecer empieza,
la virtud se le sube a la cabeza
y siente congestiones religiosas.

La tercera carta, para la española:

El ingenio después Don Juan aguza
para escribir con letra más galana
a Julia Calderón, que era andaluza,
y va lo más grave, sevillana;
que, de los quince en los primeros meses,
ya amó para casarse al fin del año,
y, lo que es más extraño,
que encantó a los catorce a dos ingleses.

La sevillana, de

fogoso corazón
que al amor y a la iglesia juntamente
se consagra con celo infatigable,
[...] por irse con Don Juan, yo no sé dónde,
dejó de ser mujer de su marido.

Alma sensible, caprichosa y amante. No llegaba a ser mala: leal a sus nuevos amigos, todos le perdonan sus traiciones.

El retrato de la andaluza se completa con adornos de azahares de un patio de Sevilla:

Con flores de naranjo en la cabeza,
la produce el azahar vértigos tales,
que, enemiga de amores ideales,
habla en ella esa gran naturaleza
que impele a hacer mil cosas naturales.

La cuarta copia la envía a la teutona:

A Margarita Goethe escribió luego;
una alemana hermosa,
muy sabia y muy curiosa,
repleta de latín, llena de griego;
un serafín de Rubens colorado,
de ojos azules, que el candor agranda,

Vamos,

una hermosa princesa palatina
que hace sudar al verla tan obesa.

La mujer, al ver a don Juan desde un convento,
y como era su guía el sentimiento,
llegó a lo real por medio de ilusiones.

Hija octava de una flamenca agricultora
que echo tierra en la boca de un amante
para criar tulipanes en ella.

Mujer que

llegó a tener diez hijos en ocho años,
con la mayor serenidad del mundo.

Qué manera de meterse con la proverbial fecundidad alemana.



La quinta misiva va para Luisa Chenier, «mujer amante»,
que pone seductora
en relación lo bello y lo elegante;
y que, aunque algo chafada por delante,
es, vista de perfil, encantadora.

Qué ironía con lo de «algo chafada por delante». Consigue que su voz, entre de mujer y de ave, sea la apropiadaa en cada situación. Su encantadora personalidad es tal que:

Pues, con gracia, y graciosa para todos,
va causando un motín por donde pasa.
Baila con arte, y charla por los codos.
Vivaracha y afable,
y ubicua y perspicaz, hace en su casa
los honores con gracia inimitable.

Termina el autor, con técnica impresionista, de dar las pinceladas al retrato de la francesa: pérfida, melindrosa, contradictoria, encantadora y ligera de cascos, se hace la inocente. Y concluye:

Caza, pinta, enamora, ríe y canta;
y artista de placer, de ingenio llena,
con astucia discurre
que más que un Juan que desdeñado pena
sufre un Don Juan que hastiado se aburre.

Pero ¿qué ocurre cuando las cinco cartas ya han sido escritas?

Y después que Don Juan remitió artero
las cinco copias a las cinco bellas,
exclamó placentero:

—Ya he cumplido con ellas.

Y a su oficio volvió de caballero,
que era hace tiempo el de vaciar botellas.
A impulsos del Montilla que le inflama,
cayó cual un cadáver en el hoyo,
y al fin del mes se despertó en la cama
como un Baco en el medio de un arroyo.

Al despertar se encuentra con que sus cinco amantes le han respondido. Positivamente. Las cinco le anuncian su visita. Y el viejo galán se asusta ante lo que se le viene encima.

Pero la inglesa, la italiana, la francesa y la alemana se retrasan.

La italiana tiene un encuentro amoroso durante el viaje que la lleva hacia su viejo amor.

Todo el mundo asegura
que en un lugar a Castellón vecino,
se detuvo a mirar a un campesino
que era igual a un Apolo en la figura.

Se solaza Campoamor en estos versos, quizá recordando su jefatura política en la ciudad de la Plana, antes de pasar al viaje de la inglesa:

La inglesa,
mujer de distinción y de modales,
aunque ya no es muy joven, todavía
quiere tener encuentros infernales.

Por ello,

a un joven e incrédulo marino
que encontró en el camino,
silbando inglés le enseña a ser cristiano.

Válgame Dios, ¿cómo se puede enseñar a ser cristiano silbando en inglés? ¿Quizá el marino era el primo de Teodora que volvía hacia el Pilar?

La francesa, por su parte, en su viaje:
se encontró con el caso extraordinario
de que hirió a un oficial un bandolero,
y ella al bandido desarmó primero,
y al oficial después curó la herida.

¿Homenaje a don José de la Carmen de Merimée? ¿O una referencia mínima a un bandolero tan español como Jaime Alfonso el Barbudo?

Muy detrás de la inglesa y la italiana
camina la alemana
leyendo un gran latino, y hasta creo

que estudiando botánica en Linneo.
Y al llegar a Valencia,
la ciudad de más ciencia
en materia de rosas y de amores,
se detuvo a estudiar filosofía
con un joven muy docto, que sabía
que un musgo es una pléyade de flores.

¿Estaría, con este canto a Valencia, recordando el escritor su periplo político por las tres provincias del antiguo reino de Valencia, cosa que siempre le trajo buenos recuerdos?

Asustado Don Juan ante la llegada anunciada de sus cinco amantes emprende la huida, pues ya no estaba el hombre para trotes y retozos amorosos.

Y lo mismo que el que huye de una hiena,
abandona Don Juan a Cartagena
con la esperanza vana
de que ninguna en su excursión le siga;
pero Julia, ardorosa y sevillana,
era española, y la nobleza obliga;
y le sigue, y le sigue, y entretanto
que ella corre eficaz tras el amante,
él, escapando de ella con espanto,
mientras mira hacia atrás, sigue adelante.

Caminando Don Juan sin rumbo cierto,
vio a la derecha el sol, y ya orientado,
de Torrevieja hacia el estéril puerto
por el terror llevado,
corrió como escapado
lo mismo que Mazeppa hacia el desierto.

Y con la prisa y el terror de un ciervo,
cruzó del Pinatar la antigua aldea,
y al llegar por la Rambla de la Glea
a la Peña del Cuervo,
Don Juan, ya fatigado,
respira, toma aliento,

después, apoyado
contra el tronco de un árbol corpulento,
digno de ser por Títiro cantado,
no lejos del edén de Matamoros.

El fugitivo ve una cueva, «en la que enterró el diablo / al último rey
godo y sus tesoros». Y en ella se esconde.

Julia a la cueva se asomó entretanto
por cima de una loma.

Y antes, mucho antes, de que don Juan la viese,
con furia le da abrazos y le besa
con la gracia del tigre que extendiese
las garras por encima de la presa.

Al ver amor tan tierno,
Don Juan contiene por vergüenza el lloro,
y con dolor —¡Misericordia!, exclama.
Y Julia repitiéndole —¡Te adoro!
le envuelve de sus ojos en la llama,
y con piedad inmensa
con los labios cubriéndole la boca,
su último aliento aspira, y le sofoca;
y Don Juan sofocado
dirige al cielo una mirada extensa,
y por Julia, al morir acariciado,
de su amor le dedica en recompensa
una lúgubre sonrisa de forzado.

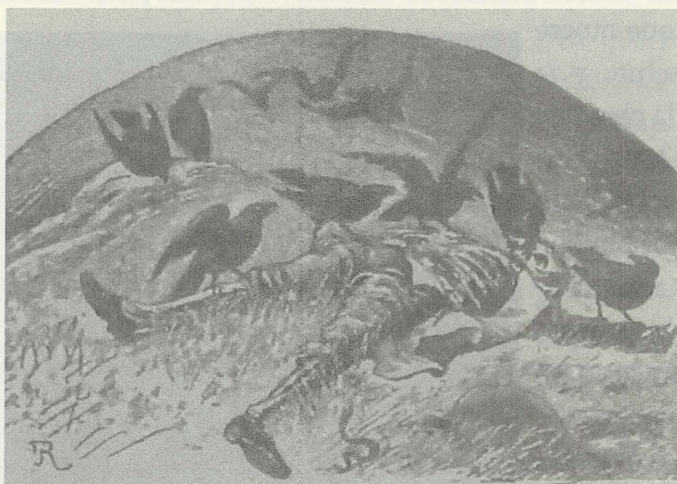
La pobre Julia luego,
por un impulso de cariño extraño,
le dio un beso de fuego
que matándole al fin le hizo un gran daño.

La fogosa amante se marchó del lugar, muy lejos, viajando mucho
hasta que un día
pensando en sus amores,
broto de su tristeza la alegría
como se crían en las tumbas flores.

Una vez muerto el protagonista,

Con respecto a Don Juan no pasó nada
solo se habló del tético homicidio
de un cierto inglés a quien mató el fastidio,
de un barranco a la entrada;
y como, por las señas,
era, más bien que un loco,
un bribón escapado de presidio,
ninguno fue a llorarle, ni tampoco
su cadáver sacó de entre las breñas,
al cual se le comieron poco a poco
las aves que habitaban en las peñas.

Muerto el gran amador, de puro amado,
fue por su mala suerte
comido por los cuervos y olvidado...



Y así termina «Las mujeres en la tierra», la primera parte de Don Juan.

Pero antes de seguir hay que matizar algo.

En el final de canto anterior, ante los huesos de Don Juan, el autor —que hace con sus criaturas lo que le viene en gana—, ha hablado de que el muerto era un inglés. Y no, señor don Ramón, el protagonista era un español, sevillano y andaluz por más señas. El inglés era el amigo Byron.

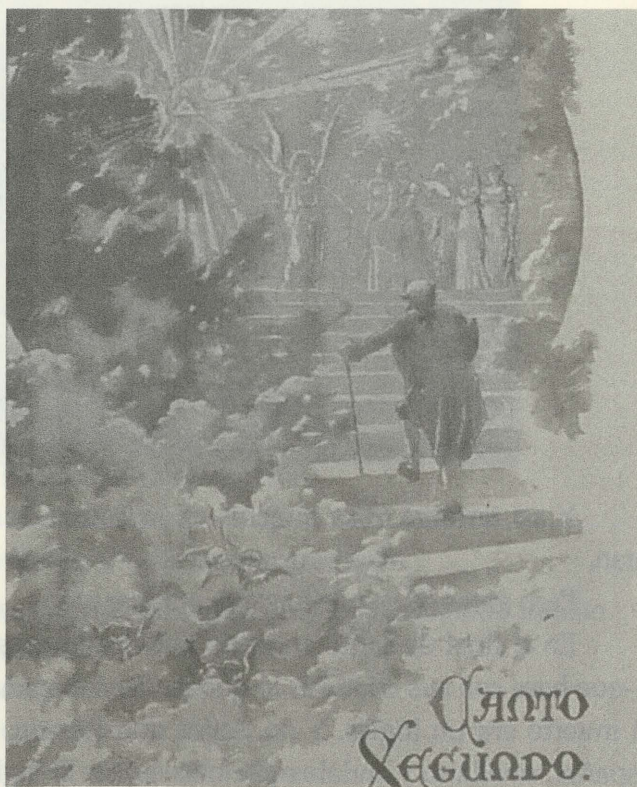
¿Quiso el escritor que el Lord —al fin y al cabo un don Juan— muriera de amor en una cueva de la heredad de Matamoros olvidando que murió por el beso mortal de la libertad y la fama en Mesolongi?

Don Juan, que huía de sus amantes, a las que había convocado desde su melopea amontillada de Cartagena, acaba sus días en Matamoros, muerto de amor, de muerte dulce a besos y a abrazos de Julia, su primera pasión, que tanto lo quería. Los cuervos, las alimañas mamíferas, los reptiles y los sapos dan buena cuenta de sus restos. Sus huesos quedan esparcidos por un barranco cercano, insepultos. Es posible que, si vamos por allí, encontremos alguna falangina, incluso alguna falange, si es que el voraz proceso urbanístico no enterró los huesos del muerto per sécula seculorum.

La segunda parte, «Las mujeres en el cielo», muy divertida, escéptica, mordaz y misógina, es tan interesante como la primera, pero ahora continúa la acción del drama en el más allá, en la antesala del cielo y del infierno.

Se podrían relacionar el tema del amor carnal que ocurre dentro de la cueva en que muere el dandi disoluto y la metáfora de la obra que desarrolla Doris Lessing en *La grieta*. Pero no, no sigamos por ahí, vayamos al tema titular. Fin de la primera parte «Las mujeres en la tierra». Comienza la segunda «Las mujeres en el cielo».

Campoamor diseña una historia que se gesta en la entrada al cielo, cerca de la bajada al infierno. Miles de años lo contemplan en la tradición litera-



ria, desde la Biblia hasta Fausto, desde la religión y la mitología clásicas hasta la teosofía, pasando por Dante. Es posible que alguno de los curas del secano litoral reconviniera a don Ramón por la osadía de su narración sobre los novísimos, sobre las escatologías personales de don Juan y sus amantes. No parece que fuera el cura de Torrevieja, que escatimaba el agua en los bautizos y además utilizaba pequeñas conchas de almeja —sinónimo marinero y venéreo del órgano genital femenino, como de todos es sabido— para la administración del primer sacramento.

El cura de Pilar de la Horadada estaba más atento a remediar a los pobres que a mantener disquisiciones sobre aspectos celestiales, por lo que parece que se puede descartar que amonestara siquiera levemente a don Ramón. Quizá fue el cura de San Miguel de Salinas el que, en una visita que hizo a la Dehesa, conversó con el propietario y deslizó ciertas reprimendas sobre la conveniencia o no de hablar tanto de las cosas sobre las que los católicos debían tener solo *fides*. Además, de manera irónica, también le es-



petó que, según la tradición, no era un ángel cualquiera el que pesaba las almas, sino el arcángel específico, leñes, el mismísimo y glorioso arcángel San Miguel, heredero del dios Anubis, que era un maestro en pesar los corazones de los difuntos. San Miguel, vamos, el titular de su parroquia.

«Muerto Don Juan y muertas ellas», un ángel pesa las almas de las féminas en el vestíbulo del cielo,

un cielo que a buen seguro estaba sobre la vertical de la Vega Baja, quizá por encima de Oleza, la ciudad del seminario —grande y alto— con la mayor concentración de iglesias y monasterios de la provincia de Alicante. El ángel portero ve que, por lo que se refiere a las cinco amantes, el platillo del bien puede más que el del mal y les promete la gloria. No es este el caso de Don Juan, quien sabe que «sus muchos pecados» lo pintan como un ser abominable. Pero el muy taimado espera que sus mujeres, que lo han amado tanto, le abran el paraíso a base de más amor. Sus amantes piden a Dios que salve el alma del bribón. El ser supremo accede a que sea redimido por los méritos de las mujeres.

La italiana, Catalina, echa méritos al platillo positivo del amado: no haber cantado una canción picante que aprendió de joven, las penas que sufrió en su vida, haber hecho caso a sus mayores.

Margarita Goethe ofrece que siempre aguló el vino, que sacrificó el placer a la belleza, que fue monja de clausura.

Luisa Chenier, la francesa, aporta el trabajo de quitarse años, preferir el dinero a Apolo, seguir amando los huesos de su marido.

La Fanny Moore añade el recuerdo de un amante al que no amaba, un libro de exorcismos que había escrito, y el mentir poco sobre su edad.

Pero faltaban méritos.

Mirando Julia el invencible peso
que el alma inicua de Don Juan hacía, [...]
como ama con fe todo lo que ama, [...]
al mirar a su amante condenado,
pensando en su ternura del pasado
calcula resignada que ir por él condenada
al infierno es preciso...
Mas ¿qué importa? Para ella el paraíso
es ser bella, amar y ser amada.

Y se arroja en cuerpo y alma al platillo. La española —que cuando besa, besa de verdad—, perdiendo su alma, redime al caballero. El cielo se enternece al ver cómo cae la inocente en el abismo del amor para salvar al miserable. Al sacrificarse, Julia lanza a sus rivales una mirada altiva, que las deja «como heridas del rayo, mirándola de soslayo». La francesa la mira

con envidia. La inglesa dice *veriwell, veriwell*. Calla humillada la italiana. La teutona queda admirada. Don Juan exclama: «¡Si yo fuera mujer haría lo mismo!».

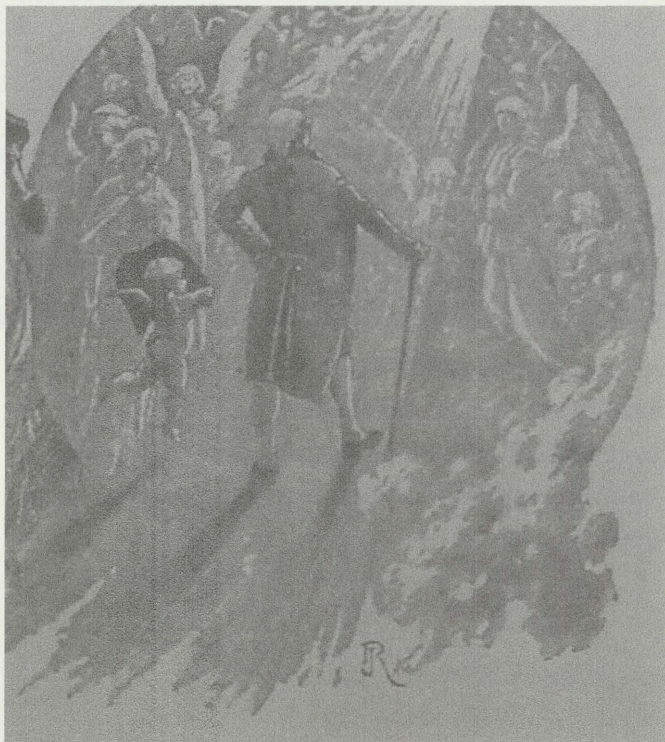
Julia está tan divina en esos momentos que despierta los celos de las otras. Catalina lanza hondos suspiros. Fanny sonríe amargamente. Margarita llora inmóvil. Luisa amenaza: ella mató una vez a una rival. Las cuatro murmuran: Julia tiene los ojos desiguales, se va al infierno por fingirse santa.

Don Ramón, un tantico misógino, reflexiona en este punto sobre tópicos referidos a las mujeres, al estilo del Arcipreste de Hita y del de Talavera: que si los celos, que si la humillación de las rivales, que si las mujeres se ocupan más de las mujeres que de los hombres.

Don Juan, tranquilo,
dos lágrimas soltó de cocodrilo.

Mira entorno suyo cínicamente, muy ufano de sí mismo, y entra en el cielo, insensible a la mirada que le lanza doña Julia, dándole ostensiblemente la espalda. Retadoramente dice, con su mirada: «¡Soy Don Juan!, ¡Sonad clarines!» La española contiene su llanto, casi loca. Tras Don Juan entran las otras cuatro amantes, con rabia en el corazón y lágrimas en los ojos.

Y cuando Julia pierde de vista al galán, sale de la gloria la madre Eva y la abraza, diciéndole «Eres tan hija mía».





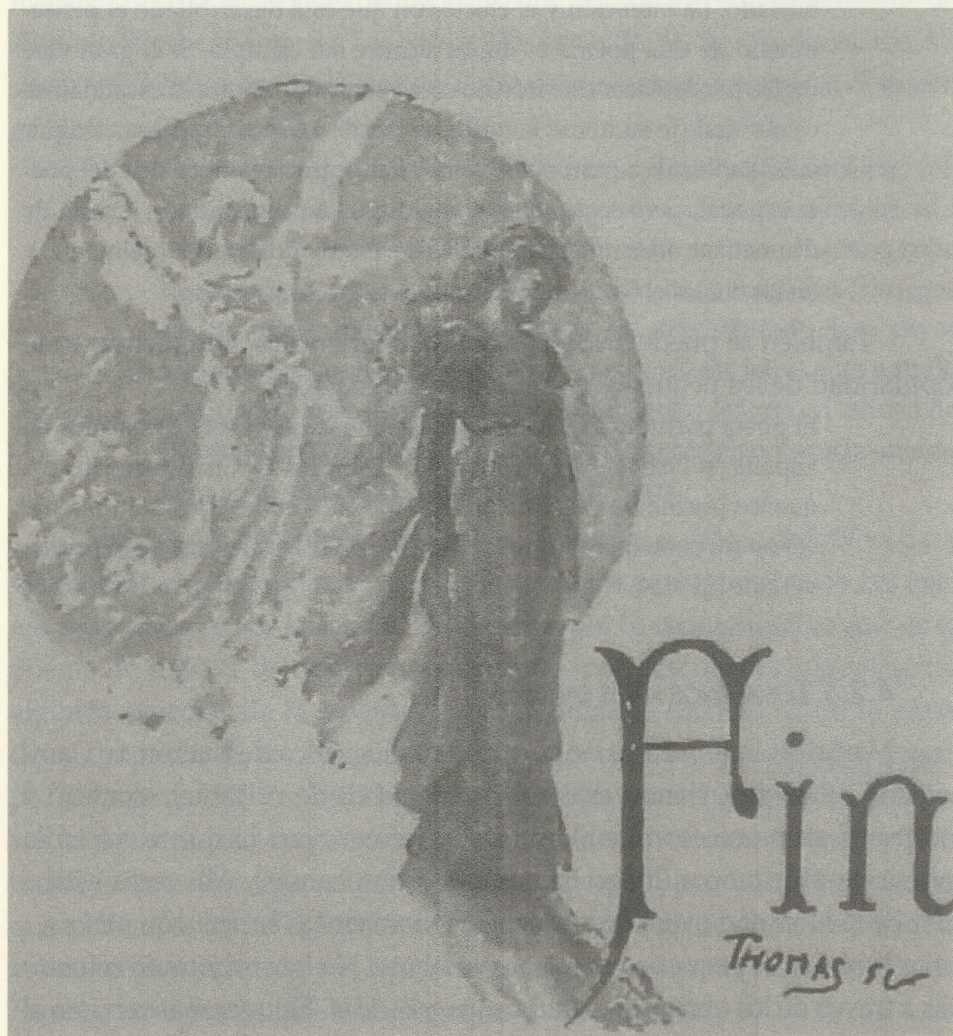
Todo el empíreo suspira por el alma desterrada, de la que dimana una luz apocalíptica. Y Julia, altiva, el velo sobre la frente, por la vía de su calvario recoge delicadamente su vestido de luz. Un serafín, llorando, le muestra el camino, empuñando una espada de fuego. La luz acaba en palidez de estrella.

Y quedándose fueron ellos y ella,
los unos en la luz y ella en la sombra.

Fin. ¿Qué espera Orihuela en pleno, pueblo con el ayuntamiento bajo maza, sea del color que sea, para agradecer esta pieza única, este pequeño poema, para patentizar, exponer, mostrar, republicar el regalo que les hizo el asturiano? ¿Es la literatura una parte del patrimonio de las gentes, de los paisajes, de los pueblos, de las ciudades?

El mismo E. A. Soulère de las «Advertencias» anteriores escribe:

El cuarto poema de esta colección, es el *Don Juan*, uno de los más originales, y acaso el que está escrito con más desenfado por su autor. Alguna extrañeza, y lo hacemos notar de propósito, producirá tal



vez el sitio elegido para la acción del segundo canto, que se desarrolla, no en el cielo, sino en el vestíbulo del cielo; pero, a los que así piensen, les diremos que, respetando la moral, en materias de arte, el arte es lo primero.

No se ha podido hacer una sátira más descarada contra el sentido moral del género humano, que el don Juan de Byron; ni se puede ridiculizar a este personaje con más originalidad que lo hace el Sr. Campoamor. Nuestro poeta coge a D. Juan ya viejo, lo mata ignominiosamente de puro amado, y le hace entrar en el cielo, por desprecio, redimido por una de aquellas mujeres a quienes siempre había burlado. La intención y el chiste con que está desarrollado el pensamiento de este poema es de un alcance sin ejemplo. Si el gran vate inglés pudiese leer este irónico castigo lanzado contra la escandalosa celebridad de su héroe favorito, es posible que no quisiera cambiar la brillantez de su estilo por la inimitable gracia y morbidez del poeta español, pero seguramente envidiaría la originalidad y el arte de dramatizar un asunto, cualidades de que Byron carecía totalmente, y en las cuales el Sr. Campoamor es maestro consumado.

También se puede leer en dichas «Advertencias», insistiendo en la popularidad de los pequeños poemas de Campoamor:

El poeta portugués Feliciano del Castillo le escribía al embajador de España en Lisboa, Ángel Fernández de los Ríos: «Cuando leo los pequeños poemas, a pesar de mis setenta años cumplidos, siento renacer en mi corazón todos los ardores y todas las alegrías de la primavera de mi vida.»

4.2.3. LOS BUENOS Y LOS SABIOS

Marta Palenque, en su «Apunte biobibliográfico de Ramón de Campoamor», dice que, siendo este gobernador civil de Alicante, «conoció y contrajo matrimonio con Guillermina O'Gorman, con la que vivió en la dehesa de Matamoros (luego llamada de Campoamor). Allí cerca estaba Pilar de la Horadada, que después mencionará en *Los buenos y los sabios*».

He leído el pequeño poema atentamente. No he encontrado referencias a través de los versos que aludan a su *pilaridad*. El lugar más cercano al

Pilar por donde pasan algunos de los personajes es la costa mediterránea desde Gibraltar a Altea o Gandía, en navegación de cabotaje. Aunque quizá pudiera ser que la aldea natal del Juan *el Bueno* y su hermano Pedro *el Sabio* sea el Pilar, y que del Pilar sean también el cura —otra vez un cura—, así como Maruja, la novia de Juan, que se transformará en María cuando herede a su tío, indiano rico de la Habana.

Pero no, no aparenta ser el Pilar la aldea natal del héroe de Campoamor. Sus apellidos parecen de Asturias. Maruja, la novia de Juan tiene un tío indiano, y en Asturias había indianos, pero en el Pilar creo que no. Además, insistiendo en la lectura del pequeño poema, me voy a la «Carta-prólogo» de Antonio Sánchez Moguel a *Los buenos y los sabios* (R. de, Sevilla, Francisco Álvarez y Cía Editores, 1881), donde, entre otras cosas, dice respecto al marco geográfico en que nació el bueno de Juan Fernández Palomino:

Para llevar usted, a cabo, querido amigo, esta obra, consecuente con su sistema, no ha ido a colocar la escena en apartados tiempos, ni a escoger entre los Dioses, Reyes, Caballeros o señores el protagonista de su poema. Lo ha buscado en el pueblo, entre humildes labriegos de sus natales montañas de Asturias, esa desventurada clase, cuyos hijos no podían figurar antes en el campo de las letras sino a título de Criados, Escuderos o Lacayos de hidalgos o señores en calidad de pícaros, bobos o graciosos, nunca en primer término y mucho menos como personificación del bien sobre la tierra.

Una argumentación la de Sánchez Moguel que parece definitiva para vislumbrar el paisaje natal y el paisanaje de los protagonistas de *Los buenos y los sabios*. Y por la calidad de la pieza, por lo representativo que es el poema de todo el sistema campoamoriano, por describir magistralmente algunos aspectos de la *sangilada*, porque quizá lo escribió sobre la mesa de su despacho de la casona de la Dehesa, porque seguramente vio pasar por delante de la Torre de la Horadada la barca contrabandista de Nelo en sus idas y venidas juntamente con Roseta, por todo esto creemos oportuno incidir sobre esta obra señera de Campoamor. Un pequeño poema en el que podemos ver su escepticismo, la desesperanza, las ideas metafísicas, sus conceptos políticos, sus lapidarios juicios, y una parte de la historia de España, tan agitada, de los años en que vivió el escritor.

Los buenos y los sabios discurre a través de cinco cantos, como se verá a continuación.

CANTO PRIMERO. JUAN FERNÁNDEZ

Pedro Fernández Palomino es llamado a quintas. Consigue que su buen hermano Juan —el protagonista—, de «buen corazón» y «buen labrador» ocupe su lugar, aconsejado por los padres. Y es que Pedro tenía ambición de saber y de fama. El cura, el alguacil, el cirujano ven correcto el cambio. El cura cree que Pedro es puro de alma y que será buen médico, pues a eso quiere dedicarse; es decir, quiere ser sabio, aunque es un falso modesto, mal estudiante, ateo y bellaco, como sabe bien el narrador omnisciente.

Juan, en cambio, es bueno, trabajador, corto, huraño. Labra con las mulas, pastorea el ganado. Es sobrio y rústico en el comer. Y «prescinde del deseo, la ilusión, el oro, la gloria». Maruja, la novia de Juan, es gorda, se pone cerezas en las orejas, a guisa de pendientes, que a continuación se come. Alegre, basta, rústica, con mofletes del color de la leche y la granada. Juan la ama de corazón.

Pedro le dice a Juan que, para ser soldado debe tener como divisa despreciar la vida. El cura le echa un sermón. El padre le da buenas razones para el cambio efectuado con su hermano.

Solo un viejo pastor exguerrillero,
sacó, rompiendo en llanto,
dos monedas gastadas por el canto,
de un bolsillo de cuero
y —Toma, Juan —le dijo—,
no te doy más, porque ya sabes, hijo,
que es cobarde un soldado con dinero.

Se va el bueno de Juan, sin que a nadie le preocupe su suerte: «y es que, según el cura, / era tan bueno Juan que daba risa». Al atardecer, desde una cumbre, oye que en su casa hay como una bulla alegre. Vuelve sobre sus pasos. Desde la puerta ve que su familia se reía de su marcha. Se abraza, con lágrimas en los ojos, al sauce llorón que había en la puerta de la casa, bajo el que seestean «seis gallinas, un gallo y un cordero». Despedido

por el árbol amigo, el desdichado Juan se marcha a ser soldado. Conoce la tristeza. Maldice. Se arrepiente, saca la estampa de un san Bartolomé. Pasa dolorido por la casa de Maruja.

Se marcha cabizbajo, triste. El escritor no se priva, al final del primer canto, de concluir una moraleja: «¿Quién sabe más, los buenos o los malos? / ¡En el día del juicio lo veremos!».

CANTO SEGUNDO. JUAN SOLDADO

Juan vuelve laureado de la guerra contra el moro, condecorado con cinco cruces. Pedro Antonio de Alarcón resaltó su bizarría y su humanidad en el combate. Retorna dichoso sin darse cuenta de que «toda la gloria militar del mundo / no vale ni la vida de un ranchero». El narrador, un poco engreído de su superioridad, fustiga la fama del protagonista haciéndole decir de sí mismo: «Tengo el honor de despreciar la gloria».

Cuando vuelve Juan, Pedro ya es cirujano. El padre está embelesado, «y no falta en la aldea quien opina / que la madre murió de gozo loca / de pensar que era Pedro en Medicina / un Cortezo, un Corral, o un Sánchez de Toca». El cura comprueba la nobleza hidalga de Pedro, que salió «de una nube muy oscura». El maestro averigua «que su décima abuela / tuvo un poco que ver con dos cruzados».

Juan, analfabeto, no había escrito a Maruja. Y no se había enterado de que el tío de la Habana había fallecido dejándola heredera, con lo cual, Maruja pasó a ser María. Pedro aprovecha la ocasión para casarse con ella, aunque «no era hermosa». Todos los detalles del casamiento se los cuenta a Juan un quinto de Sevilla. Juan queda confuso y angustiado. Echa a andar «como un pájaro atontado». Cae, se golpea en la cabeza. Es trasladado a la casa del albéitar por dos pobres, vituperado por el populacho que cree que está ebrio. Desde el lecho quiere olvidar a María, maldiciendo el haber pensado en ella mientras estaba en el ejército. Quiere morir. Y concluye el segundo canto:

Juan, al volver triunfante de la guerra,
cayendo de la cúspide de un sueño,
dio con el cuerpo y el alma en tierra.

CANTO TERCERO. JUAN DE LAS VIÑAS

El viejo cirujano,
que también era albéitar de la aldea,
a Juan curó de modo
que puso en gran crédito la idea
de que vino y jamón lo curan todo.

Juan, al volver a la normalidad, se entera de la muerte de su madre y de que su padre vive en Madrid con María y Pedro.

Y de la mano del protagonista, el autor reflexiona. El muchacho se llevó, cuando marchó a la guerra, el recuerdo de su aldea. Al volver visitó «los sitios de sus penas y placeres», encontrando «en la esencia los mismos hechos y los mismos seres», pues la ley de la existencia marca que las cosas sucedan a las cosas:

Las flores crían granos,
los granos van a rosas,
las larvas se convierten en gusanos,
los gusanos se vuelven mariposas [...]
las abejas se comen a las flores,
los pájaros después a las abejas.

Y así,

...en incesante rueda
va siendo todo igual y es diferente,
y todo va pasando, y todo queda.

Atención al «todo va pasando, y todo queda». Como decía Antonio Machado, «todo pasa y todo queda»: *in media virtus*, Heráclito y Parménides a la vez,

Juan quiere visitar la tumba de su madre. No la encuentra y «le da el frío mortal una ronquera / que después le duró toda la vida». Llorando. Resignado, sentado sobre una lápida, a lo *penseroso*, puño bajo su mentón de poderío, recuerda que su madre le decía que fuera bueno. Piensa que, siguiendo el consejo materno, debe ser bueno. Al atardecer,

...cuando ya lentamente,
cuando ya sumergía las cosas en la nada
la sombra, inmensamente prolongada

por un sol que se hundía en Occidente,
se pregunta: «¿Y qué es ser bueno?».

«Con menos pena que ira» pasa por la casa de su novia. Y recuerda cuando «requebró a María, / mientras ella comía, / oyendo hablar de amor, una manzana». Se marcha seguidamente Juan sabiendo que nunca la olvidará.

Visita la casa en que nació, que ha sido vendida por Pedro. Y es que «el bueno verdadero» siempre que puede vuelve al sitio en que nació. Aspira las flores del huerto de su casa. Recuerda el soldado el camastro de ramas de la cuadra en que dormía. Y el cordel, atado entre el sauce llorón y el viejo muro de la casa, que hacía de columpio y de cuerda para la colada a su abuela. Y siguen unos versos de lirismo acentuado:

En esa cuerda de feliz agüero
veían con placer las campesinas
que, al dar su adiós al nido del alero,
descansaban sobre ella un día entero,
antes de ir al Sur, las golondrinas.

Quizá esta visión nos despierte aquello de «volverán las oscuras golondrinas» que escribiera aquel poeta contemporáneo de Campoamor que tanto maltrató en dibujo y en pintura a la reina Isabel II y su corte, reina tan querida por el autor del pequeño poema que estamos visitando.

Pero la suerte de Juan cambia. El pastor exguerrillero que le regaló algo de plata cuando se fue a la guerra le deja sus bienes al morir y hace de él un Juan de las Viñas. El legado: «dos majuelos, un burro, treinta ovejas y mil reales». Con esta herencia sueña ser subteniente y grande de España —qué humor el de Campoamor—. Cuando pobre, despreciado; mas ahora, con posibles, le salen muchas primas, hasta el punto de que

le declaró su amor con inocencia
una muchacha guapa
de un pueblo de Valencia
cuyo nombre no he visto en ningún mapa.

Siempre Valencia para el naviense hasta el punto de que, en algún renglón de uno de sus muchos libros, apuntó que quería donar su cuerpo a

Valencia, «la ciudad de más ciencia», quizá un poco por seguir la tradición literaria de *Les lais* de François Villon.

El narrador se lanza implacable con una requisitoria acerada contra la envidia de los aldeanos, pues

la inocencia campestre es una cosa
que solo por bondad la sostenía
Virgilio el inocente, que creía
que en el campo la gente es candorosa.

Y es que un vecino

le envenenó el ganado
untando el desalmado
con jugo de baladre unas patatas [...],
pues las gentes de bien de las aldeas
solo saben gozar cuando hacen daño.

Y el Fisco, siempre el Fisco, que es cruel e implacable con los buenos,

su escaso haber fue convirtiendo en humo,
imponiéndole impuesto sobre impuesto
por la herencia, la industria y el consumo.

La gente, al verlo arruinado ya no le llama ni don Juan, ni Juan, sino Juanete e incluso Juanillo. Incluso se le destiñe el uniforme de soldado al lavarlo con lejía. El burro en que se marcha hacia Madrid lo tira al suelo, lo cocea y el animal se vuelve al pueblo. Juan siente la humillación y el desaliento. Mira al cielo y lo maldice. El escritor se siente en la obligación de reprenderle con tres versos:

¡Calla, desventurado,
porque te caiga una teja de un tejado,
¿qué culpa tiene de eso el pobre cielo?

El tercer canto termina con la visión lejana de la choza en que nació. Se despidе del recuerdo de su madre en una emotiva escena, que conmueve a don Ramón y este evoca la pena que sintió a la muerte de la autora de sus días.

CANTO CUARTO. JUAN LANAS

Camina hacia la capital del reino como un pordiosero, hambriento y, «triunfante entra en Madrid con un zapato». Se sienta en un banco de la plaza de Oriente. Noche de verano, la gente revuelta. Oye hablar de cuartel, infantería, motín, sargentos. Teme por su hermano y por María y va a la casa de estos, donde le permiten dormir en la cuadra.

¿Qué pasaba en la Corte? Campoamor, al hilo de la historia que está narrando, describe con técnica impresionista, desde su mentalidad moderada, conservadora, los sucesos que rodearon la sublevación de los sargentos del cuartel de San Gil. Un choque de mentalidades en el Madrid convulso de junio de 1866, que preludia lo que ocurrirá en 1868, el año de la Gloriosa revolución. Se cita al duque de Tetuán, esto es, al general O'Donnell, uno de los espadones de Isabel II. Y termina su digresión histórica: «Motín y rebelión a un tiempo. ¡Oh, igualdad imposible!».

Pero volvamos a nuestro Juan. Su hermano Pedro participa en la revuelta:

Y aquel día, ambicioso sin cautela,
supuso estar febril de patriotismo,
y hasta se hizo orador de callejuela
y habló de honor, de patria y heroísmo.

Apresado, Pedro urde una treta para que su hermano Juan, al que tilda de *Juan Lanas*, pague por su responsabilidad en los desórdenes de los progresistas. Queda preso Juan. Pedro, el sabio, es un ser abominable que escapa a su responsabilidad: «que lo de la fuerza de la sangre es una quimera». Clara alusión a una de las novelas ejemplares de Cervantes.

Y Pedro, cuando huye disfrazado y ve los muertos por las calles «jamás volvió a pensar en rebeliones». Sigue la descripción de la represión dirigida por O'Donnell, que aplica con mano de hierro su máxima: «Paz en la paz, pero en la guerra, guerra» Y sigue Campoamor con su canto en loor del espadón moderado:

Tal fue el gran Duque de Tetuán,
quien, cortés, valeroso y caballero,
las serpientes ahogó de la anarquía.

La reflexión sobre ese capítulo tremendo de nuestra historia concluye:
se durmió el vencedor con el vencido
en el común regazo de la muerte.

Acaba este canto cuarto escépticamente: «la gloria y la ambición no tienen cura». Y formula el autor una batería de preguntas que contesta él mismo: ¿Qué es nuestra ambición? Una locura. ¿Qué es nuestra gloria? Ruido y más ruido. ¿En qué acaba todo? En la tristeza. ¿Y después de la tristeza? ¡En nada!

CANTO QUINTO. EL BUEN JUAN

Comienza el canto con la descripción de la tremenda represión de la *sangilada*. Aunque, si O'Donnell hubiese hecho caso a las exigencias de Isabel II, los fusilados hubieran sido miles.

Después del día en que terriblemente,
por la espalda una vez, y otras de frente,
se mataron los hombres a millares,
la lluvia indiferente
fue llevando la sangre al Manzanares.

Y después de aplicada la moral vencedora «¡ay del vencido! / acabó Juan en presidio». Lo envían a Ceuta a un batallón disciplinario. Allí conoce a la fatal Roseta «adiestrada en amor por un tal Nelo», que previamente la había raptado del lado de su marido. Y el pobre Juan,

creyendo que Roseta,
hermosa valenciana con seseo,
se parecía un poco
a su novia María
la adora como un ciego
y como un loco.

Y la obsequia como si fuera soltera. Y atención a estos rasgos tremendistas del retrato de la chica:

Valenciana notable
por el subido azul de sus ojeras,
tiene un alma irascible y entrañable
que sabe odiar como las fieras.

Termina el amo de la Dehesa dándonos el perfil de Roseta: «aunque huertana y gruesa era tan bella». ¿No vería don Ramón algún retrato de huertana valenciana de la mano del oriolano Joaquín Agrasot, pintor de «huertanos y de huertanas»? Cuántos recuerdos de la Valencia que gobernó en el pasado en clave de «valenciano del Norte».

Nelo era un valenciano, «un presidiario sin grilletes» que practicaba los siete pecados capitales, muy malo, un pirata de las costas mediterráneas, un contrabandista. Entre los dos amantes Nelo y Roseta, urden una estratagema para asesinar a Segundo, marido de Roseta, y cargarle el muerto al bueno de Juan. Desde Gandía, Nelo se lleva a Segundo en barca hasta Ceuta. Es posible que, en ese viaje hacia África, la barca del valenciano recalara en Torre de la Horadada, donde también había contrabandistas notables en los tiempos de don Ramón.

Una vez asesinado el marido por Nelo, emborrachan a Juan y lo llevan donde está el muerto. Y Juan, sin darse cuenta de la añagaza, coge el puñal con que el valenciano lo ha matado. El buen Juan cae a tierra, asustado. Roseta alborota la calle con sus gritos de ¡asesino! Nelo lo denuncia. Juan Soldado es preso. Un tribunal lo condena a muerte. Concluye Campoamor que «de esta manera fue engañada la justicia».

Nelo y Roseta escapan en la barca con la que el pirata se dedicaba al contrabando entre Gibraltar y Altea

mientras que tristemente,
parece que hasta el sol, avergonzado,
para no ver lo que ve se hunde en Poniente.

Y así, Roseta

salió para las costas de Alicante
dejando en Ceuta una tristeza eterna [...],
lo que hace más grande el desconsuelo
es que hasta el mismo Altea
de Roseta y de Nelo
el viaje iluminó con luz febea
el Dios que con el rayo alumbra el cielo.

Y llega el triste final. Quizá este cuento podría acabar diciendo que «esta es la historia señores, / que algunos le habrán contado», que se salmo-

diaba en los mercados con carteles de viñetas y reparto de papeles impresos de romances, señalando el ciego con la vara y muy atentos los aldeanos:

Después de confesar muy de mañana
a aquel gran homicida sin grandeza,
un cura que llamaba con tristeza
su camisa de fuerza a la sotana,
muy cerca de la fuente
donde frecuentemente
toman agua las niñas casaderas,
fusilaron a Juan sencillamente
contra un seto de piteras y chumberas.

Termina el último canto a manera de epitafio:

Nació y vivió inocente,
fue bueno, y por bueno, desdichado.
Ayudó de su patria a la victoria.

4.3. RELACIÓN LITERARIA ENTRE CAMPOAMOR Y EL I MARQUÉS DE MOLINS

Ramón de Campoamor y Mariano Roca de Togores se profesaron amistad durante toda su vida y fueron correligionarios en política. Políticos moderados, partidarios del sufragio censitario, primero al servicio de la Regente María Cristina, a continuación, y por mucho tiempo, de la monarquía isabelina y, tras las convulsiones revolucionarias del Sexenio, se embarcaron en la política de la Restauración. Escritores ambos, académicos de la RAE de la que el Marqués de Molins sería el presidente durante varios años. Sus estilos literarios son distintos. Campoamor, aunque sus primeros poemas se insertan en la vena romántica, está adscrito al realismo, del que es uno de sus máximos representantes. Roca de Togores se mantendrá más ligado al romanticismo en que empezó su producción literaria. Con respecto a esa relación literaria, hay que reseñar que el marqués compuso algunas doloras al estilo del asturiano.

4.3.1. UNA LETRILLA DE MARIANO Y UNA DOLORA DE RAMÓN

De la amistad entre los dos próceres han quedado, entre otros escritos, dos poemas que se dedicaron mutuamente. El oriolano ofrendó al

asturiano una letrilla, «La flor del granado», que fue respondida con una abundante y lapidaria dolora en dos partes titulada «Todo es uno y lo mismo». La letrilla y la dolora son expresiones meridianas de sus estilos respectivos.

«La flor del granado» comienza por una redondilla que plantea en sus versos tercero y cuarto una especie de estribillo —«vivir entre las espinas, / morir en la soledad»—, que se repite, de variada manera, al final de cada una de las siete décimas que se suceden a lo largo de la composición, un total de 74 versos octosílabos. A lo largo de ellos Roca de Togores desarrolla algunos tópicos literarios y varias brillantes metáforas.

Juan de Hartzenbusch, en el «Prólogo», bastante laudatorio, que escribió para las *Obras poéticas* de Don Mariano Roca de Togores, recomienda expresamente, por su calidad, la lectura de este poema.

Roja flor, ven a mi pecho,
pues nuestra suerte es igual;
vivir entre las espinas,
morir en la soledad.

En estos cuatro versos el poeta constata que el destino de su corazón y el de la flor del granado son parejos.

Cuando ya el campo agostado
el fuego del sol refleja,
y el trillo en las parvas deja
el labrador fatigado;
allá el silvestre granado
su encendida rosa cría,
como la pasión tardía
de nuestra madura edad,
crecida entre las espinas,
nutrida en la soledad.

Una flor tardía; un amor tardío. Ya no es primavera; ya pasó la juventud. El tiempo de las flores, la primavera; la juventud, el tiempo del amor.

No mece su pobre rama
del aura el aliento frío,
ni el aljófara del rocío

su puro manto recama;
mas el ábrego, que brama
desde las playas remotas,
y las abrasadas gotas
que anuncian la tempestad,
silbando entre las espinas,
rugiendo en la soledad.

La flor tardía no recibe el aire fresco de la primavera ni el rocía subiguiente; solo el viento del suroeste, abrasador y tormentoso.

Así en vez de alegre canto
lanzo yo ronco suspiro,
y pasar los años miro
de mi juventud en tanto;
y tal vez escaso llanto
mi seco labio devora,
que cual agua abrasadora
arrojada del volcán,
torna en carbón las espinas
y el vergel en soledad.

Recuerda el marqués su juventud con añoranza, ante la pasión que lo ha asaltado en edad madura. Y constata el inexorable paso del tiempo.

A tu púrpura preciosa
nadie le paga tributo;
que anuncias amargo fruto
y la estación rigurosa.
Y aunque esperas ambiciosa
coronar tu pensamiento,
agria fruta de escarmiento
de tu cáliz brotará,
entre espinas engendrada
y crecida en soledad.

El escritor se vale, para el discurso del poema, de sus conocimientos sobre las cualidades del fruto del granado silvestre —su *agrior*—, en franco contraste con la dulzura de los frutos de los granados injertados. La

flor borde no goza del reconocimiento de nadie, pues es anunciadora de lo amargo y del invierno.

Seco polvo y blanquecino
te sirve ya de mortaja,
cuando el huracán desgaja
tu capullo purpurino;
y si al raudito torbellino
te entrega la dura suerte,
ni una sola flor tu muerte
compasiva llorará.
Morir te cumple entre espinas
cual viviste en soledad.

Siendo la flor del granado tan tardía, tardío será el fruto. Y cuando el fuerte viento del final del otoño arranque este de cuajo, no habrá flores que lloren a aquella y la despidan.

Y es fama que virtud tanta
concederte al cielo plugo,
que de tu raíz al jugo
la fiera tenia se espanta:
por eso bajo tu planta
abrirán tu sepultura,
y de tu antigua verdura
ni memoria quedará.
¡Pobre flor!, muere olvidada
cual viviste en soledad.

Amarga es la raíz de granado; amargo es el suco de la granada borde. Amargo es el final del fruto, enterrado bajo un árbol amargo. Como la pasión que acongoja al poeta.

¡Pobre flor!, si yo pudiera,
en el álbum de una hermosa
como en tumba suntuosa
tus pétalos extendiera
y este epitafio pusiera:
«Así yacen las mezquinas

pasiones de tarda edad,
que cual flores purpurinas
crecen entre las espinas,
mueren en la soledad».

El poeta concluye el paralelismo elegíaco entre la flor del granado silvestre y las «pasiones de la edad tarda».

Por su parte, Campoamor obsequia a su amigo con la dolora número LV, «Todo es uno y lo mismo», un axioma de Schelling. La composición consta de dos partes. La primera, titulada «A lo ideal por lo real», se desarrolla a lo largo de cinco apartados. La segunda, «A lo real por lo ideal», tiene siete partes. Si la letrilla del marqués mantiene a lo largo de la composición el tono de endecha, veremos que Campoamor, en este mismo tono, finaliza su poema con una cierta esperanza, aunque dentro de su habitual prosaísmo que se podría resumir aquí con aquello de «los vivos, a los vivos; lo muertos, a los muertos». Es un poema concebido, en parte, a manera de obra teatral, cuyo escenario es un cementerio. Una dolora en versos octosílabos y rima consonante.

El resumen de la larga dolora —más de 170 versos— sería el que sigue.

PRIMERA PARTE: «A LO IDEAL POR LO REAL»

- Juan y Luisa, y Luis y Juana, sendos matrimonios, se querían. Los maridos amaban a sus respectivas esposas casi tanto como el marqués amaba a la suya y el escritor a Guillermina.
- Pero se mueren Juan y Juana.
- Los viudos respectivos casi mueren del dolor.
- Tanto padecen, tan tristes están, que la gente tacha de locos a Luisa y a Luis.
- Sueña Luisa con la dicha, lo mismo que Luis.

SEGUNDA PARTE: «A LO REAL POR LO IDEAL»

- Dos sombras rezan en el cementerio. Luisa, por Juan; Luis, por Juana. Al oírse, al verse, escapan de allí.
- Otro día están los dos, ella y él, en el cementerio. Se quejan separadamente.

- Cuando se encuentran en el cementerio dicen por sus muertos una oración y dialogan entre ellos.
- Un día, al salir del cementerio, se dieron cuenta, respectivamente, de lo apuestos que eran. Y nace el amor.
- Se dan cuenta de cuánto se parece cada uno de ellos, qué interesante, al difunto correspondiente al otro. Y juntos hablan. Y se juntan.
- Y concluyen que en los vivos está la vida de los muertos, mutuamente.
- Moraleja: Luis y Luisa
se prestan mutuo consuelo,
creyendo que Juan y Juana
harán lo mismo en el cielo.

Disfrutemos a continuación de los apartados primero y quinto de
«A lo ideal por lo real»:

I

Juan amaba tanto a Luisa,
como a Luis quería Juana;
y aunque me exponga a la risa
de la multitud liviana,
diré que su simpatía
rayaba en tales extremos,
cual la que tener podemos,
tú a tu esposa, y yo a la mía.
Sí, Marqués, no os cause espanto
el que ponga frente a frente
su encanto con nuestro encanto;
pues podéis creer firmemente
que, aunque no se amasen tanto,
se amaban inmensamente.

V

¡Luisa feliz, que en un duelo
toda su delicia encierra,
cual ángel que por la tierra
cruza de paso hacia el cielo!

Sueña, sueña, ángel hermoso,
porque la dicha soñada
¡es un sueño tan dichoso!...
¡Dichoso Luis! Sus tormentos,
en su ensueño delicioso.
trueca en bellas ilusiones;
lo que es horrible, en hermoso;
la realidad, en visiones;
días de angustia, en momentos.
¡Una y mil veces dichoso
aquel que sus sensaciones
transfigura en pensamientos!

Repasemos ahora las estrofas primera y séptima de «A lo real por lo ideal»:

I

Rogar con cierto misterio
en un cierto cementerio
una sombra se divisa;
es que por Juan reza Luisa.
Otra sombra que hay cercana,
es Luis que ruega por Juana.
Se lamentan los dos vivos
por sus muertos respectivos
con corazón tan ardiente,
que al mirarse frente a frente,
dicen la una y el uno:
— ¡Qué importuna! — ¡Qué importuno!
Y Luis huyendo de Luisa,
y Luisa de Luis huyendo,
se marchan, casi corriendo,
y corren, casi de prisa.

VII

En conclusión; cuando se aman
con un amor verdadero,

así mutuamente exclaman;
— ¡Como a él y por él te quiero!
— ¡Te amo como a ella y por ella!
Y así el buen mozo y la bella
fingiendo vivo lo muerto,
y haciendo falso lo cierto,
que eran los muertos creían,
creyendo lo que querían;
y desde entonces, el duelo
trocando todos en risa,
Luisa a Luis, y Luis a Luisa,
después de aquella semana
se prestan mutuo consuelo;
creyendo que Juan y Juana
harán lo mismo en el cielo.

La relación literaria entre Campoamor y Roca de Togores no se agota en este intercambio gentil y caballeroso de poemas. Se manifiesta también en el pequeño poema *La música*.

4.3.2. LA MÚSICA Y EL RUISEÑOR DE MATAMOROS

Campoamor publica *La música* en su quinta entrega de los *Pequeños poemas*, dedicando la composición a Carmencita Roca de Togores y Aguirre Solarte, una de las hijas del I Marqués de Molíns. El poeta, a través de doce estrofas, va haciendo, con acentos líricos, consideraciones sobre el arte de la música, sobre la belleza, sobre el amor.

Ante un hecho concreto y particular, como es el canto melodioso de un ruiseñor, el poeta, en primera persona, va elevando su discurso hacia altas abstracciones mediante una silva con predominio de versos endecasílabos, en la que retrata a varios miembros de la familia Roca de Togores a través la conversación —más bien monólogo— del escritor con Carmencita. Tratemos de situar en el espacio y en el tiempo la actuación del pájaro cantor.

¿Cuándo? Cuando Campoamor escribía los *Pequeños poemas* que lo lanzaron definitivamente a la fama. Los años en que se retiró forzosamente

de la política a causa del triunfo de la Revolución de 1868. Entre este año y 1874, cuando retornan los Borbones al trono, aumentó su trabajo literario.

¿Dónde? Posiblemente en la dehesa de Matamoros, que para esas fechas ya empezaba a llamarse, al menos por el sur de la provincia de Alicante y por una parte de la de la Murcia, dehesa de Campoamor. Posiblemente la acción, mejor dicho, la contemplación del paraje, sucede por la tarde, un mes de mayo, y dentro de esa contemplación, la audición de los dulces trinos del ave de la primavera, que inspiraron al poeta. Seguramente estarían los personajes sentados en los jardines que rodeaban la casona de la Dehesa, bajo alguna pérgola, mientras la tarde, tras la siesta que sigue a una buena mesa, iba pasando lenta y placenteramente. Los pintores de la época mostraron bastantes escenas burguesas parecidas a las que describe nuestro escritor.

Es decir, «que por mayo era por mayo» en la dehesa de Matamoros, primer lustro de los años setenta del siglo XIX, cuando el escritor tenía—supongamos— 57 años, hacia 1874, y Joaquín Espalter lo retrató fielmente en un cuadro.

Trina un ruiseñor por entre el follaje tratando de concitar la atención de la ruiseñora. Han salido los habitantes del pequeño poema a dar un paseo por el entorno del palacete. O están sentados a la sombra amable de la enramada, tras la tertulia que sigue al almuerzo. Podemos intuir los rayos de sol que se cuelan a través de los vanos del emparrado, como si presenciásemos una escena en la paleta de un pintor impresionista. Nada más empezar el poema, al oír el canto del ruiseñor el poeta se dirige directamente a Carmencita, la hija mayor de don Mariano:

Responde, Carmencita encantadora:

un pájaro que canta, ¿ríe o llora?

Menuda pregunta, ya estamos, vaya con don Ramón, piensa la chica. Y es que ante tal canto cada uno de los circunstantes reacciona de una manera distinta: Carmencita sonríe; su hermana se divierte; el marqués piensa en el amor de sus dos hijas; la madre mira encantada a las muchachas. Y Campoamor piensa en la muerte, mientras nos mira a nosotros, sus lectores, manifiestamente. Vaya. No estaba su espíritu esa tarde para bollos.

Él piensa en la muerte. Aunque no intuimos el porqué de tan profundo pensamiento.

Doña Guillermina no aparece por el poema para nada. ¿Dónde estará la mujer? Es que su marido apenas la saca en los papeles.

Se siente el hombre como un pintor entre una familia distinguida, a la que quiere hacer una gracia de amistad y el regalo de un pequeño poema. ¿Cómo no recordar a Velázquez dentro de *Las Meninas*, mirando directamente al espectador que eres tú, querida lectora, querido lector? ¿O al Goya de *La familia de Carlos IV*? ¿O incluso al Esquivel del cuadro *Una lectura de Zorrilla*? Campoamor estaba dispuesto a perdurar, lo dice él mismo [indirectamente] en algunos de los versos de la composición que estamos analizando. ¿Para qué, si no, sirve la escritura? ¿No es un antídoto del tedio y el acabose?

Resumiendo la escena: canta un ruiñón entre las hojas de las ramas, quizá de una coriácea encina, puede que entre la fronda del cogollo de una palmera, a lo mejor entre el maizal del bancal cercano o en la poderosa crucera de un pino; los miembros de la familia Roca de Togores son retratados, a leves pinceladas, en ese momento concreto, por el famoso escritor. Miremos sus edades, echando mano del florido árbol genealógico en 1873: don Mariano, 63 años; su mujer, María del Carmen, 45; Carmencita, 19 —una damita—; y Angelita, 14, una adolescente.

Y del canto del ruiñón, natural y paradigma de la bondad y el arte de la naturaleza, pero cosa particular, el poeta pasa a lo general, a la Música con mayúscula. Y es que

La Música es un hada complaciente
de nuestra dicha amiga,
que dice solamente
lo que quiere nuestra alma que nos diga.
Por eso, al lisonjear su melodía
con más fe al corazón que a la cabeza,
dando al triste, tristeza,
aumenta del contento la alegría.

Vamos, que si estás triste, más triste te pondrás. Y si alegre, no te digo. El escritor insiste en que la Música es el arte que más «anima el pen-

samiento», y en esto no se muestra nada lejano a lo que piensa Antonio Gracia, el autor del libro *La construcción del poema*, sobre el arte de Euterpe, la musa por excelencia, la muy placentera, la de agradable genio, la hija de Mnemósine y Zeus:

Y que con fuerza virtual vibrando,
y a la vida excitando,
por el espacio va cada gorjeo
como una vaga tentación volando;
y camina, y camina, murmurando
«levántate, y anímate» al deseo.

Ya puesta en vena la inspiración, pasa de la música al amor. ¿Qué cosa es el amor? Quizá Campoamor se acerca un poco al concepto que de la poesía tiene Gustavo Adolfo Bécquer, el poeta que tan verde puso a la reina Isabel II, de la que era devoto el asturiano. ¿Qué cosa es el amor? Pues el amor es una armonía...

Que hoy se canta y el aire se la lleva;
y que luego, mañana o al otro día,
con nuevo ardor la misma melodía
la vuelve a repetir otra vez nueva.

Y así ruedan la vida y el amor, en eterno ciclo. Todo es empezar, andar, correr, terminar, volver a empezar. Ciclo y reciclo.

Y en rudo movimiento,
se disipa en el viento
lo que en el viento por amor vivía:
¡ideas, armonías, sentimiento,
flores, músicas, luz y poesía!

Flores, las que hay alrededor de los presentes; música, la que de vez en cuando trata de imitar el canto al amanecer del ruiseñor, o quizá no sea el ruiseñor a esas horas, que quizá sea un mirlo, uno negro con pico y patas naranja tratando de impresionar a una linda merla; más música, la que sabe arrancar Carmencita del piano; la luz que lo inunda todo, como lo predica el impresionismo que viene de París; y la poesía, que impregna de lirismo ese momento. Confiesa el poeta a la joven Carmencita que él, del amor, lo sabe todo. Todo.

Así de categórico es el autor de las *Doloras*. Y le aconseja sensatamente que las mujeres deben cerrar «el oído a piedra y lodo». ¿Por qué? Cuidado con el amor que penetra por el oído, como una música. Niña Carmen, cuidado con el amor sibilino. ¿Quién es el pretendiente en ese momento de la niña Carmen?

¡El oído, el oído! Ahí se esconde
el gran traidor que al corazón entrega;
él es la senda criminal por donde,
desde fuera el amor al alma llega.
[...]

Y por él, en amante devaneo,
desde el salto de Léucade, el deseo
se arrojó al mar para templar sus penas,
escuchando el «¡ven, ven!» que es el gorjeo
con que a Safo llamaron las Sirenas.

Cuidado, cuidadín, Carmencita, que ya sabes lo que le pasó a la de Lesbos cuando Faón no le correspondió en el amor. Y es que el mar Mediterráneo, tan clásico, tan azul, tan ático, tan griego, a veces tan barroco, está sonando —allá a lo lejos—, casi a la vista de los que descansan bajo la pérgola coronada de hiedra, tan presentes el mar Menor y el Mayor.

Campoamor termina el apartado V de *La música* recomendando a Carmencita que cierre el oído «que es del amor el tentador sentido».

Y bastante didáctico, pregunta de nuevo a la muchacha, quizá escuchando el trino del pájaro por entre las frondas de los albaricoqueros mayores de la Dehesa —que están en la gloria melada y sonrosada de la cosecha del huerto que mandó plantar don Ramón metido a empresario agrícola—. Pregunta y pregunta, y en ninguna ocasión le contesta la muchacha. Pero él insiste. ¿No querrá sonsacarle algo de sus amores el amigo de su padre? Aunque la chica, muy prudente, no entra al capote:

Dime otra vez: ¿será siempre un problema
saber si llora un pájaro que canta?

Porque ya se ve que cada uno de los figurantes en la escena reacciona de una manera distinta al canto de la avecica que le cantaba al albor al cautivo:

Lo cierto es que su canto
te vuelve más festiva;
que tu madre, entre tanto,
ruega a Dios por tu dicha, pensativa;
mientras tu padre, a tan graciosos sonos,
ya siente una avalancha de emociones,
y un vértigo ideal de sentimientos.

¿Y qué hace la hermanita?

Entona melodías interiores
con más afán que el ruiseñor, tu hermana.

El poeta, tras hablar de la familia invitada, dice de sí mismo que recuerda—ya tiene más de cincuenta años—, su infancia, cuando era monaguillo asturiano —quizá solo sea una figura retórica— y tocaba la campana temprano, concitando a la gente a la misa de la aldea. Y termina así el VI apartado:

Y por eso, ese canto me convida
a que recuerde el fúnebre misterio
de otra ave dolorida
que oyó mi alma de dolor transida,
cantar en un ciprés del cementerio
donde yace la madre de mi vida.

Don Ramón ya está próximo a la lágrima. El retrato de Espalter y Rull ya nos lo muestra con cierta humedad en los ojos. Ya sea por la edad, ya por la melancolía propia de los que nacen en el norte bajo el dominio de la humedad constante de su clima lluvioso, ya porque se ha pasado un poco —bastante— con el fondillón ingerido en los postres. Don Ramón adora, como la chica, la música. Y lo escribe con ritmo y rima:

La música que presta lisonjera
el ritmo, que es la vida verdadera,
a su hermana mayor la poesía.
siempre al idioma la canción supera.

Aquí parece recordar al Virgilio cuando escribía aquello tan geórgico y bucólico de *numeros memini, si verba tenerem*. Repasa el asturiano la nó-

mina de los músicos de aquel tiempo: Barbieri, Arrieta, Oudrid, Marqués, Eslava, que le dirían a la muchacha que

Llena de delicia
la escala toda del concierto humano
desde el tango sensual de la Nigricia
hasta el son funeral del canto llano.

Así es don Ramón, que pasa sin solución de continuidad del oscuro corazón de África, lleno de sensualidad y ritmo, al interior de los claustros románicos, dominio del canto gregoriano.

En ese momento de la tarde vuelve a cantar el ruiseñor de Matamoros, o el mirlo. Y parece que suenen aires italianos:

Hoy remedan los pájaros cantando
las dulces melodías italianas.

Baste recordar que las Normas, las Lucías, los Barberos han influido (aquí se pasa varios pueblos el poeta) en la mejoría del canto de los pájaros, pues...

Creció la afinación en los jilgueros
y gorjean mejor los ruiseñores.

En el apartado VIII se nos pone metafísico el poeta: el mundo sensible es «un conjunto de notas armoniosas». Quizá Pitágoras, sus esferas y sus adeptos. Quizá Platón. Y a renglón seguido, apela al testimonio de los campos, de los árboles, del mar. ¿Campos, árboles, mar Mediterráneo de la Dehesa?

Para saber oír lo que Dios canta
el orbe es un compuesto de armonías,
siendo en los campos, para todo el que ama,
un arpa cada rama.

Cuánto se mueven los árboles agitados por el viento: un arpa cada rama de los árboles. En este sentido, sesenta años más tarde, Miguel Hernández joven hará una metáfora musical parecida: transformará las palmeras del palmeral de Orihuela en las clavijas de las cuerdas de la guitarra que son las azarbetas del azarbe de las Fuentes. En uno de sus primeros

poemas, el titulado «A don Juan Sansano», versando sobre el Palmeral de Orihuela, dice:

Palomos y flor de acacias iluminando los cielos.
Desflore de azahar... Sarmientos verdes rizando las parras.
Regatos, azarbes, fuentes... cuerdas de sol en los suelos
que fingen con las clavijas de las palmeras guitarras.

Otra música infinita es la del mar, que imita el curso entero del sonido:

Desde el canto guerrero a la endecha
remeda sin cesar, murmure o truene,
la rugiente pasión la ola que viene,
la ola en que va nuestra ansia satisfecha.

El poeta se emociona en la novena estrofa. Y de qué manera:

¡Inmensa, universal, cosmopolita,
la Música es la voz de lo infinito!
Ella a la pobre humanidad hechiza,
triste, alegre, marcial o juguetona
y el amor del hogar inmortaliza.

Y proclama, dándole a la percusión, de manera estentórea:

¡Gloria y honor al arte placentero
que embriagando las almas de ternura
hace del mundo entero
el espejo más fiel y verdadero
de una casa de locos sin locura!

El ideal de la música es la esperanza, un ideal que no se termina de alcanzar nunca. Campoamor se pone pesimista, llegando a concitar la música interior del protagonista principal de *La vida es sueño*.

¿Qué importa que las dulces emociones
[...] sean solo visiones de unos sueños,
o más cierto, visiones de visiones,
si siempre en este mundo viviremos soñando
y estaremos ilusos descifrando
el problema fatal de Segismundo?

Ya por los versos de la XI parte, la tarde termina: «ya las tinieblas al silencio llaman». El sol, ocultándose a lo lejos quizá por donde Orihuela capital —más o menos—, pintando el horizonte con los colores del atardecer. Los azules. Los cárdenos. Los rosa. Los añiles. Y sigue diciendo a la joven Carmen, con la que había pegado la hebra desde el principio, que el día...

Se envuelve, al destronarse, en mantos rojos;
partamos pues. Ya te diré otro día
si expresando su pena o su alegría,
las aves, al cantar, cantan o lloran.

Insiste don Ramón en que se marchen, que...

al confundir todos los ruidos,
en vago remolino nebuloso
va dejando el crepúsculo en reposo
pájaros, luz, esencias y sonidos.

Y concluye el pequeño poema de manera circular, retratando por tercera vez a los miembros de la familia y autorretratándose él, faltaría más.

Pues se va el ruiseñor y el día parte,
tú y yo, y tus padres y tu bella hermana,
como dice la frase castellana,
marchemos con la música a otra parte
para seguir pensando hoy y mañana;
tu padre en los problemas de la historia,
tu madre en vuestra suerte,
tú en la fe y en la gloria,
tu hermana en el amor,
y yo en la muerte.

Cómo se empeña el escritor en destrozar un final que sonaba tan romántico. Qué le pasaba para tener que echar mano de la ordinariez ramploña del «marchemos con la música a otra parte». Qué le ocurría al autor para pensar tan de continuo en la muerte durante este monólogo compartido con la joven, a la sazón en la gloria de los diecinueve años. ¿No te dabas cuenta, Ramón? Y tú dale que te pego con pensamientos sobre una de las postrime-

rías. ¿Tal vez el verso popular era un giro de timón un tanto inesperado para la lectora sensible, impulsándola a bajar desde la lírica hacia el prosaísmo?

Termina el poeta diciéndole a Carmencita que la quiere y que la quedará siempre por bella y virtuosa

en el mundo como hermosa

y después como santa en los altares.

Ahí es nada.

En esos momentos, cuando el escritor en soledad acababa los versos del pequeño poema, la noche, todavía con algunos reflejos ponentinos, que venía deslizándose sobre la superficie del mar y se colaba por la ventana del despacho, se detuvo en sus ojos, de los que se descolgaba alguna lágrima.

5

SALIDA

EN LA «INTRODUCCIÓN» se planteaba una serie de preguntas a las que se ha tratado de responder a través de los tres grandes apartados de que consta el libro. Primeramente, se ha descrito la biografía del escritor; su obra literaria, en especial sus trabajos líricos; su actuación política. Unos aspectos generales necesarios para pasar a los siguientes.

A continuación, se ha entrado en el tema del carácter epónimo de la figura de Ramón de Campoamor respecto a una parte del territorio oriolano y la proyección del autor en los municipios que circundan la Dehesa, en especial en el de Pilar de la Horadada. El escritor estuvo vinculado, junto a su mujer, Guillermina O'Gorman, a este ámbito durante toda la segunda mitad del siglo XIX

Por último, se ha tratado el aspecto del patrimonio literario generado por el escritor en relación a los ámbitos de los municipios de Orihuela, Pilar de la Horadada y otros del entorno. Además, se ha insistido en el hecho de que, desde su despacho de la casa palacete, escribió una parte importante de su obra literaria.

Se ha celebrado el 200 aniversario del nacimiento del asturiano, en gran medida a través de la declaración de 2017 como Año de Campoamor en el Congreso de los Diputados y un Pleno del Ayuntamiento de Orihuela, a instancias del Patronato Histórico-Artístico Ciudad de Orihuela. Aunque

hay que decir que tal declaración de año campoamoriano ha tenido una muy leve trascendencia, por decirlo de una manera benévola, pese a que el poeta Campoamor ha creado una parte del patrimonio literario de los municipios antes citados. Ha mirado el paisaje que lo rodeaba, fijándolo para siempre en sus versos. Ha lanzado al conocimiento general personajes de carne y hueso de aquel tiempo, y también personajes inventados, pero que respondían a patrones verosímiles —inverosímiles a veces— de la época. Ha recreado en este medioambiente algún personaje de la literatura española y universal, como Don Juan. En la memoria colectiva quedan versos y personajes que también siguen viviendo en sus trabajos literarios.

Pero ese patrimonio hay que reconocerlo y, antes aún, amarlo para conocerlo, porque solo se puede conocer lo que se ama. Es necesario incorporar las obras de don Ramón más representativas, y las que tienen como escenario nuestras tierras, a nuestras bibliotecas, a nuestras aulas escolares.

Y una vez conocido aquí, habría que mostrarlo a los demás, exponerlo, traducirlo a otros idiomas, que parte de los residentes de Orihuela Costa, Pilar de la Horadada, Torrevieja, San Miguel de Salinas son gentes procedentes de otras nacionalidades y, a buen seguro, buenos embajadores de nuestro patrimonio cultural en general, dentro del cual se halla el literario.

Podríamos concluir que Ramón de Campoamor es una parte de la historia de la comarca del Bajo Segura y un valor de nuestro patrimonio literario.

Y nuestros son el deber y el privilegio de darlo a conocer.

BIBLIOGRAFÍA

- BALLESTEROS, J. M., *Memorias completas*, Madrid, CYSE, 1979.
- CABALLERO, R. (Recopilador), *Gorjeos del alma. Cantares populares*, Madrid, Biblioteca Universal, 1910.
- CALVET BOTELLA, J., *Don Ramón de Campoamor y su época*, Orihuela, 2019.
- CAMPOAMOR, R. de, *Doloras y humoradas*, Barcelona, Editorial Maucci, 1905.
- CAMPOAMOR, R. de, *Don Juan (pequeño poema)*. Madrid, Francisco Álvarez-Editor, 46 pp., Ilustraciones de Riudavets, 1886.
- CAMPOAMOR, R. de, *El Personalismo: apuntes para una filosofía*, Madrid, Imprenta y esterotipia de M. Rivadeneyra, 1885.
- CAMPOAMOR, R. de, *Humoradas; cantares y fábulas*, Biblioteca Virtual Universal, 2003.
- CAMPOAMOR, R. de, *Los buenos y los sabios*, Sevilla, Francisco Álvarez y C.^a, 1881.
- CAMPOAMOR, R. de, *Los pequeños poemas*, Librería de V. Suárez, 1874.
- CAMPOAMOR, R. de, *Poética*, Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1883.
- CAMPOAMOR, R. de, *Por donde viene la muerte y Los grandes problemas*. Madrid, English y Gras Editores, 1879.
- CAMPOY, A. M., «Campoamor», ABC, Madrid, 18/02/1968.
- CANALES MARTÍNEZ, G., y MUÑOZ HERNÁNDEZ, R., *Herencias en beneficio del alma. El poder del clero y la ordenación del territorio en el secano litoral del*

- Bajo Segura*, Alicante, Cátedra Arzobispo Loazes Universidad de Alicante, 2014.
- DALMAU CARLES, J., *El primer manuscrito*, Gerona, Dalmau Carles, Pla and Comp. Editores, 1918.
- GARCÍA SAMPER, M., «Antepasados pilareños en la finca de Ramón de Campoamor», en *Una visión de Ramón de Campoamor en Pilar de la Horadada*, Ayuntamiento de Pilar de la Horadada, 2018.
- GARCÍA SAMPER, M., «Ramón de Campoamor. Segundo centenario de su nacimiento (1817-2017)», *Revista de las Fiestas de Pilar de la Horadada*, 2017, Ayuntamiento de Pilar de la Horadada.
- GRACIA, A., *La construcción del poema*, Alicante, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, 2016.
- HERNÁNDEZ, M., *La obra completa de Miguel Hernández. Poesía, teatro, cuentos y crónicas*, Edición de J. Riquelme y C. R. Talamás, Madrid, EDAF, 2017.
- LOMBARDERO, M., *Campoamor y su mundo*. Barcelona, Planeta, 2000.
- MACHADO, A., *Juan de Mairena I*, Buenos Aires, Losada, 1977.
- MELLADO PÉREZ, R., *La Dehesa de Campoamor, ensayo en clave histórica y apasionada*, Murcia, Caja Murcia, 1998.
- OSSORIO Y BERNAD, M., *Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX*, Madrid, Imprenta y Litografía de J. Palacios, 1903.
- PALENQUE, M., «Apunte biobibliográfico de Ramón de Campoamor», *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, www.cervantesvirtual.com.
- PARDO BAZÁN, E., *Campoamor, estudio biográfico*. Madrid, La España Moderna, 1893.
- PENZOL, P., «Cambio de frente de Campoamor», *Archivum. Revista de la Facultad de Filología*, 1960, <http://dialnet.unirioja.es>.
- REVILLA, M. DE: «Don Ramón de Campoamor. Bosquejo literario». *Revista Contemporánea*, 1877, Madrid, Año III, nº 30, tomo VII, volumen IV.
- ROCA DE TOGORES, M., *Obras poéticas de Don Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins*, Madrid, Imprenta de Tejado, 1858.
- RUIZ MARTÍNEZ, M., «Ramón de Campoamor y Orihuela», artículo inédito, Orihuela, 2018.

- RUIZ MARTÍNEZ, M., «Una efeméride en Orihuela Costa: El II Centenario del nacimiento de Ramón de Campoamor», artículo inédito, Orihuela, 22 de noviembre de 2017.
- RUIZ MARTÍNEZ, M., *Miguel Hernández y el paisaje de Orihuela*. Orihuela. Fundación Cultural Miguel Hernández, 2018.
- RUIZ MARTÍNEZ, M., *Orihuela. Literatura y patrimonio*. Alicante, Aguaclara, 2017.
- SÁEZ-PALACIOS HERNÁNDEZ, P., «Una visita a Matamoros» en *Una visión de Ramón de Campoamor en Pilar de la Horadada*, Ayuntamiento de Pilar de la Horadada, 2018.
- SÁNCHEZ BALAGUER, J. J., «El testamento oriolano de Ramón de Campoamor», *Revista de la Reconquista y de Moros y Cristianos de Orihuela* 2018, Ayuntamiento de Orihuela.
- VARGAS MACHUCA, J. de,
Viaje por España. Alicante. Murcia, Madrid, Establecimiento gráfico de El Liberal, 1895.
- ZURITA, M., *Campoamor. Estudio biográfico*. Barcelona, Agencia Mundial de Librería, c. 1930.

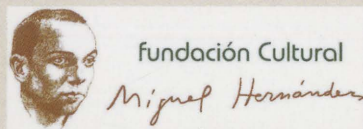
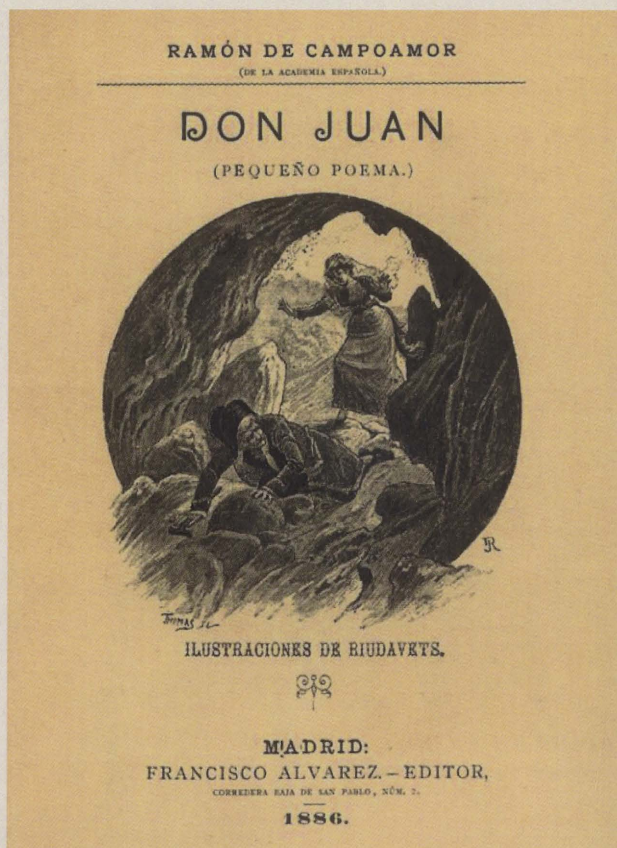
En el Punto de Lectura, calle del Ciprés —al que el viajero quiere hacer una foto de cuerpo entero, pues debe de tratarse de un ciprés monumental, en la línea del de Silos—, habrá que enterarse de todos los aspectos relacionados con la pasión y muerte de don Juan a abrazos y a besos apasionados de doña Julia en una cueva de la Dehesa, un antro que debe de radicar en las inmediaciones del Punto. Y saber, si es posible, del pesaje de las almas de los protagonistas del pequeño poema *Don Juan*, una vez muertos, en la balanza del Anubis cristiano en esa historia ocurrida sobre la vertical del lugar del «edén de Matamoros», el paraíso terrenal descubierto por el escritor.

En la casa palacete y en el entorno inmediato de la Dehesa, habrá que preguntar por el ruiseñor de Matamoros, si es que siguen cantando los descendientes de aquel otro que lo hizo melodiosamente, durante una siesta por mayo, a don Ramón y a sus invitados en el pequeño poema *La música*.

De los personajes que Lord Byron hace desfilar por su obra, nuestro escritor toma para el asunto solamente al protagonista principal y a doña Julia, su primer amor, ambos andaluces y, por más señas, sevillanos; las otras cuatro amantes de don Juan son la italiana Catalina Ariosto, la inglesa Fanny Moore, la alemana Margarita Goethe y la francesa Luisa Chenier: quizá un homenaje de Campoamor a la literatura europea al poner como apellidos de las féminas los de famosos escritores europeos.

Don Juan cumple con varias condiciones interesantes incluso para el lector de hoy día: un argumento original, un humor escéptico y exacerbado, un juego con alguna de las postri-
merías que no sabemos si le cos-
tó algún tirón de orejas de la igle-
sia oficial, un escenario concreto
en nuestro secano litoral, unos
versos contundentes y ripiosos
a veces, que en algún momento
recuerdan vagamente a los de *La
venganza de don Mendo*.

¿Y no preludia este *Don Juan* de
Campoamor, de alguna manera,
los espejos cóncavos de los es-
perpentos de Valle-Inclán? Hay
que recordar que en alguna oca-
sión el autor de *Los cuernos de
don Friolera* asimiló al asturiano
con el Marqués de Bradomín...



ISBN: 978-84-8018-453-3

